

N O S O T R O S

HISPANO-AMERICANISMO LITERARIO

I

Si por numerosas circunstancias bien conocidas parece cada día dificultarse más la cristalización del ideal de una confederación de carácter político integrada por todas estas repúblicas de cultura ibérica, tal como fué el sueño magnífico de Bolívar y la aspiración, luego, de muchos espíritus selectos, no acaece ciertamente lo mismo con lo que se contrae a la formación acentuada y precisa de un alma hispanoamericana comprensiva en sumo grado de modalidades sociales, intelectuales y artísticas de muy propias é inconfundibles peculiaridades regionales. Esa alma saturada en buena parte de modernidad, comienza a inspirarse en modos de ver y entender la vida en un todo propicios a fecundas adaptaciones, a prolíficas realidades de la civilización contemporánea. Desde México, desde las Antillas, hasta las más lejanas tierras australes del Continente, échase de ver un movimiento intelectual, en algunas partes meduloso y rico, que demuestra cumplidamente, con la insuperable fuerza de los hechos, que el pensamiento y la sensibilidad hispanoamericanos están saliendo ya, resuelta y triunfalmente, del período amorfo e incoherente de necesarias imitaciones y de indecisiones y tanteos, para por sucesivas etapas de desenvolvimiento alcanzar la plenitud de una conciencia intelectual de positiva y perdurable consistencia.

Esa eflorescencia intelectual representa ya, en uno que otro de sus aspectos, la capacidad de orientaciones de cierta originalidad, y la propensión a armonizar, en un sentido de cordial hispanoamericanismo, discrepancias de visión regional y local de mayor o menor importancia. Un concepto de exclusiva estabilidad,

de permanente valor estático, es cosa que riñe abiertamente con leyes de un desenvolvimiento de puro abolengo científico. Un principio de cambio, de modificaciones y transformaciones continuas, rige y estructura la vida. En un proceso de racional *devenir*, de llegar a ser, operan las formas en que se condensa y exterioriza la actividad vital dinámica y prolífica. Ese proceso, en lo que toca a la vida individual y social, por su complejidad creciente, por su esfera cada vez mayor de relaciones, por sus diferenciaciones sucesivas, revela la acción determinante de necesidades de íntima urdimbre sociológica que en determinadas circunstancias se imponen con la inflexibilidad de la línea recta.

No hay aspiración representativa de exigencias de la vida social que no cuaje y florezca a su tiempo, por más que aparezcan cerrándole el camino ciertos intereses creados y preocupaciones y convencionalismos hondamente arraigados en el alma popular. En la América Hispana, ahuyentada en gran parte la educación teológica y escolástica en que durante siglos se amodorró la existencia colonial, se huella ya con pie seguro el terreno de una comprensión de virtualidad científica en que la interpretación de la vida social resulta mucho más natural, armónica y progresiva. A un saber casi exclusivamente libresco, que en no poca parte sirve para elaboraciones en que por regla general se utiliza como materia prima el pensamiento ajeno expuesto ya en páginas de grande o mediana resonancia, sucede en la actualidad en algunos de nuestros intelectuales más prestigiosos, la bien esbozada tendencia a observar la vida directa y objetivamente, sin intermediarios, en su realidad intrínseca, en su más recóndito sentido, único procedimiento para alcanzar, dentro de cierto necesario relativismo científico, una visión exacta e integral de las cosas.

Para tocar tal conclusión urge previamente eliminar, con amplio y seguro criterio, muchos convencionalismos y puntos de vista erróneos y anticuados, de honda repercusión en la mentalidad, aun embrionaria, de algunas de estas repúblicas. Se es sabio realmente, se llega a dominar una materia, no cuando se ha leído mucho acerca de ella, sino cuando se la ha observado racional y metódicamente en todos sus aspectos determinantes y en todo su positivo valor intrínseco. El subjetivismo fuertemente adherido a toda producción mental debe ser convenientemente depurado por

nuestros personales medios de conocimiento, para por esa vía alcanzar resultados satisfactorios en lo posible. Ese procedimiento excluye desde luego cuanto en tal subjetivismo puede haber de sectarismo o de intolerancias dogmáticas. La verdad, lo que desde puntos de vista de una lógica *espacial* consideramos la verdad, no es mujer frágil y casquivana que, sin mucho rogar, se presta a recibir complacida nuestros besos ardorosos. Es necesario asediarla en toda regla para obligarla a entregar las llaves de su alcázar resplandeciente. En ocasiones en que creemos tenerla firmemente estrechada en nuestros brazos, contemplamos con desencanto y estupor, que sólo tocamos un jirón de la fimbria resplandeciente de su veste. Es necesario ir hacia ella serenamente, sin prejuicios ofuscadore, para pedirle, no lo que queremos y perseguimos, sino la porción grande o mínima de ella que realmente puede darnos. . .

II

En su más elevado sentido la vida se caracteriza por una complejidad creciente de relaciones, que a primera vista nos desorienta y extravía. Elevarse a una concepción general de ella en lo físico, y aun en lo social, que responda a finalidades de genuino valor científico, es empeño, a todas luces, difícil de realizar. Pero descontando dificultades poco menos que insuperables o tenidas como tales, bien podemos aproximarnos a ella para formular un criterio de verdad que nos sirva en muchos casos de apropiada norma de conducta. A las frivolidades de ayer, a los mentirosos espejismos en que durante largo tiempo se apacentó la mentalidad de estos países, a los engañosos deslumbramientos de escuelas y cenáculos gárrulos y pasajeros de allende el mar, a cuanto de falso y hueco impuso soberanamente la moda y acató con espíritu servil una muchedumbre de impotentes, resalta hoy la inclinación, cada vez más acentuada, de consagrar nuestras actividades mentales al cultivo de asuntos de mucha mayor sustancia y eficacia.

No se llega a un estado de singular cultura sino relegando a un plano inferior futilidades de pensamiento y de imaginación de sólo momentánea resonancia, para arrimar decididamente el hom-

bro a empeños de ingénita y desbordante trascendencia espiritual. En medio de lo transitorio, de lo cambiante en que forzosamente nos movemos, hay que rastrear y asir puntos de relativa estabilidad, para emplearlos como bases de construcción mental de duradera solidez. Situados fuertemente en ellos, podemos y debemos señalar orientaciones luminosas y eficaces. Nuestra infancia intelectual ha sido larga, y, durante ella, naturalmente, por la debilidad mental privativa de semejante edad, nos han seducido los cantos de sirena de innumerables exterioridades de deslumbrante atavío. Lo superficial presentado de modo más o menos brillante nos ha arrastrado y dominado siempre. Hemos tomado en veces tales llamativos aspectos como si fueran lo fundamental e íntimo de las cosas mismas. Ahora es que empezamos a revestirnos de la toga viril, y vemos cuanto cae en la esfera de nuestra observación como es real y positivamente o poco menos.

Regocijada o triste, sencilla o compleja, esquiva o complaciente, la vida, en muchos momentos, es sólo expresión fiel del ritmo de nuestra visión íntima. Esa visión subjetiva sólo puede y debe engañarnos en contados instantes. La vida es rica en promesas y compensaciones para quien, desterrando en lo posible lo que es sólo proyección de nuestro mundo interior, la entiende y practica con el menor número posible de desfiguramientos y abstracciones. Nuestra añeja pedagogía social aparece ya como vetusto edificio cuartecado por muchas partes. Sólo ha dado de sí una vida artificial que tiene que extinguirse más o menos rápidamente. El progreso consiste, o debe consistir, en una adaptación consciente a un orden cada vez más amplio y efectivo de relaciones. Por no haber podido hacerlo así, nuestro desenvolvimiento cultural se ha retardado en multitud de aspectos. En nuestros medios sociales refractarios y estacionarios hasta hace poco — algunos bien atrasados todavía — germinan ya copiosamente ideas de necesarias y salvadoras renovaciones. Algunas de estas repúblicas se encuentran ya en un momento de iniciativas saludables, de ebullición ideológica, de desarrollo industrial, de apropiado desenvolvimiento intelectual, culminando todo eso, en gran parte, en un alto propósito de radical y bien comprendido sentido de un hispanoamericanismo de singularísimo y muy atractivo e interesante relieve.

Esa interpretación nueva de la vida, del conjunto de aspectos y de relaciones que la constituyen y cohesionan, evidencia haberse efectuado ya en los medios más adelantados, o estarse efectuando en los menos preparados, el tránsito a un estado de cosas por entero propicio a la conquista de un grado de cultura general, de urdimbre en no escasa parte hispanoamericana. En nuestros más conocidos centros de enseñanza, en nuestros pensadores de más merecido renombre, acentúase la tendencia a dilucidar con amplio criterio renovador las contradicciones y antagonismos que palpitan en el pensamiento moderno. Esa labor empieza a hacerse ya especulativa y experimentalmente. En la más alta de las disciplinas intelectuales, la Filosofía, frente a la lucha entre un concepto de unidad estática, de un monismo más o menos cerrado, de un continuismo determinista, con lo que puede considerarse como un proceso de antiintelectuación, de lo *discontinuo*, aceptan algunos provisionalmente, un concepto de verificación pragmática, en que la abstracción se fecunda y toma vida y cuerpo en los hechos que comprueban nuestras investigaciones. Y digo provisional, porque en Filosofía todo es, o tiene que ser, hipotético, precisamente. La Ciencia, despojada cada vez más de influencias metafísicas, e inspirada en una acentuada finalidad objetiva, aunque acortando sus límites, los hace más definidos, precisos y concretos. Sin nocivo propósito de sectarismo se busca en el fenómeno, o en una serie de éstos, la explicación de tal o cual aspecto de la vida, sin ufanarse de una certidumbre exacta que acaso casi nunca sea posible conseguir, por más que en muchos casos el resultado experiencial parezca corresponder en un todo a nuestros deseos. En un sentido de necesario relativismo comprende la mayoría de nuestros hombres de ciencia lo que ésta puede dar de sí, lógica y reflexivamente interpretada...

En Arte, en lo atañadero a la creación literaria principalmente, esbózase una interpretación artística muy autónoma, de carácter libérrimo, en que aparecen modificados, o convenientemente transformados, principios y prácticas de un retoricismo estéril y vacuo, a fin de alcanzar una concreción estética de valor más comunicativo y duradero. Vamos resueltamente desprendiéndonos de restricciones escolásticas y resabios dogmáticos que han hecho ya su camino. Ambicionamos un arte libre, de vasta ampli-

tud, que traduzca con fidelidad nuestras impresiones de la hora actual, sin acatamientos serviles a cánones añejos o a novedades estrafalarias o sin envidia. Cerrado el ciclo del llamado modernismo, no en lo que tuvo y tiene de necesario y permanente, sino en lo mucho que reveló de accidental y pasajero, el observador consciente avizora cómo en América, por virtud de cierto íntimo dinamismo, van fundiéndose en una concepción aun de vaga plasticidad, procedimientos y principios de un clasicismo mesurado y discreto, con elementos de innegable procedencia romántica, limpios de incongruencias y desmesuradas exageraciones. Reducidos a la medida de sus justas proporciones, figuran en esa concepción de arte libérrimo elementos aprovechables de decadentismos, simbolismos, futurismos y otros ismos más o menos pasajeros y anodinos. Sin despreciar, en resumen, ni mucho menos, el mérito de técnicas artísticas europeas que podemos y debemos aprovechar, nuestra labor endereza sus pasos a la adquisición de un credo artístico, de visible elasticidad, que refleje con peculiar intensidad cuanto integra y vincula nuestra alma hispanoamericana.

III

Esa concepción de arte autónomo, despojado enteramente de un estrecho sentido de escuela o cosa semejante, es la base necesaria de lo que se llama y se seguirá llamando *hispanoamericanismo literario*. Se encuentra ahora ese hispanoamericanismo en sus primeras etapas de crecimiento. Empiezan a acumularse los materiales para la construcción del vasto edificio. La tendencia hispanoamericanista es aun de carácter fragmentario, de cierta bien justificada variedad de matices. Se presta ya en algunas de sus facetas para el análisis de sus factores integrantes, pero excluye, desde luego, toda visión sintética y satisfactoria del conjunto. Adviértese en ella, sin forzar mucho la inteligencia, el propósito preponderante de alcanzar una más o menos bien precisada personalidad literaria. Dentro de ese hispanoamericanismo sugestivo, amplio, con suficiente potencia espiritual para reflejar con verdadera intensidad cosas privativas del pensamiento y la sensibilidad de nuestro tiempo, considerados en sus más altos y complejos estra-

tos, cabe muy bien, con valor relativamente secundario, un nacionalismo que tienda de continuo a cultivar, con singular preferencia, cuanto autonómicamente nos vincula y cohesiona y presenta cada una de estas repúblicas como entidad nacional de bien perfilada fisonomía.

Ese nacionalismo comprende todas las manifestaciones de nuestra secular y vegetativa existencia colonial; todas las leyendas y tradiciones que revisten ese pasado de cierto sugerente esplendor romántico; lo que existe de muy pintoresca urdimbre en ciertas de nuestras más arraigadas costumbres; el sentimiento intenso de las inconfundibles peculiaridades de nuestra portentosa naturaleza; cuanto hay de épico y grandioso en nuestras luchas emancipadoras y aun en muchos sucesos de nuestras mismas guerras civiles... Hispanoamericanismo y nacionalismo tienen naturalmente muy estrechas e íntimas vinculaciones. Mueve al primero con repercusiones hondas, más atenuadas en el segundo, un espíritu en alto grado pleno de las saturaciones del movimiento de renovación que caracteriza lo más ingente y singular de los problemas que agitan y absorben la actividad mental de la vida moderna...

En momento oportuno florecen tales bien justificadas tendencias literarias. En la América inmensa, en mucha parte casi despoblada, van dándose cita muchas gentes ahuyentadas de sus respectivos suelos natales por la densidad excesiva de población ó por la esterilidad o agotamiento de tierras en exceso cultivadas. Con cierta leutitud parece operarse una especie de absorción del elemento nativo en algunas de las zonas en que han desembocado las más caudalosas corrientes inmigratorias. Si a tiempo no se procura conjurar el mal, a vuelta de no más de dos generaciones se tocarán los nocivos resultados. En el nuevo tipo étnico aparecerán muy borrosos o no aparecerán del todo los peculiares rasgos anímicos del hispanoamericano. Y esa fisonomía peculiarísima, si en lo físico variará sensiblemente y no podrá por fuerza natural conservarse intangible, en lo moral, en lo espiritual, en algunos de sus actuales rasgos, sí puede y debe procurarse guarde en cuanto sea dable su prístina vibración íntima, autóctona, por medio de una enseñanza de médula científica, principalmente nacionalista.

Una *élite* intelectual principió desde hace tiempo a preocuparse del peligro, señalando al mismo tiempo los medios más a propósito para atenuar lo más posible la gravedad del mal. Por conspicuos escritores se ha demostrado ya con sagacidad y precisión cómo comienza a debilitarse en regiones donde la inmigración se densifica más, el fundamental concepto de existencia nacional, por la acción directa e ininterrumpida de la inmensa masa exótica que, sin previa selección, va compenetrándose con la población nativa en condiciones acaso de llegar a la extinción misma del sentimiento nacional. En parte, dije entonces, son responsables del mal, los gobiernos de aquellos países que, ofuscados por el deseo de un progreso violento, sin necesarias gradaciones, se cuidan poco de regularizar y seleccionar esa potente inmigración, para que no lesione fundamentalmente al elemento criollo, y permitan, sin ningún género de restricciones legales, que la tierra, es decir, el fundamento esencial de toda soberanía nacional efectiva, sea pronta y fácilmente acaparada por extranjeros acaso inadaptables al medio y a sus circunstancias históricas. Nunca he considerado el patriotismo con criterio de torpe exclusivismo, como concreción aislada de la vida circunstante, sin nexos con resaltantes realidades mundiales; pero se me antoja deber imprescindible, el primero de todos los deberes, defender con irreductible energía lo que constituye una personalidad nacional, lo que le imprime carácter y le da lugar en el mundo y en la Historia. Continuamente resuenan gritos de alarma en ese sentido. Pero bien mirado no es eso lo más peligroso.

La inferioridad intelectual, real o supuesta, que el nativo se figura tener frente al extranjero, que juzga tontamente superior, es algo muy digno de observación en cierta parte de la psicología criolla. Esa superioridad, en ciertos casos y por hábitos de organización y de norma de conducta de muchos recién llegados, se impone fácilmente. El hijo del país educado casi siempre en el desorden, se resiste a entrar en el orden regular y estable de muy concretas determinaciones. Indisciplinado, refractario, opuesto a todo sano control jurídico, el nativo, mejor que adaptarse a formas de vida organizada y fructuosa que lo pondrían en condiciones de igualdad con el de afuera, prefiere caer en la humillante situación de siervo o cosa semejante. Ese estado de alma se paten-

tiza de insuperable manera en *Canaan*, la bella e intensa novela brasileña de Graça Aranha. Admirando el orden y aseo imperantes en una colonia alemana emplazada en territorio brasileño, uno de los personajes de la novela se siente presa de desbordante entusiasmo por los extranjeros que han realizado tales cosas. Su interlocutor, sorprendido por tanta verbosidad admirativa le pregunta que si cree que por eso debe entregarse todo a los inmigrantes... El primero responde gráficamente: "Para mí sería indiferente que el país se entregara a los extranjeros que sabrán apreciarlo mejor que nosotros..."

Semejante estado de alma no es raro por desdicha. A mi alrededor, a modo de moscas venenosas, han zumbado más de una vez especies semejantes. A muchos, antes de producirse la actual humillante ocupación militar norteamericana, oí decir que para la anarquía en que vivíamos, para nuestro eterno desgobierno, sería mejor una dominación extranjera que nos diera orden y adelanto... ¡Horror! Hay que reaccionar decididamente contra tales disolventes opiniones, productos generalmente de sombríos pesimismo originados por circunstancias del momento. Lo esencial en todo caso es poseer un ideal, crearlo si no se tiene. El hispanoamericanismo, considerado en su más vivificante sentido, representa una especie de acercamiento que puede proporcionar una relativa unidad intelectual y artística a la vida cultural de estas repúblicas de civilización ibérica. Si esa unidad no es posible en lo político, laboremos para dar una orientación común a lo que vale más y es más perdurable que lo político: la vibración cultural armónica y coherente de pueblos identificados por la sangre, por el habla y por la Historia...

FED. GARCÍA GODOY.

La Vega (Santo Domingo).

DULCE HISTORIA DE MARIA

MARÍA acaba de llegar. María
es hoy una mujer que ya ha perdido
la luz, el sueño y el perfume.
Nada queda en María.
Solo los cabellos negros
que ahora, como ayer, son de la noche...

María fué la moza
que lavaba la losa doméstica
y regaba el rosal de la huerta.
María fué la primera de las mozas
que me llama y me lleva de su mano.
En la casa nuestra,
María era el cobijo y el calor de los cuentos.
Vino del valle y era hermosa
y rosa y fuerte, como las zagalas.
María, temerosa, no tuvo
valor para mirar a los señores.
Sus manos, sobre el halda, recogían
toda la timidez de su mirada.
Pero más tarde fué mirando el cielo
de la ciudad y sus ojos se avinieron.
Nosotros no amamos a ninguna
mujer que nos sirvió, como a María.
Ella arropaba el sueño de mi infancia;
ella, mientras rezaban los mayores,
junto a mi lecho en los inviernos crudos
protegía mi sueño mentiroso:

¡Ah! Yo cerraba los ojos,
no dormía.
Mas si ella se marchaba, los abría
súbitamente.
Ella tornaba clara,
como una luz, pacífica, divina...

Hoy vuelve, y ya mis años se han nutrido
de mucho sol y mucho mar. Mi frente
lleva la huella de la noche eterna
que cruza tercamente sigilosa.
María llega con sus cuatro hijos,
nos llama niños, besa a las hermanas,
y al volver hacia mí, tiende su mano
que es aldeana, áspera y materna...
Viene un recuerdo nebuloso; todo
se agolpa en mí con un temblor de sombras,
y busco triste, pensativo y puro,
la lejana actitud inmaculada
del vientre primoroso que han herido.

María pone las palabras nuevas
de su voz nueva sobre mi silencio.
La voz descubre, la energía ruda
de una maternidad de aldea noble.

La tarde está en los ojos de María
y en los hijos de cobre de María.
La brisa de los valles recónditos
la traen en los labios,
como gotas de agua de la noche
sobre las hojas amanecidas...
¡Oh, el dolor del ánima pequeña!
¡Oh, aquella timidez antigua...!
Cuando las noches eran tan profundas
como hoy es la memoria del pasado,
y en los cristales del balcón, el miedo
del duende,

*acechaba escondido mi sueño,
el de los ojos abiertos...
María se acercaba a mi lecho y me cuidaba.
Yo era más niño que mis propios años.
—¡No te vayas María! ¡Cuando recién
te marcharás!*

*María me besaba,
y se llevaba el miedo entre sus labios
cual si chupara sangre de una herida.*

ALONSO QUESADA.

Las Palmas (Canarias).

DE COMO NACIÓ EL AUTO SACRAMENTAL "LA VIDA ES SUEÑO", DE CALDERÓN DE LA BARCA

LA tarde era calurosa, no obstante la lluvia de la pasada noche que había convertido las calles en hinchados arroyos, no tan ligeros al correr que no dejaran huellas de su paso en los grandes charcos que dificultaban el cruce de las calles, y el pase de una acera a otra.

Con lento andar, un venerable sacerdote, de grave aspecto y aseado manto, en el que se destacaba, al lado del corazón, la roja cruz de Santiago, trataba, salvando baches y montones de no limpio barro, de ganar la entrada de la calle de las Platerías (1). Logró sin apresurarse, su propósito; sacudió, no por cierto con fuerza, las extremidades de manto y sotana, para desprender, si posible era, las salpicaduras de barro con que le saludara al pasar una chirriante carreta de bueyes, y llegó por fin, un tanto sofocado, ante la casa número 4 de la mentada calle. Oscura y angosta era la escalera, y los peldaños, más altos de lo que al septuagenario clérigo podía convenirle, por lo que, y como si fuese ya costumbre en él, detúvose un ratito en el largo zaguán, y luego, con rítmica calma, asentando bien los pies, subió hasta el piso primero.

Probablemente las pisadas del venerable anciano delataron su llegada a oídos ya avezados al acompasado sonido, pues antes de tomar con su mano el herrumbrado picaporte, una mujer como de cincuenta años abrió la puerta de par en par, y un "¿Cómo está su merced?" fué la frase con que le saludó. "Yo bien; ¿y tú, Magdalena?" "Bien, para servir a Dios y a su merced", contestó la interpelada haciéndole paso, mientras el

(1) Hoy la calle Mayor.

buen capellán, ya descubierto, entraba en su alcoba, frontera a la puerta de entrada a la casa, para dejar teja y manteo.

En aquel momento la campana de la próxima y nueva iglesia de los Agonizantes daba las dos.

Lavóse el sacerdote las manos en un aguamanil que había cercano al Oratorio y pasó a la sala que daba a la calle y en la que se pavoneaban dos amplios bufetes, uno cerca de la pared, de la que la separaba cómoda butaca de baqueta, con alto respaldar, y otro en el opuesto lado en el que, preparado el servicio de mesa, sólo esperaba a quien debía ocupar el asiento ante el cual se veían dos platos: uno sopero y otro trincherero. Dos estantes con libros y varias sillas de baqueta completaban el mobiliaje de la habitación.

Con la cachaza habitual en quien los años y la experiencia de la vida enseñaron a dominar los inquietos nervios, acercóse al balcón, abrió de par en par los dos batientes de la puerta, se inclinó acercándose a la balaustrada para mirar la calle, poco menos que desierta a tal hora, y, por fin, entrando de nuevo en la habitación se sentó después de persignarse y rezar breve oración, dispuesto a proporcionar a su envejecido cuerpo el ordinario sustento.

Mientras comía la sopa humeante, coloreada un tanto por la desprendida enjundia del sabroso chorizo—que buenos se comían en la casa regalados por un amigo riojano—nuestro protagonista se encaró con su, más que vieja, envejecida criada, para preguntarle qué novedades ocurrían.

—Pues, con permiso de su merced. Sabrá que a esto de las diez estuvo doña Ana (1) preguntando por su merced, y yo digo, dije: creo que ha ido esta mañana al Convento de los R. R. P. P. Dominicos.

—¿Y quién te dijo a ti que yo allí iría?

—Su merced dispense; pero ayer, al despedir al pie de la escalera a su amigo el Sr. de Salazar, me pareció oír, mientras barría el Oratorio y el pasillo, que tenía avisado que allí iría esta mañana.

—Así es, en efecto; pero te olvidaste de indicarle la hora. De suerte que a los dominicos fuí muy temprano; de allí me

(1) Doña Ana de Monteserin, su criada durante varios años.

corrí a visitar a un enfermo, cofrade mío de la Tercera Orden de San Francisco que vive en la calle de Cantarranas, para dar por último, con mi cansado cuerpo en la Capilla de San Isidro Labrador, contigua, como no ignoras, a la parroquia de San Andrés.

—¡Jesús me valga! ¡Cuánto anduvo su merced!

—Así es, pero era preciso, y lo preciso no se regatea ni se excusa. Mira, traeme el puchero, agregó al tomar la última cucharada de sopa.

Después de recoger la diligente Magdalena de manos del criado Juan(1) y a cambio de la sopera, la fuente que contenía el clásico plato, que depositó en la mesa, el clérigo, en tono siempre de amistosa benevolencia, siguió platicando con la buena mujer.

—Ea; sepamos qué es lo que te contó nuestra amiga doña Ana; porque de algo hablaríais las dos.

—Pues nada: que parece que tiene que cambiar de casa, pues la que ocupa, de la calle de la Ballesta, la van a derribar; que tiene una en vista cerca del Portillo del Conde Duque, pero que no le acaba de agradar, y otra que puede convenirle, por estar cerca de aquí, a la vera de la Puerta de Segovia, le resulta muy cara, si bien ella cree que por ser de los P. P. Recoletos, quizás, si su merced interviniera, se rebajaría el precio del arriendo. También hablamos...

—¡Anda! ¿No dijiste que no te había contado nada?

—Pues ahí verá su merced. Hablábamos... pero no, que tal vez su merced lo tome a mal.

—Habla, mujer; que tu conversación antes me agrada que desplace.

—Pues verá; siempre con permiso de su merced. Me dijo que de cierto tiempo a esta parte nota a su merced más pensativo que de ordinario, y que hasta le parece que está enflaqueciendo.

—Aprensiones tuyas.

—No, Padre, que a mí, ahora que me lo ha dicho, pues me parece lo mismo. Su merced no come como antes, y duerme menos, y se le juntan con más frecuencia las cejas, y...

(1) Uno de los cuatro que tenía a su servicio.

—Bueno, bueno; basta, que esto sí que ya es hablar en demasía. Estoy como antes, lo mismo. Lo que ocurre ahora es que no voy por falta de tiempo, y quizás de humor, ni al mentidero de las gradas de San Felipe, ni al de las Comedias, y, es natural, ni sé ni puedo referir cuentecillos y chismes, que aún hasta hace poco sabía por frecuentar tales sitios Salazar, Vera Tassis o Fernández de León. Bueno, bueno; vamos a ver: ¿qué hay de postre?

—¿Quiere, su merced unas aceitunas?

—No; el vulgo asegura que dan pie a la murmuración.

—Entonces... ¡Pero tonta de mí, si ahora caigo! Doña Josefa (1) dejó preparado hoy antes de tomar la galera para Toledo, una fuente de manjar blanco.

—Tráele corriendo, que este plato se come sin hincarle el diente.

Vino el dulcísimo plato; sirvióse el buen clérigo ración más que regular, saboreándola a placer, y después del *Benedicamus Domino* rezado de pie, salió nuevamente al balcón para respirar el aire que venía de la Puerta del Sol.

Pocos momentos permaneció allí el ilustre tonsurado: pasicorto, y sin cerrar el balcón, se encaminó a su alcoba, cuya puerta entornó, y tras leve saludo con la cabeza al hermoso Crucifijo de marfil que se veía en la testera de la cama, arrimó a ésta una silla y apoyó parte de su busto en la blanca almohada, dispuesto a descabezar un sueño si alcanzaba a ahuyentar por algunos instantes la idea fija que hacía meses y meses, por no decir años, como insectillo carpintero le estaba barrendo el aun despierto cerebro.

El taladrador gusanillo, a pesar de su pequeñez, logró hacer ilusorio el empeño del noble septuagenario, tanto, que a la media hora escasa se le podía ver ya de pie, salvar la corta distancia que separaba la alcoba del Oratorio. Allí penetró, hizo la señal de la Cruz, levantó ligeramente el solideo y se hincó en el reclinatorio que ante el ara se veía, permaneciendo largo rato fija su mente en la patria celestial, por su acendrada fe entrevista, mientras sus manos cubrían el arrugado rostro para,

(1) Doña Josefa de Aguirre, que con su esposo Carlos Cortissela estuvieron varios años a su servicio.

al no ver luz, hacer más sensible su total alejamiento de este mundo.

Incorporóse al fin; saludó con un "Padre Nuestro" a una imagen de San Francisco, muy de su devoción; salió del Oratorio cuya puerta cerró; entró de nuevo en la alcoba para recoger el moquero que se le olvidara, y, por último, fué a sentarse ante el bufete que lleno de papeles había en la sala.

Un gran Crucifijo, cuyo pie de madera tenía incrustaciones de nácar, presidía, sin duda de luengos años, las labores literarias del anciano sacerdote; ante el católico signo de nuestra Redención, se veían una gran escribanía de ébano, con tintero, salvadera, caja para obleas y campanilla; dos candeleros con bujías, y en un extremo, el velón de cuatro luces, con su pantalla, remate y tijeras. Los muchos claros que dejaban el sitio ocupado por los citados utensilios, estaban llenos de papeles, cartas, libros, unos aforrados en pergamino y otros manuscritos, todo ello con el desordenado arreglo impuesto por quien acostumbrado está a trabajos de la inteligencia. El infolio que el anciano tenía enfrente de él, dejaba ver, de entre sus páginas, cuentas de un rosario — de huesos de aceituna, del Monte Olivete — delatora prueba de que la noche anterior, después de la habitual lectura, desgranaron sus dedos, al compás de la católica oración, las cuentas de aquél, dejándolo como señal al cerrar el libro en cuyo estudio se había engolfado.

Separó el infolio, y oyendo los menudos pasos de Magdalena, que de los pisos superiores bajaba con frecuencia, la llamó para encargarle vigilase si alguien venía; que si el librero Rodríguez, el de la calle de Atocha (1) traía unos libros, que se los entrara; y que, en cuanto a visitas, no quería recibir a nadie, pues tenía mucho en qué ocuparse, salvo, como ella sabía bien, si venían a buscarle para asistir a algún enfermo, o si, acaso, querían pasar a saludarle don Antonio de Solís o el P. Fomperosa (2).

Con un "Se hará como vuesa merced dispone", se retiró Magdalena, cerrando del todo la puerta, que al minuto reabrió un

(1) Gregorio Rodríguez, mercader de libros, calle de Atocha frente a la Virgen de Loreto.

(2) Docto jesuita, teólogo y autor de dramas religiosos.

poquitillo, por parecerle que a su amo le convenía un algo de fresco en tarde que, por lo calurosa, parecía amenazar con nueva y ruidosa tormenta.

Entornó el tonsurado los párpados, deseando tal vez encauzar ideas, mientras la diestra mano acariciaba su cana y bien cuidada perilla, y así estuvo larguísimo rato, hasta que, cual si despertara o volviese de otro mundo — y así era en verdad, pues regresaba del mundo de los recuerdos — se restregó los ojos, miró el Crucifijo, y un

¡Válgame Dios
qué de cosas he soñado!

probó que tenía clara en su mente la colosal figura de *Segismundo* por él mismo creada hacía ya más de cuarenta años.

Sí, era verdad: doña Ana no andaba del todo fuera de razón; también habían notado su cavilosidad Vélez de Guevara, Pellicer, don Antonio Folch de Cardona, y aun el simpático repentista Manuel Vidal y Salvador. Decididamente era de todo punto necesario, para su tranquilidad, dar forma escrita al proyecto de tan largo tiempo acariciado. Vaciadas al papel las ideas que de continuo avasallaban su cerebro, aquel insecticillo carpintero le dejaría en paz, y libre de tan molesta pesadilla, si sus tareas religiosas y su salud se lo permitían, aun tendría alientos para ir abasteciendo de Autos a las Compañías de actores que, por mandato de S. M. o del Ayuntamiento, los representaban en la Corte.

Preparó sin prisa unas hojas de papel; escogió una de las plumas de ave recién cortada con pericia por la segura mano de Cortissela; miró el tintero para cerciorarse de que no carecía del indispensable líquido, y tras este mecánico figoneo, volvió, después de atusarse ligeramente el bigote, a tomar su postura predilecta, o sea la de cargar el brazo derecho en el sillón, apoyando luego su cabeza inmortal sobre aquella mano que con tan seguro pulso trasladaba al papel las estrofas que le dictara su inagotable vena poética.

Y el autor de *El Alcalde de Zalamea* comenzó a monologar:

“El aplauso que en los Corrales alcanza siempre *La Vida es Sueño*, nacida al calor de mi revoltosa mocedad, harto pue-

ba que no anduve del todo desacertado al dar forma teatral, concreta, a una fábula ya anteriormente esbozada. Pero ¿entiende acaso el pueblo la idea filosófica y moral de mi comedia? ¿Adivina mi intención profundamente católica? Estoy por negarlo, con sólo detenerme a pensar en los pasajes de la obra que obtienen más vítores de gradas y aposentos, cazuela y patio. La mosquetería, y aun señores y nobles, oyen con agrado la música de las décimas con que Segismundo lamenta verse inferior a los irracionales y aun a objetos inanimados; corean con entusiasmo, en especial patio y cazuela, las brutales contestaciones del Príncipe al padre que le engendrara, y casi lamentan verte de nuevo en la gruta, justo castigo a sus desmanes. ¿Qué más? El pueblo repite las frases que se avienen con su mundano pensar, pero no aquellas que enderezadas iban a demostrarle que sobre el desenfreno de las pasiones, erguirse debe siempre la voluntad encaminada al bien. No acertaron a ver hasta hoy ni cómicos ni espectadores, que desde la primera escena hasta la última, todo en mi comedia es alegórico; que de acuerdo con mi Santa Madre la Iglesia, proclamo el libre albedrío, y que me valgo de la ficción del sueño para enseñar a vencer las pasiones, inclinando al hombre a obrar bien, que es, en suma, lo que debe preocupar al mortal mientras pisa la corteza terrestre.

"Mi *Segismundo*, indómito al principio, bravío después, se trueca, merced al supuesto sueño, en el hombre que aprendió a tener sujetas y enfrenadas sus pasiones. Pero esto pasa inadvertido a sus ojos, tanto que, por no dar con mi pensamiento, califican de inverosímil la fábula, y si celebran su representación en los tablados, es por la sonoridad de la rima, el movimiento de los personajes y el detalle de la apariencia.

"Después de haber meditado muy mucho el punto, pienso que es de mi obligación explicar a mis contemporáneos y a cuantos les sucedan, lo que me propuse poner de bulto al dar forma escénica y fondo religioso a una fábula gentilica. Mas ¿de qué ficción me valgo?... , siendo esta vacilación la que me trae desasosegado, a pesar de que de este punto no aparto tiempo ha los ojos del entendimiento. Han de saber, los que la comedia vieren, que el *Rey Basilio* no es un monarca, sino

el símbolo de la *Sabiduría*, de la *Ciencia*, hija de Dios; que el *Criado primero* representa el *Entendimiento* a quien despeña *Segismundo*, mientras oye complacido a *Clarín*, que encarna el *Albedrío* mal regido; que el *Amor* y los *Sentidos* están pintados en personajes secundarios, sirviendo todas las figuras, así las principales como las secundarias, de marco al protagonista, que no es más que el *Hombre*. El hombre, sí, que nace desnudo, ignorando de dónde viene, y en cuya vida mortal intervienen los elementos todos: tierra, aire, fuego y agua; hombre que, para honrar a su Creador, que lo formó a su imagen y semejanza, debe sofrenar sus torcidas inclinaciones hasta alcanzar el triunfo mayor a que el ser humano puede aspirar: el propio vencimiento; hombre, en fin, que cae y se derrumba si desoyendo los gritos de la conciencia deja que los sentidos se gobiernen por antojos.

“Todo esto ¡cómo no ha de ser así!, nos lo refiere la cristiana filosofía; y la Religión del Crucificado, de la que soy indigno ministro, claramente nos lo enseña, al advertirnos que si por la heredada culpa somos esclavos de los enemigos que acechan el alma para asaltarla, por la Gracia que a nadie se niega, el hombre se redime hasta trocarse en la predilecta criatura de Dios.

“Sí; la lógica y la necesidad aconsejan escribir la obra; ¿por qué no un Auto?... Sí... esto es, un auto, que ponga a clara luz el fin moral de la comedia; que sepan los que nacerán más tarde lo que quise decir en 1628. Conviene cristianizar, sublimar lo humano, mejor aún, con meditado cálculo debo acometer la tarea, no exenta de tropiezos por cierto, de explicar la comedia poniéndola a los pies del Santísimo Sacramento. En *La Vida es sueño* todo parece humano; en lo que intento, el simbolismo ha de ser si más puro, más visible, pues el nuevo *Segismundo* será *Adán*, esto es el *Hombre*, que de tumbo en tumbo rueda por este mísero planeta, con el nativo instinto por un lado, y la luz de la razón por otro; el *Hombre*, que lavado en el Tribunal de la Penitencia y redimido por el Sacramento de la Eucaristía, vuelve a ser, merced a la Bondad Infinita, la criatura sin mancha por Dios amada.”

Tan hondo pensar, que en sus diversos matices abarcaba, como en suprema síntesis, la vida del hombre en cuanto a ser moral, lejos de fatigar la mente del aristocrático autor, tuvo el

privilegio de desarrugar su entrecejo, reflejando su mirar la viva llama de la inspiración. Diríase que el fuego de místico fervor que abrasaba su alma trascendía a su exterior e iluminaba en célicos resplandores sus pupilas, antes medio mortecinas. Miró con ojos de devoto amor la imagen del Crucificado que ante él extendía sus brazos, dispuestos siempre al perdón, como agradeciéndole su divinal ayuda, y, después de prolongada pausa, destinada, sin duda, a poner como en ringlera las ideas que andaban solteras en su cerebro, agregó a media voz:

"La época es propicia, la ocasión oportuna. Basta de vacilaciones; manos a la obra; con la protección del Divino Sacramento, que de corazón imploro, diré al mundo la idea aun no comprendida, que me aconsejó escribir, tantos años hace, mi pobre comedia."

Y tomando una hoja de papel, su diestra mano escribió con letra clara y pulso seguro:

Auto Sacramental, Alegórico, intitulado La Vida es sueño, a tiempo que Juan, con apagado andar, entraba en la estancia para prender el velón de cuatro luces, y comenzaban a rodar por la calle los coches de cortesanos y magnates, que en procura de aire fresco se dirigían al concurrido Paseo del Prado.

Así nació, en 1671, si la fantasía no ha ultrapasado los límites de lo razonable, el mejor de los Autos Sacramentales escrito por Don Pedro Calderón de la Barca.

RICARDO MONNER SANS.

En mi rincón, mayo de 1923.

EL TRIPTICO DEL MAL

I

Las silbadoras sierpes de la Envidia

PRODIGUÉ mi bondad a manos llenas,
sin cuidarme del mal que me atraía,
pues en mi afán de sembrador sabía
del fruto amargo de las obras buenas.

*Y probé los rigores de las penas,
sin apartarme de la recta vía,
bajo el imperio de la duda fría,
al saber que son propias las ajenas.*

*Y en busca de la senda prometida
me jugué todo entero en la partida,
sin escuchar las voces de la insidia.*

*En tanto que a la vera de mi senda
se levantaban como fosca ofrenda
las silbadoras sierpes de la Envidia.*

II

Las satánicas alas del Orgullo

Y proseguí con ánimo seguro
como el que todo en el Señor confía.
Si se mostraba el porvenir oscuro,
era la luz de la verdad mi guía.

*Jamás innoble pensamiento impuro
en lo profundo de mi sér ardía,
y fija la mirada en el futuro,
despreciaba el dolor que me mordía.*

*Ya tocaba a su término mi viaje,
arriba el corazón de todo ultraje,
malgrado un vago y pertinaz murmullo.*

*Y triunfaba del mal gallardamente,
cuando vi que asomaban por mi frente
las satánicas alas del Orgullo.*

III

Las tentadoras sombras del Pecado

APIRANDO a la gloria de ser bueno,
llena el alma de lírica armonía,
si la inquietud extraña fué la mía,
como el propio dolor miré el ajeno.

*Y lleno de vigor y de fe lleno,
sembrando el bien en donde el mal crecía,
al llegar a la siega recogía
salpicadas las mieses con el cieno.*

*Puesta en Dios y en mis puños la esperanza
firme la planta, el corazón sereno,
levanté el ideal en lontananza...*

*Pero al volver la vista a mi pasado,
sentí que me atraían a su seno
las tentadoras sombras del Pecado...*

LEOPOLDO VELASCO.

NO HA MENTIDO PLUTARCO

Ese fantasma — dice Andrés Suarés — ese fantasma que adelanta con aire bélico, la mano en el puño de la espada, tan orgulloso de su plumero como Héctor el Matador de Hombres, enmascarado de hierro y hecho todo él una estatua armada, es, en el fondo, un triste cadáver ambulante. Alzad la visera, y descubriréis la mueca del esqueleto. Ese fantasma es la vieja Razón de Estado, que quiere todavía infundirnos espanto asumiendo altivas apariencias.

¿Qué ha sucedido, pues, en Francia?

No es nada; es un libro de Jean de Pierrefeu, *Plutarco ha mentido*. La inteligencia se cansa de las actitudes forzadas a que la estrechaba, durante los años de la guerra, la obligación de la propaganda patriótica; y su reacción es tan extremada como, a la larga, saludable. La inteligencia se despereza, harta ya de buscar justificaciones artificiales a la casualidad, al desorden, al azar, a la obra incierta de los hombres, y grita, en su reivindicación:

¡Miente Plutarco! ¡Acabemos con la adoración desconsiderada hacia los “providenciales”! ¡Tristes ejemplares, los grandes capitanes de ejércitos! Pobres bestias presas en el enredo de los mil caminos por donde la realidad desarrolla sus avances implacables! ¡Cuántos ganan guerras sin saber cómo ni porqué! ¡No más embaucadoras filosofías sobre la estrategia y la táctica! La batalla del Marne es hija de los retrasos y discolerías del General French, y de la rivalidad entre el cuartel General de Joffre y el Comandante de París, Gallieni. De tales miserias brota una

singular victoria. Tal es el ignorado proceso de los hechos humanos, donde hasta el vencedor lo es, muchas veces, a pesar suyo y contra todas sus previsiones y sus planes. Paulo Emilio sacrificaba a la Némesis, temeroso de que sus excesivos honores irritaran a los oscuros dioses. Napoleón contaba, ante todo, con su estrella. Foch, ese pretendido Descartes del campo de batalla, cedía a sus impulsos instintivos, al grado que sus ideas mismas no lograban siempre desasirse de sus contracciones musculares: apretaba los dientes, cerraba los puños, lanzaba una especie de gruñido, — y sus oficiales adivinaban, al trasluz, sus órdenes in-formuladas...

¡Oh, Jean de Pierrefeu! Jean de Pierrefeu! ¿Cuál es, en suma, la conclusión de tu libro especioso y lleno de entrañas? Si con tales gestos animales se gobierna a los indignados poderes del Cielo y del Infierno ¿tienen, pues, razón; tenían razón esos Estados Mayores a quienes tú tachas de haberse embriagado en los sueños de la escuela bergsoniana: de confiar más en el instinto que en la razón; en la bravura del pecho que en la perfección mecánica de los armamentos? Si la antigua estrategia — con sus reglillas retóricas de ataques para romper los centros o de movimientos de alas envolventes — bastaba para ahuyentar a los convencionales generales rusos, que retrocedían, bajo Ludendorff, en la Prusia Oriental; pero no lograban, en manera alguna, persuadir de su derrota ritual a todo un pueblo francés lanzado a defender su suelo; si el monstruoso frente único es la ruina del arte militar clásico — juego de ajedrez entre Príncipes; si la muralla de corazones ha valido más que los alambrados y trincheras; si los estallidos de la fe y la esperanza son más fuertes que los gases tóxicos; ¿qué vamos a decir contra ese hombre seco y eléctrico, escueto como un Don Quijote, meridional y apasionado, que recorría las líneas gritando a sus tropas, como única doctrina de guerra — y bien guardados bajo siete llaves los libros académicos — ¡atacad, atacad; atacad si tenéis manera; si no la tenéis, atacad; atacad si ventéis el triunfo; pero si os sentís derrotados, atacad, también atacad!

ALFONSO REYES.

París, junio de 1923.

LA NUEVA ARGENTINA Y EL NACIONALISMO (1)

LAS conferencias dadas por Leopoldo Lugones, han tenido la virtud de transformar el problema del nacionalismo, que hasta ayer era un concepto, en un problema de acción social.

Muy pocos escritores, que yo sepa, se han ocupado en nuestro país de nacionalismo: Ricardo Rojas, Alfredo L. Palacios, Leopoldo Lugones, y entre los jóvenes, Carlos Cossio.

Lo que más llama la atención en los presentes instantes, es el total olvido de *La Restauración Nacionalista* de Ricardo Rojas. Este libro fué el primero que planteó el problema del nacionalismo argentino y me apresuro a traer al debate este importantísimo documento inicial, del cual nadie hace mención.

La Restauración Nacionalista es un bello libro que, considerado objetivamente, expone una teoría nacionalista perfectamente aceptable en doctrina. Pero este nacionalismo de Ricardo Rojas se halla totalmente fuera de la conciencia popular y sólo es conocido en círculos muy reducidos. Esto se debe a la despreocupación de Ricardo Rojas por todo lo que sea acción social.

El Nuevo Derecho del doctor Alfredo L. Palacios, es la sistematización de los conceptos doctrinarios que orientaron la vida política del autor. Aquí el equilibrio entre la labor intelectual y la acción social es completo. La interpretación que el doctor Palacios da en este libro al concepto de nacionalismo es la que más se identifica con la teoría oficial de la Nueva Argentina.

En cuanto a Leopoldo Lugones, la Nueva Argentina se apresura a declarar, y este es el objeto de la presente conferen-

(1) Extracto de una conferencia pronunciada en el Ateneo Universitario.

cia, que las doctrinas sobre nacionalismo por él expuestas, son desde todo punto de vista inaceptables.

La Nueva Argentina no puede permitir que se confunda, ni por un instante, el nacionalismo capitalista y armamentista de Leopoldo Lugones con el nacionalismo proletario y pacifista de la Nueva Generación.

La política internacional que la Nueva Argentina acepta como la única legítima, no es una utopía irrealizable, puesto que no deriva solamente de principios abstractos, sino de la escuela de política internacional creada por el Presidente Irigoyen. La política de la paz iniciada por el Dr. Irigoyen es la expresión más alta y exacta de un nacionalismo bien interpretado.

He aquí expuestos en pocas palabras los antecedentes nacionales del problema estudiado por Lugones. Pero este problema en el campo de las ideas abstractas tiene largas proyecciones universales.

Fué Kant quien en un trabajo titulado *De la paz perpetua*, expuso por primera vez las bases doctrinarias de un nacionalismo idealista.

Krause, que se definió a sí mismo diciendo: *Yo soy Kant traducido a las ciencias sociales*, elaboró con aquellas ideas fundamentales del maestro un vasto sistema de nacionalismo humano. Es sabido que Hipólito Irigoyen tiene en alta estima y conoce profundamente la filosofía de Krause y que ha inspirado a menudo su acción de estadista en las doctrinas de aquél.

Por otra parte, Jean Jaurès, también guiado por Kant, identifica el nacionalismo idealista con la verdadera interpretación del socialismo moderno, unilateralizado por Marx. Nadie ignora que el Dr. Alfredo L. Palacios reconoce a Jean Jaurès como la cumbre más alta del socialismo y que la interpretación dada por Jaurès inspira su libro *El Nuevo Derecho*.

La doctrina oficial de la Nueva Argentina sobre nacionalismo, ha sido expuesta recientemente por Carlos Cossio en el libro titulado *La Reforma Universitaria* (1).

(1) Véase también *Incipit Vita Nova* y *El Idealismo y el Nacionalismo como bases de un Derecho Administrativo Argentino*, publicaciones en las que he expuesto ampliamente mis puntos de vista en mi carácter de ciudadano de la Nueva Argentina.

Cossio demuestra cómo el concepto de nacionalismo no puede ser nunca separado del concepto de idealismo o de materialismo, que implícitamente le da significado.

Así, Leopoldo Lugones, al definir el nacionalismo, definió el *nacionalismo materialista*. En cambio Cossio, al definir el nacionalismo, define el *nacionalismo idealista* de la Nueva Argentina. La feliz expresión por él acuñada de *idealismo histórico* (en superación de *materialismo histórico*) señala con toda claridad el concepto de un idealismo alejado de toda utopía.

La Nueva Argentina, en cuyo programa de acción se halla inscripta la liberación económica del proletariado como un imperativo impostergable, considera que la actual Constitución que nos rige y el Código Civil vigente, no aseguran ya para el pueblo argentino la justicia social que le es debida como pueblo libre. En estas circunstancias extraordinarias la libertad excesiva anula la justa libertad y un pueblo es libre, precisamente, de preferir una Patria justa a una Patria solamente libre.

Pero la Revolución que significa para un país el cambio de su Constitución y de su Código Civil, ha de hacerse en el nuestro por imperio mismo de esa Constitución.

Queremos la Revolución constitucional. No en vano los constituyentes del 53 incluyeron en nuestra Carta fundamental una cláusula que establece las condiciones constitucionales para reformar la Constitución.

Ha de llegar el día de la Reforma; pero hemos de hacer lo posible para que no sean las orientaciones expuestas por Leopoldo Lugones en sus últimas conferencias, las que informen la Nueva Constitución.

ADOLFO KORN VILLAFANE.

Buenos Aires, Agosto 1923.

EL LEÑO DE NAVIDAD (1)

ORO de leyenda deposito en tus manos cándidas; ilusoria moneda que no contamina, purificada en crisoles de ingenuidad: balbucesos de niño alborozado, piar de gorriones y efluvios de flor, en la frescura matinal.

Confiado dejo en tu pureza el gastado disco — para no impregnarse con la crasitud de los siglos fué dejando partículas de su esencia — en grata retribución a tu dulce empeño de que abandone mi cabeza vencida en el amparo diminuto de tu regazo.

*
* * *

Mal podría explicarte, Chalito curioso, cómo al principio no hubo ser ni no ser, ni tierras ni aguas; ni cielo, ni nada más arriba.

Nunca pensemos en esa cosa honda y terrible — el Titán iluminador: no habría vencido aún, desconociéndose la distinción del día y de la noche — para no despeñarnos de la última cumbre a la nada...

Más bello es aceptar — única forma de acercarnos a lo cierto — que el poder de la contemplación iba creciendo en deseo... llegando a ser la semilla creadora. ¿Tal vez ese huevo legendario que en cada mitad tuvo el cielo y la tierra y en su medio el espacio de las aguas?

Y, siempre, el cauteloso paso de la muerte persiguiendo a la inmortalidad huidiza, sin alcanzarla nunca...

Repara, hijo mío, que prefiero nombrarte a la muerte, antes

(1) Del libro próximo a aparecer titulado *El traje maravilloso y otros cuentos a Chalito*.

que perdernos en los vericuetos de la duda neutra... Porque así como la profunda sombra hace resaltar la nebulosa de Andrómeda, fué necesaria toda la maldad reinante para la eclosión de la mística flor.

* * *

Noche de los siglos, en cuyo vórtice perdiase la noción del bien y del mal; el hombre primitivo, refractando lo existente en su propio yo, era la Bestia, y su misión la Guerra.

Cuántos martirios para obtener la Ley: ojo por ojo y diente por diente! texto que hoy comprendemos en toda su crueldad y que pareció, entonces, la verdadera liberación, ansiada durante siglos...

¡Pero aún la Humanidad deberá mecer su sueño en la cuna del Dolor!

* * *

En vano los alquimistas orientales alambican "nephentes" fabulosos, intentando suprimir el sufrimiento, sólo consiguen ahogar la personalidad humana en el lago de la nada.

Es que el primer paso será dado cuando los sabios, blanqueadas las cejas con el polvo de todos los caminos, enseñen a mejorar la condición de los doloridos, con el amor del hombre hacia los suyos.

¡Y esos iniciados en el bien, pondrán la idea en marcha!

* * *

Aún eran pasos inseguros, sin rumbo cierto, los de aquella inmensa región misteriosa, abismada en sueños de eternidad...! Decían las seductoras imágenes: "el hombre honesto debe caer bajo los golpes de los males, como el sándalo, que perfuma el hacha que lo hiere y abate". No obstante, frente al caso de la guerra, incitaban feroces: "no te dejes sorprender por el flagelo del temor, indigno del sabio y surgente de esa infamia que rechaza del cielo".

Lo mismo otra raza poderosa, aunque negando sus actos vitales, tenía el juicio de sus formas divinas, cuyos hijos dilectos, conscientes de las vidas anteriores y futuras, llevaban previsoriamente, en el viaje de ultratumba, sus defensas apologeticas.

Así, otra nación enorme, aconsejaba, en sus incomparables escrituras, a no herir, más aún, "a acoger al forastero, en memoria de cuando ellos también lo fueran".

Todos, comprendido aquel país armonioso en su aplicación de la verdad a la vida de la naturaleza, y que supo concebir, admirablemente, que "el sabio no se venga, mas olvida las ofensas"...

Todos, hijo mío, hubieran sido incapaces de enjugar lágrimas de un ignoto o de restañar la herida de un vencido...

Mucha corteza de barbarie todavía era menester arrancar, del nudoso tronco secular... Y, aún cuando los profetas del bien intentaban perfeccionar los rudimentos de la justicia, suplantando la bestialidad de la guerra con la Ley de la paz, eran impotentes para solucionar el problema angustioso.

Hasta que, divinamente, los hombres tuvieron una revelación.

* * *

En este apólogo, también, resulta imprescindible mentar una estrella que recogiendo toda la luz, aclaró el océano de tiniebla, donde la Humanidad por naufragar estaba, bajo el peso excesivo de sus males.

Fué claridad donde los hombres vieron a la Esperanza — que el Tiempo viste con los mejores velos de la Aurora — destilando filtros del Ensueño, vencedor de la Muerte...

Y, tal como lo presintieran algunos iniciados, ese resplandor de estrella iría a dar en el más candoroso niño, fajado de inocencia, caldeado de humildad y amparado de amor.

(Bien entiendo que, acompasándome con cierto ritmo que triunfa hoy, debiera poner mis notas en tono punzante, como si dijera, dándolas ese leve amargor que dejan las cosas muy dulces... mas no puedo...)

Ingenuamente me doy para que en ti, hijo mío, resuenen y palpiten: estrella, lágrima, ola, nube, flor, pájaro y canto).

* * *

Aquél debió tener cuna tan humilde — la sencillez es madre de cualquier prodigio, — infancia tan perseguida — el más ínfimo gusano elige la mejor poma — y juventud tan solitaria — no hay grandeza sin los martirios de la incomprensión, — que el ardoroso profeta de la penitencia — voz clamante en el desierto — al sentir posados aquellos ojos — dos mitades del cielo — en sus manos bautistas, comprendió la propia inferioridad.

De modo que el profeta “siempre santo”, aunque hijo del trueno enmudeció, para percibir la ubicua canción de vida y esperanza.

Y cruzáronse sus miradas: una de piedad salvaje, la otra de misericordioso amor infinito... bien se sospechaba que por su resplandor se iluminarían todos los senderos.

Salvador era, sin duda, proyectando las luces de su ejemplo en los caminos de la perfección.

Por designio sublime, carecía de la parte interesada de los sacerdotes: “dad esto que os daremos estotro”... Como arrullando, deciales: “Mi reino será de todos”...

Nada de amenazas: “Yo os bautizo con el agua, más El os bautizará con el fuego”... Cual cántiga materna repetía: “amo, amaos, amad!”...

Tampoco era esa suerte de respeto primigenio hacia los demás, que en algunos privilegiados corazones antiguos latiera; cumpliase el mandato de su nuevo verbo de bondad militante: devolver todo bien por el mal que nos hacen.

Contrariamente a cuanto decían los maestros, en el Templo, los peldaños del saber vanidoso no llegaban a las alturas.

Felices los simples, aquellos que aún tienen el corazón puro...

Y, los pobres, en un instante, volviéronse incomparablemente más ricos que cualquier emperador... Es que la verdadera riqueza — lo mismo que el mucho saber no es la Sabiduría —

demostrándolo al elegir a sus profetas, entre los simples — no la brindan las áureas monedas, con su tintinear engañoso.

Por ello, ténlo muy presente Chalito, aquellas manos, sabias en curar heridas, y que supieron limpiar toda llaga, y que se posaban — mariposas de vida — en las flores de la muerte... jamás se juntaron con la mentida belleza del oro.

También es sabido, lo dicen suaves parábolas, que no pudiendo perdonar a la pecadora, ni castigarla por ser indignos quienes se lo pedían, humillando su cerviz hasta el suelo, para hacer justicia escribió su fallo en la arena, no siendo dignos los hombres de esa facultad, para que el viento se llevara las supremas palabras misteriosas.

* * *

Entre la cerrazón, con su celeste llama, iba el solitario por las fragosas montañas de la virtud. Y marchaba, marcado con los signos de la excelsitud — inteligencia iluminante y profética — llevando, para las penurias de la ascensión, el consuelo del retorno entre sus fieles, que le aguardaban como ovejitas acorraladas por lobos.

Y llegó a la cumbre.

* * *

Difícil fuera decir dónde la montaña finaba para ser cielo — el todo tan envuelto en luz — a no mediar aquellas palomas albas y las tórtolas fastuosas, por El libertadas de la avidez de los mercaderes, las que se alzaron en rauda vuelo, haciendo maravilloso quitasol.

Y desde el barranco se pudieron admirar sus brazos extendidos — doble senda perfumada de bendiciones — y sus plantas moviendo polvos de astros.

El Sol, meridiano, resplandecía en sus ojos — Oriente y Poniente — guardando uno su lágrima de beatitud y el otro la gota del dolor...

Desde las laderas, enternecidas con la ilusión de los tréboles siempre verdes y exornadas del rojo de las anémonas que teñían de frescos zumos los pies de la muchedumbre arrobada,

llegaban hasta el monte de alondras ebrias de luz, cantando a la plenitud de los sembrados. Las golondrinas, con incesantes vuelos elásticos, querían describir todos los encantos de la primavera. Las garzas llevábanse a las nubes el misterio de sus pantanos. Las gaviotas traían en el plumaje espumas marinas, en los dorsos grises de brumas y en sus patitas ramas de corales...

Y los pajarillos, restituidos a su gozosa libertad — oíase a lo lejos el conturbante mugir del ganado aún preso — coreaban las palabras del Redentor.

Y eran de un dulzor inexpresable sus palabras ardientes. Y más suaves que el aceite. Aquellos luminosos versículos anulaban las sombras de milenios atroces

El Sol, como avergonzado, ya no alumbraba... Y el azul volvíase más fosco, para que resaltara la frente aureolada de divinidad.

Y sus fulgores iban a conjugar el verbo amar con una estrella, que sesgaba de luz todo el cielo.

* * *

Mas, no en balde había desafiado a los traficantes de la Materia, echándoles del mismo atrio del Templo: "Esta casa es de plegarias y vosotros hacéis de ella una espelunca de ladrones".

Ni en vano demostrara a los vendedores de la Ciencia — cada vez más, alejándose de la Sabiduría — que sus construcciones dogmáticas serían aventadas cenizas y que su Ley era de privilegios injustos...

Y, más especialmente, los mercaderes del Espíritu, aquellos malgastadores de las únicas riquezas puras que posee el mundo, nunca le perdonarían sus anatemas condenatorios.

Y así fué que los tres poderes se unificaron para consumir el sacrificio: los ladrones del metal dieron el precio de la traición, los falseadores de la Ley la concisa fórmula del terrible castigo y los apóstatas los odios del desconocimiento.

* * *

El benigno Sol, que al par calienta a buenos y malvados, pareció darles el ardor para la ignominia. Y la primavera, con

sus lluvias de vahos en tierras, bestias y plantas, alentando al inminente retoñar, prometía impunidades...

Y al modo que en aquella noche de sombra nació la luz redentora, y de la nieve un tibio refugio de fe... en el esplendoroso cristal cerúleo, la rampa pedregosa raptaba hacia la cumbre del reseco peñascal, que, en el inocente aire azul, emergía en toda su lividez.

*
* . *

Bien distinta la vista infamante de ese día, con aquellos caminos de la Anunciación.

Entonces, palmas y olivos en "la ciudad de los perfumes"... hoy las callejas de la ciudadela extendiendo las alfombras de sus inmundicias.

Unos días antes, mantos tendidos para que se ablandara aún más el paso de su jumento; poco después, la montaña áspera, con sus guijarros de hierro aguijoneaba al romero predestinado de todas las angustias.

En aquel supremo trance hasta los discípulos parecían abandonarle; fueron dos desconocidos quienes le dieron ayuda: uno al principio de la ejecución, arrastrándole su madero infamante, el otro, restregando la húmeda esponja en sus labios sitibundos...

¡Interminables — en ese día la Humanidad envejeció una civilización — las horas que van desde el mediodía hasta la noche postrera!

Inútilmente le envuelven las rondas de tinieblas. Rechaza el "licor de la misericordia", bebida tradicional preparada para adormecer a los suplicados, ansioso de apurar el cáliz de la espantosa agonía, en cuyo fondo germina la Transfiguración...

*
* * *

Para aquella festividad todo dijérase puesto al servicio de los hombres. La Luna empenechando con su gloria de luz las cúpulas del Templo. El viento, al oprimir con sus macizos de hojas los frutos, delataba con aromas aquellos en condición de

ser catados... y estrujaba las flores para que dieran sus esencias, deparadoras de sueños tranquilos.

Así aprestábanse a disfrutar "la fiesta santa".

—Perdónalos, no saben lo que hacen — decía en tanto el ajusticiado por extremos de amor...

Y en la soledad del calvo monte — las alimañas quedan en los barrancos, sus escaleras de higos chumbos y de cardizales no llegan a las alturas — en su misma cumbre velaban las mujeres.

Una: la Madre, sin lágrimas ya.

Otra: la Mujer del Pecado, redimida por el Amor Absoluto, cuya voz es el Silencio.

Y, entre las demás, la Desconocida: puro fervor, toda la Fe.

La Madre, entre aquel grupo de sombras recogiendo el dolor del mundo, aún halló fuerzas para erguirse bajo el peso de tanta desolación... bien cierta que de tanta tiniebla brotaría toda la luz.

Y así fué.

*

* *

Los hijos de aquellas madres que vieron florecer, divinamente, las siete rosas de la Pasión, maravillados del profeta, subrayando con trazos de sangre sus palabras, comprendieron al fin su Divinidad.

Puestos en el plano astral de la comprensión, aquellos pescadores de espíritus, iniciados en esas ideas y sentimientos salvadores del mundo — invisible océano suspendido en el éter, — difundieron la buena palabra...

Ya podía ser de todos. Porque esos pastores de almas, bien supieron mostrarse serenos frente a la incomprensión — muchos los llamados, pocos los elegidos — y rebeldes ante las convenciones de las mayorías, y ansiosos de martirio.

*
* *

Un puñado de tierra común, con unas gotas de agua pura,

en los dedos fervorosos fueron el ánfora humilde, y unas lenguas de fuego purificador, la cristalización.

Del árbol de la serenidad exprimióse el fruto que da la esencia más suave. Los tiernos tallos del lino dieron el pabilo ¡tan dispuesto a arder! Y la roca dura la chispa inicial...

Y al tiempo que en las plazas los fuertes de Fe, martirizados eran por extremos de amor — elevándose de los cadalsos sus clamorosos verbos de admonición — en las catacumbas la lucerna ardía.

Como sombras del dolor pasaban los hombres; mas la trémula llama era bálsamo de puro consuelo.

* * *

Los más, sin lograr substraerse a influjos ancestrales, quisieron, nuevamente, la representación material de sus creencias; aunque con la fe profunda — íntima llama de soledad — bien bastara!

Y anhelaron el Templo, el más pomposo, con las últimas expresiones de la técnica. Y en él postráronse, adorando...

Negada con los rituales la verdad suprema y simple, perdida la bienaventuranza que el sacrificio otorga, abandonados los sayales de toda humildad, lejana la noción de la mansedumbre, abolida la igualdad entre los humanos, agostadas las flores de la misericordia... confiando los hombres, tan sólo, en la supremacía del propio saber, maravillados de sus obras, que creyeron eternas, se endiosaron; valorizando las propias cosas más insignificantes y mezquinas.

Los menos, los simples, decepcionados de la vanidad de los ritos de imaginería imperantes, recordando la humilde lucerna, resplandeciente en el misterio murado, convencidos que en las expresiones de la Naturaleza está la verdad, volvieron a la selva virgen.

* * *

Traspasadas de cantos y mecidas con arrullos de aves, las copas de los árboles hospitalarios; sus troncos con la gloria de

los panales y el fervor de las colmenas y las raíces viejas bien arrebuajadas de musgo...

Por doquier el fruto de dulcísima pulpa y la flor que alegra la vida... Y el arroyo, ahora esmeralda, más tarde plata, y después, oro puro, penetrada su limpidez de las colraciones variables...

A lo lejos, montes que juegan con el Sol y la Luna, mudando prestamente de color, cuando no de forma...

Y eligieron al árbol más antiguo, purificado por el fuego de los rayos, sacudido por las tormentas y bendecido por las lluvias... Y cuando le cortaron una rama, la mayor, su serenidad continuaba siendo absoluta.

¡Ardiendo, era lumbre y purificación!

Aquellos peregrinos: ancianos experimentados, madres de sacrificio, niños candorosos, hombres fuertes y puros, poetas del arte* y de la ciencia, contándose los admirables descubridores de las maravillas del cielo; retornando gozosos a la naturaleza se acercaron a la divinidad, de la que se alejan los sacerdotes de fastuosas vestiduras y complicados dogmas.

* * *

Así, hijo mío, en la Nochebuena estival, elevamos el cáliz del palpitante corazón hacia la trinitaria luz — fuego de amor de la tierra, de las aguas y del cielo — en esta América nuestra, que la Cruz del Sur ampara.

Al tiempo que, allá lejos, sobre las casas de otros hombres la noche de nieve recoge — tal un humilde pesebre guardó al Niño — la secular tradición.

El abuelo apoya su frente, pensativo, en la empuñadura de su bastón de siete nudos; y guarda un silencio extraño... El hijo corta unas rebanadas de la torta casera, nuevamente, por hacer algo; su mujer amamanta al hijo menor, que ignora el frío de afuera.

Una moza con dedos pródigos hiya el vellón de su grey, cuyos balidos se escurren del encierro.

Los muchachos mayores, buscan diestramente las pasas de Corinto y los piñones en la trabajada masa.

Apoyados unos a otros, se han dormido los demás pequesuelos...

Y aunque el Sumo Bien se insinúa, es una felicidad con su poquito de tristeza, ¡nunca están todos, siempre falta alguno!..

Alguien ha suspirado. Entonces el abuelo mueve el rescoldo y el ardiente cepo de Navidad se aviva, resplandece.

Y, con sus rayos, recama de luces y sombras las paredes, recubiertas por la humareda del Tiempo...

No se derriten allí las gomas del sándalo y de la mirra; ni se quema la raíz del jengibre... es un madero desconocido, mas arde generoso y es lumbre de amor.

Por eso, en la noche gélida, pero santa, escarchada de astros, las casas familiares son el mejor incensario... Brota, elevase, el grisáceo humo, en simbólico triángulo: Dolor-Esperanza-Amor... Y en la gloria celeste se expande, conmovedora espiral de ilusión, siempre hacia lo más alto, hasta alcanzar la suprema beatitud.

ARTURO LAGORIO.

POEMA DE LA CIUDAD

TUMULTO *de piedra y hierro*
taladrado de gritos

La eternidad cuajada en un instante

Milagro del ritmo deshecho
Sinfonía dispersa
en un loco pentágrama de calles

Todas las chimeneas
cucañas de alegría
por donde trepan nuestros ojos
para robar distancias

Y el cielo
como un pañuelo que despide
entre los dedos de los pararrayos

Caen los paisajes segados
por la hoz de las miradas
Bajo el látigo bárbaro del tiempo
las máquinas trituran las distancias

Por las auroras
cuando el día comienza su bostezo
en un disiparse de brumas
y las calles se extienden como brazos
van hacia los mercados
los carros

llenándolo todo
de la mansa lentitud de los campos

Después:

*Oh algarabía de las mañanas libres
en cada esquina desembocan oleadas de gritos
el sol vocea los diarios nuevos
los brazos se distienden como antenas
y se escucha el rumor prodigioso
de mil almas que luchan
con el acero y el oro*

*Los organillos vienen
luciérnagas de día
lucecitas ingenuas*

*Después el mediodía
cuando todas las cosas se levantan
y toman su algo de sol
los vagabundos en las plazas*

*Hora familiar del egoísmo
cuyo recuerdo llena de tristeza
cuando todo se arrastra
en un verano inútil
hora de la siesta
y de los pesimismos
cuando sobre los hombros todo el cielo nos pesa*

*y ya es toda la tarde
como un largo ritmo de angustia
un desfallecer de oros
que sienten llegar la penumbra*

*todas las calles se llenan de recuerdos
Oh andar apresurado
largo deseo de no llegar nunca!*

*Ciudad nocturna
chisporroteo de oro falso
ciudad ojerosa*

*disfrazada de risas
en los violines
de las orquestas nocturnas*

*Pero yo te amo más a Ti
Oh ciudad acurrucada en los quicios de las puertas
calles donde resuenan como aplausos
los pasos de alguien que se aleja*

*Por allí pasa el silencio
lavando el agrio gritar
del trajín cotidiano*

*y las ventanas escuchan
la cándida serenata
de la luz de la luna*

*Ciudad multiforme
como el amor y la muerte
hoguera de piedra
donde ruedan las hojas
monedas imposibles de avaricia*

*Yo he visto tus ventanas
flamear como estandartes
bajo el viento
sangriento
del sol
te he sentido como a un ejército innumerable
en lucha con la muerte
te vi como un ariete
golpeando la muralla del tiempo
y he unido a tus lanzas
las lanzas de mis gritos
desde la tumultuosa
ciudad del corazón*

EDUADO GONZÁLEZ LANUZA.

EL SENTIDO TRAGICO DE NUESTRA EXISTENCIA

Yo soy un hombre triste. Prefiero la soledad y el silencio, al murmullo de las gentes. Las multitudes me producen una impresión dolorosa, de rebaños.

Me agrada, sí, un hombre a solas, cuando no dice nada, o cuando me abre su corazón, y magnificado por el dolor, purificado por la sinceridad, se eleva soberano como esos grandes montes pequeños a lo lejos, pero que, vistos desde cerca, se pierden en lo azul. Me interesa una bella mujer de ojos oscuros, de tez sonrosada, de líneas feéricas; y me entusiasma cuando, a solas, me otorga sus labios y vibra a mi contacto como una hoja en la noche.

Pero más que todo ello me place estar conmigo mismo, con mis propias tristezas, en mi mundo, zarandeado por mi propio espíritu. Me agrada hallarme a solas conmigo, porque yo soy para mí mismo, lo más grande de la tierra. Mi espíritu es para mí, más alto, más intenso, más humano, más inquieto, que todos los demás espíritus. En mi alma, eterna e infinita, descansa toda la humanidad a través del tiempo y del espacio que han sido. Ninguna vale, pues, tanto como ella para mí, porque ninguna podrá nunca llegar en mí hasta donde yo mismo alcanzo en ella. Y esto no es nuevo, ciertamente; que los hombres dan de sí tan solo aquello que su instinto de conservación les permite entregar, pero nada más. Los ascetas, los más libres, los que más podían donar de sí, ofrecieron al mundo altas verdades, numerosas verdades; pero muy limitadas en su extensión y en su cantidad comparadas con aquellas que alentaban. Sintieron hondamente y expresaron con palabras de fuego su piedad por las criaturas, su intensa pena, su gran afecto hacia todo lo que alienta sobre esta bolita de la tierra, pero ¿qué es todo ello en relación con la alta

piedad que a solas y en silencio tuvieron por las ideas, y más aún, por el mundo, por la materia frágil, por la vida, y más aún, por la naturaleza misma de las cosas? ¿Y cuando esa luz que brillaba en lo más íntimo de ellos no pudo ser vista por ningún humano, porque no había sobre la tierra el nexo que uniera el mundo del ideal, de las cosas superiores e impalpables, con aquellas oscuras y toscas de que también estamos hechos? Las palabras de sabiduría que la humanidad escucha desde hace miles de años son, pues, palabras de limitación y de impotencia. Lo verdaderamente grande, las ideas fundamentales, las visiones omnisapientes, cayeron con los seres que las alentaban, murieron con ellos y para ellos. Porque cada uno de nosotros, al nacer, las trae en potencia, y nuestra vida es, así, idéntica al milagro repetido de la germinación incesante de la tierra. No necesitamos escuchar voces extrañas. Todo lo maravilloso del universo está en cada uno de nosotros, porque cada uno de nosotros es en sí mismo una perfecta finalidad del cosmos. La verdadera luz está, pues, en mí, en mi propio abismo hacia el cual tiendo incesantemente mi pupila, en mi ansia perpetua por desentrañar el oscuro sentido de las cosas.

* * *

Soy, pues, un solitario, un melancólico, un pobre hombre.

Por eso, esta noche, como otras veces en lo pasado, y como muchas otras en el porvenir, estoy dulcemente a solas, en mi mundo, conmigo mismo, como un buho agorero y fantasmal.

De pie, en una de las ventanas de mi humilde vivienda, he visto, lenta, aparecer la luna tras el filo de la casa de enfrente. La he visto, magnífica, elevarse circuída de un halo verdoso, distendiendo su glauco pálido por el ancho cielo.

Los vecinos se habían asomado a la puerta de sus casas. La pequeña de mi amor charlaba con sus amigas, tan locuaces y tan cándidas como ella. La noche maravillosa se adentraba en las almas y en las cosas.

Abstraído en mis pensamientos, me había quedado ausente, saturado de mí mismo.

Pero su voz me ha despertado. ¡Pobrecilla! Hace tiempo ya que juguetea con su perro a la puerta de su vivienda, pues sus

amigas se han marchado, no sin mucho resongar. Acompañada de su madre, una señora anciana y bondadosa, de ojos claros llenos de amorosa luz, no quiere retirarse, pese al fuerte argumento de estar cerradas ya todas las casas del barrio. Y sigue chacoteando con su can, un magnífico terranova. A ratos, cuando la madre le insta a recogerse, corre hasta la no distante esquina, a ver si regresa el hermano, aunque muy bien sabe que ello no es posible. De allá vuelve, haciéndose la triste y la enojada, ahuecando la voz. La anciana ríe y la tolera, acariciándola; que no ha olvidado aún lo que es ser niña, y sabe demasiado bien cómo se mira a las cosas cuando se empieza a salvar el ancho camino por el cual no se regresa nunca.

Pero al fin, la buena madre se ha cansado de los pretextos infantiles de mi dulce pequeña, y le ha obligado a entrar, cerrando la puerta.

Todo se ha hundido en el silencio de la paz nocturna. La calle es una larga línea pálida, con pequeñas y verticales manchas negras.

Yo he vuelto a caer en mis pensamientos.

* * *

La brisa penetrante y ligera del nuevo día me encuentra así. La luna brilla espléndida, a pico sobre mí, en la mitad misma del cielo. Una que otra estrellita titila apenas en la comba. El silencio es casi absoluto. Se oye tan solo, a lo lejos, el débil ladrido de unos perros, y de vez en cuando, fugaz, el rumor amortiguado de algún coche que pasa.

Como una cuerda tensa, mi espíritu vibra a la noche todo entero. A mi corazón acuden en tropel los recuerdos voladores. Una dulce tristeza, la melancolía serena de las generaciones infinitas que descansan en mí, — me posee lentamente. Mi pasado avanza, chato, incoloro, sin relieves. Estoy solo en la vida, nada he hecho. Mis días se han deslizado monótonos y simples. Los años se han desenroscado así, uno tras otro. Todo, en mí, ha sido un continuo disgregarse y es ahora un seguro avanzar hacia la muerte. No he sabido hacer oír mi voz. No he sabido perpetuarme. Estoy sobre la tierra con las manos vacías.

Se me oprime el corazón y me duelen los ojos al comprender

todo esto una vez más. Pienso entonces en mi pequeñuela, en esta dulce mujercita que día tras día va llenando de luz mi corazón. La veo en su lecho, tendida perezosamente, durmiendo. Suelta la cabellera, hundida en la blanca almohada su mejilla de rosa, tiene fuera un brazo, desnudo, terso y blanco como el mármol, el cual descansa sobre las ropas, a lo largo del cuerpo. Su mano pequeña y frágil, con la palma hacia abajo, diríase que estuviera cobijando un pichoncillo de torcaz. En su boca diminuta, roja como una guinda, aletea una infantil sonrisa. Todo es en ella casto, puro, fresco. Es como un lirio que se abre al mundo con la primera luz del alba. Ignora las traiciones de la vida, los dolores de los hombres, las inquietudes amargas del destino. Sabe que tiene una familia noble, honrada, querida y respetada, de la cual ella es la perla cristalina. Sabe que está en mi corazón y que algún día la haré feliz. Sabe que tiene buenas amigas, que la vida es dulce, y que los días transcurren suaves y ligeros, llamándose unos a otros. No sabe más. ¡Y quiera Dios que nunca lo sepa, que jamás nuble una lágrima el brillo de su negra pupila; que se alejen de ella los dolores! ¡Consérvala Señor, guárdala de todo mal, hasta que yo pueda darle mi calor, mi vida; hacerla feliz!

—¡Bah... bah!... — oigo una voz en mi interior, una voz que se burla — ¡Te engañas amigo! — me dice. Estás mintiéndote a sabiendas; que todas las almas están solas, infinitamente! Tu amada duerme en este instante; mas, ahora, al igual que en la mayor parte del día, está en su propio mundo, hermético, ajeno casi a las cosas exteriores. Tú no eres para ella nada más que un ligero viento que le roza la frente y se va, todos los días. Y ella no es sino muy poca cosa para ti. Tú darías la mayor parte de las horas buenas de tu vida por tenerla aquí, a tu lado, en este instante. Darías toda tu vida para que este minuto no pasara en el tiempo. Pero te engañas a sabiendas, amigo. Nunca, ningún ser, en el fondo, da cosa alguna. Siempre pide. Todos los seres son tan pobres, la vida misma es tan pobre, que sólo mendigos hay por doquier, sobre la tierra. Tú amas a esa mujer porque ahora se abre a la vida y porque quieres fundir su espíritu en el tuyo para ser tú solo. Quieres tenerla en ti, para siempre, para ser tú mismo más grande. Eres un hombre absorbente. Eres, como todos los hombres, un pordiosero, y más que eso, un ladrón. Sin reparar

en los medios, y sin fijarte en lo que haces, vives luchando por ser, por persistir, únicamente. Toda tu vida se reduce al afán de no morir. Y tú, como todos los hombres, ahora como siempre, hablas de sacrificio, de bien, de verdad. Pero no hay tal sacrificio, ni bien, ni verdad. Hay pobres hombres, atribulados, tristes, desesperados. Nada más. Véis cómo la vida fugitiva se os escapa de entre las manos, y os fatigáis por detenerla. Véis cómo, lenta, pero segura, silenciosa, implacablemente os disgregáis en el tiempo, en el espacio, en la noche, a la luna, bajo el sol, cuando amáis; cuando lloráis, cuando os divertís, en movimiento o en reposo, siempre y a toda hora, y entonces, impelidos por las fuerzas eternas de la vida, por la infinita tragedia de la vida, buscáis el asidero del amor, del bien, de la verdad. ¡Sí, tú amas porque temes, tú piensas porque temes, tú vives porque temes!!.....

—¡Es verdad — me respondí, — es verdad!

* * *

El cielo se había cubierto de nubes leonadas que se deshilachaban poco a poco. La luna, muy inclinada ya hacia el poniente, alumbraba tan solo la parte elevada de las casas de enfrente. La brisa fría me calaba. Tenía húmedas las ropas. Me retiré entonces y me acosté. Y concluí: — Sí, es verdad; esa es la vida; eso es nuestra existencia: Una cruel desdicha, una inmensa tragedia. Por eso, cuando uno no es un ser vulgar, cuando dentro de uno se agita un espíritu altivo e inquieto, cuando uno sabe mirarse a sí mismo y es capaz de clavar su pupila en el pasado y penetrar el sentido de las cosas; entonces, llega a convencerse uno definitivamente de que todos nuestros pensamientos, todas nuestras ilusiones, hasta nuestros momentos espirituales más intensos y más bellos, todo, no va a otro fin, no tiene otro objeto que el de alentarnos, azuzarnos, sostenernos en la lucha incesante de ser eternamente, de no morir, de perdurar; aunque no sepamos por qué, ni para qué; aunque ello no tenga objeto alguno.

CIRO TORRES LÓPEZ.

LA CRIADA (1)

ESE, ese mismo, sí, el de chambergo alicaído... pasa todas las noches, es el novio de Lola... Mal tipo parece...

Hablaba a su marido, la obesa cigarrera de enfrente. El cigarrero, y lotero también, más de una vez, habíase entretenido en el almacén, hablando de Lola, la sirvienta. Y muchos, casi todos los vecinos, señalaban con el dedo a este o a aquel, supuesto novio de Lola.

Lola, no conocía a su novio. Se pasaba hasta las once, después de cenar, en el zaguán. Era fea, todo lo fea que puede ser una sirvienta... Picada de viruela, frente estrecha, cabellos opacos, dientes picados. En las manos, tenía las fealdades más características de las sirvientas. Era patizamba y de baja estatura. La única belleza, si puede llamarse así, se encontraba en las luengas y sedosas pestañas.

El ascensorista del Club-Casino, aseguraba haberla visto a Lola el sábado a las dos de la mañana, en la esquina...

Pero Lola, a esa hora, terminaba de arreglar la alcoba de la niña Niní, que a la una regresaba del teatro. Acomodar la pieza de la niña, levantar los visos de seda tirados en el suelo, colocar el vestido de espumilla en el ropero, toda la tarea relacionada con las cosas de la niña Niní, le proporcionaba un goce a la sirvienta.

Si demoraba tanto en ordenar las alcobas, era porque perdía mucho tiempo acariciando las prendas de seda. Una mañana, la sorprendieron con las manos metidas hasta los codos, en las pilas de la ropa interior. Había cerrado los ojos y estaba recostada al mueble, como dormida...

(1) Del libro en prensa, *Amorim*.

Otro de sus placeres, era contemplar la entrada del Club-Casino, las noches de baile. Y había tres bailes por semana. Doce reuniones por mes... Muchos años hacía que Lola contemplaba aquel rumboso espectáculo de las entradas a los bailes. Tenía los ojos llenos de fastuosidad, de lujo, de maravillas. Desde su adolescencia, acostumbraba a llenar sus ocios, con el deslumbrante desfile. Recostada a la pared, la vieron siempre las damas y los caballeros. Lola apuraba con los ojos aquella fantástica concurrencia. Los atavíos, eran el asunto de su admiración, y las joyas; y los tapados de pieles; y las medias de seda; y las hebillas brillantes de los diminutos zapatitos de baile...

Al acostarse, tendida en su jergón de estopa, con el cuerpo molido por el trabajo, reconstruía con la memoria, estas escenas, las cuales se repetían en un sueño dulce. Las caras de los concurrentes eran cordiales y amables con ella... ¿Odiarlas? Para qué; era tan fea, tan sirvienta y tan cobarde ante la esperanza...

A su cuartucho maloliente, levaba el recuerdo de lo contemplado. A veces, le parecía que era demasiado lo que había visto para llevarlo a su cuarto, para acostarlo con ella, en su cama-jaula... Entonces, apartaba, seleccionaba lo que traía en su memoria y en sus ojos y dormía con un par de recuerdos. Una mujer como ella, así, una sirvienta, no tenía derecho a más...

Y se dormía todas las noches, en un país creado por su imaginación, en donde paseaba, ella solita, todo el lujo que había contemplado.

* * *

Una noche quiso esperar la salida del Club, para ver los rostros después de la fiesta.

¿Saldrían con la misma cara?, se lo preguntaba con curiosidad.

La niña Niní, estaba en el baile. La esperaba. Por la calle corría un viento frío, que es más frío, según parece, para las sirvientas y para los tristes. Se tocó la frente y le pareció que tenía fiebre. Era muy posible. Había estado dos horas, viendo

el desfile de las mujeres bellas, de las lujosas damas. Era una fiesta de moda. El invierno, imponía innovaciones en el vestido. Lola no sabía determinar el estilo dominante para la estación. Como nunca, sintió, la noche del 7 de Junio, el dolor de no poder palpar el lujo sobre sus carnes. ¡Si no le hubiese atacado tan fuerte la viruela, quizás pretendería algo!... Su alma loca, era la de una princesa deschavetada por el lujo. Había perdido toda esperanza, porque sólo tenía de princesa, el corazón y eso, como está oculto, nadie lo ve...

Cuando entró la última pareja, se sintió desfallecer, pero no desistió en esperar la salida del baile.

El frío le hacía entornar los párpados. La mejillas, apergaminadas, comenzaban a arderle...

Cuando el portero del Club se le acercó, Lola miróle sorprendida.

—Me encarga la niña Niní, que le suba el echarpe lila... Dice que usted sabe donde está.

Y Lola salió corriendo, en su busca. Fué al ropero. Abrió cajones y más cajones... Al poco rato, dió con el echarpe lila y abandonó la casona oscura y desierta.

—Suba y entrégueselo al ascensorista... — ordenó el portero.

Lola corrió por las escaleras, con el echarpe entre las manos. Llegó fatigada al hall... Algunas parejas descansaban, en muelles divanes... La niña Niní, no demoró en llegar. En ese momento, la orquesta iniciaba unos acordes no imaginados ni presentidos por la sirvienta. Lola, quedó ensimismada. Las parejas, un millón de parejas, danzaron ante sus ojos. Ninguna de aquellas mujeres, estaba picada por la viruela. Éran hermosas, sin tapados, descotadas, eran demasiado hermosas para Lola. Un temblor extraordinario, cundió por sus muslos. Laxas, las piernas, apenas la sostenían. La fiebre hacía arder sus mejillas y un vacío, un raro vacío en las entrañas. Cuando pasó la niña Niní, bailando y sonriendo, Lola volvió a la realidad. Dió unos pasos atrás y su pié derecho, cayó en el vacío de un escalón. Apoyó la diestra en el pasamanos y corrió, corrió, corrió escaleras abajo... Deliraba... El frío de la calle le secó los labios, le lagrimeaban los ojos y zumbaban los oídos. La música y las

parejas danzando, dañaron su cabeza con un mareo de embriaguez. Atinó a entrar en la casa de sus patrones, subir la escalera de caracol que conducía a su pieza y volcarse dentro...

No pensó nada, nada, o pensó mucho, quizás mucho, cuando en su cuartucho maloliente, reducido, triste, tomó el viejo revólver que había sobre la mesa de luz y se partió el corazón, desesperadamente...

Sin duda, era demasiado lo visto, para dormirlo en aquella habitación tan pobre...

* * *

Cuando las amigas de Niní, al otro día, la interrogaron sobre el suicidio de Lola, ella les dijo como en secreto: Tenía un novio, es de suponer que estaba embarazada...

ENRIQUE M. AMORIM.

ASTRALIS

(De Novalis)

UNA aurora estival me hizo joven;
por la primera vez sentí mi vida...
y como amor en éxtasis más hondo
se anegaba, creció mi despertar,
y a cada instante más premiosa ardía
ansia de unión más íntima y perfecta.
Voluptad es la fuerza de mi ser,
es el centro, el sagrado manantial
del que fluye fogoso todo anhelo
y a donde torna, si quebranto sufre
en busca de reposo y dulce amparo.
Viendo mi cambio no me conocisteis...
¿No presenciásteis, cuando aún sonámbulo,
me hallé a mí mismo por primera vez?
¿No sentisteis un dulce escalofrío?
Yo estaba enteramente sumergido
en un cáliz de miel, daba mi aroma,
y la flor se mecía blandamente
en el aire dorado. Un movimiento,
íntimo de la fuente, un suave choque
de aspiraciones, a través de mí,
y sobre mí manaba, y me elevaba.
Entonces descendió por el pistilo
el gránulo primero, —recordad
el beso al levantarse de la mesa.
Volví a manar retrospectivamente
en mi propio raudal... y fué un relámpago...
Ya podía moverme y agitar

*el cáliz y el pistilo delicados;
de pronto, así como me di comienzo,
cristalizado hallé mi pensamiento
en forma de sentidos terrenales.
Todavía era ciego y, sin embargo,
por las maravillosas lejanías
de mí ser circulaban claros astros.
Todo estaba distante, yo también
lejos de mí; todo era como un eco
de los antiguos o futuros tiempos.
Llevado del amor, de los presagios
y de melancolía, el crecimiento
de la conciencia fué no más que un vuelo.
Mientras la voluptad ardía en llamas
un inmenso dolor me traspasaba.
En torno a la colina luminosa,
el mundo floreciente se extendía;
las voces del profeta tórnanse alas;
ya no están separados él y ella,
en una sola imagen se han unido.
Me alzo con rumbo al cielo, renacido,
la suerte terrenal está cumplida;
la transfiguración feliz lograda,
los derechos del Tiempo fenecidos,
devolución el cielo reclamaba.
Nuevo mundo amanece, luz tan diáfana
que la del Sol resulta oscurecida;
un milagroso porvenir derrama
su resplandor en las musgosas ruinas;
todo lo que antes era cotidiano
desde hoy parece nuevo y grande arcano.
El reino del amor ha descendido;
la fábula comienza su tejido;
su prototipo cada ser realiza;
todos buscan palabra más activa;
alma suprema por doquier florece;
todo viene a enlazarse, cada cosa
es madurada por influjo de otra;*

*cada uno está representado en todos,
y así que va mezclándose con ellos,
siente que se remoja su conciencia,
y recibe y desborda mil ideas.
El mundo se convierte en un ensueño;
creado del ensueño surge el mundo;
lo que creímos ido, hora vemos
que viene a visitarnos nuevamente.
Reina la libre fantasía, enlaza,
a su sabor, los hilos, y tan pronto
cubre una cosa, como ostenta varias,
y esfúmase por fin en niebla mágica,
Vida y muerte, placer, melancolía,
unidos en profunda simpatía...
Quien se entrega al amor más exaltado,
de sus hondas heridas, nunca sana.
La venda que circunda al ojo interno,
ha de romperse dolorosamente,
y el corazón más fiel sentirse huérfano,
antes de huir del triste opaco mundo.
En lágrimas el cuerpo se disuelve,
y el mundo se convierte en ancha fosa,
en la cual, por sed inmensa consumido,
el corazón hecho ceniza cae.*

JULIO MOLINA Y VEDIA.

Nota. — El Sr. Alberto Haas tuvo la bondad de traducirme el texto alemán por Novalis para que yo ensayara una versión, la que ofrezco a la revista NOSOTROS.

DESPUES DE UNA LECTURA

ESTAS impresiones que me sugiere *Nieves de Antaño*, la última obra de Jorge Max Rohde, han adquirido, espontáneamente, la forma epistolar, y en esta forma las entrego al público lector.

Mi querido amigo: He recibido su libro y lo he recorrido con atención, complaciéndome en la lectura de sus frases tan bien buriladas, reveladoras de pensamientos intensos. Su prosa poética tiene el encanto del ritmo y del color, y a través de ella los conceptos filosóficos aparecen graves y tranquilos, iluminados por luces interiores de belleza y de verdad. Es esa la sensación que hace nacer Lucrecio y aquellos clásicos de la antigüedad, hoy tan descuidados u olvidados, que sabían revelarlo todo, el todo de su tiempo, por medio de la emoción estética. Se lee con amor lo que dicen, y se piensa en lo que intencionalmente callaron para hacer colaborar en su conversación al lector inteligente, y para interesarle más hondamente en el sentido figurado de su discurso, sentido oculto que a las veces no es en el fondo, sino el misterio imaginario de las cosas sencillas. Se cae también bajo la influencia cariñosa y persistente de la bondad, que usted tan discretamente disimula en sus disquisiciones y psicologías, bondad que figura como complemento de la belleza pura, y que, en el caso, por venir con recato y humildad, tiene todo el valor imperativo de una fuerza moral.

Sabe usted insinuarse gentilmente por medio de la veta poética con que reviste las formas tangibles, las cuales, ante sus ojos, no tienen sino aspectos hermosos. Es usted un feliz enemigo de toda vulgaridad. Sabe ganarse al lector, convirtiendo frecuentemente su monólogo en diálogo, y acompañando con sus

palpitaciones las que ha sabido provocar en su interlocutor. Así, insensiblemente, por obra de la simpatía, que en este caso no traiciona, deslizanse, cauta y armoniosamente, sus sensaciones y razonamientos, sus glosas, sus comentarios y la flor de su ensueño artístico; de modo que al fin nos sentimos fuertemente atraídos por esa amable filosofía sin pretensiones, que usted oculta cuidadosamente en su jardín.

Hace un servicio a la genuina tradición de la lengua, empleando con frecuencia vocablos castellanos poco usados. Esta pureza de idioma y preciosidad de estilo no puede ser tildada de amaneramiento. Por el contrario, revela precisión de concepto y de expresión. Usted es un refinado y no un pedante. Ciertamente es que a veces aparece enfáticamente culto, pero lo es con cierta elegancia de sentimientos finos y delicados, sobre los cuales se apoya haciendo perdonar la ráfaga de culteranismo pasajero. Se pensaría en la sugestión de Marivaux, si no se comprobara que esa manera responde a paisajes íntimos, originarios, concebidos en esa manera preciosa, de acuerdo con las calidades intrínsecas de su alma, que no sabe o no quiere concebir de otro modo. Su elegancia, pues, es natural, y su afectación responde al propio ritmo de su carácter y de su temperamento.

Su libro no es el libro del día ni de la hora que pasa. Sus lectores no serán los que se inclinan ante la tiranía del diario, o se aventuran hasta la revista, exigiendo muchas láminas e ilustraciones. Su libro entra en la categoría de los que quedan, y las gentes mediocres no comulgarán con él, por lo cual preséntole mis sinceras congratulaciones. En el lenguaje literario, la simplicidad y la claridad son una especie de sinceridad. Se ha dicho que el mejor libro en cualquier idioma es el que está escrito en términos más claros. Pero esta verdad tiene su limitación precisamente en aquellos autores que se dirigen a un público escogido, en el que suponen la preparación suficiente para ser comprendidos y apreciados; y esto, a fin de no hacer perder el tiempo, y atraerse las antipatías de los cortos de vista. Metchnikoff, el sabio del Instituto Pasteur, en el prefacio de su ensayo sobre filosofía optimista, intitulado *Estudios sobre la naturaleza humana*, dice: "Mi libro está destinado a las personas que han recibido una instrucción superior, y especialmente a los bió-

logos; al escribirlo no he tenido en cuenta el *gran público*". El de usted es de aquellos concebidos y trabajados en el silencio y recogimiento de la alta noche, y por eso debe ser leído del mismo modo. Es posible que usted haya pensado, de su punto de vista sentimental, colocar una advertencia, al frente de su libro, análoga a la que expresó Metchnikoff, de su punto de vista científico; y es posible que no la haya escrito por no escandalizar a los tímidos y por no mostrar ribetes de soberbia. Dejo a los tímidos que continúen dando las mismas vueltas a su molino: la rutina es un descanso en el trabajo. En cuanto a la soberbia, ella no es exceso, sino gallardía y arrogancia en el fuerte, así como degenera en vanidad vulgar dentro del pequeño. El uso de ciertas pasiones nobles, exige valores de relación; por eso nada es más desagradable que la vanidad indefectible del escritor plebeyo.

Usted no necesita elogios ni felicitaciones. Ha sabido convertir en realidades las esperanzas del joven escritor. Va entrando en la categoría de maestro, y con su estilo y manera característica, abre una ruta personal en nuestra literatura. Retornando al uso de los antiguos y hermosos vocablos castellanos, realiza para nosotros algo como un hallazgo de riquezas olvidadas. Ennoblecendo el pensamiento argentino por la elevación y sabia cultura de su obra, realiza también una tarea hermosa.

Suyo affmo.

BELISARIO J. MONTERO.

Tigre. Julio 10 de 1923.

UN POETA

Es curioso observar en esta época en que casi todos los escritores abandonan las servidumbres de la rima y del consonante, cierto resurgimiento hacia las formas consagradas, que se manifiesta en algunos poetas de espíritu nuevo.

Es una especie de contra-revolución dentro de esa revolución insensible que se viene operando día a día en las formas clásicas y tradicionales, que muy a menudo ahogan la inspiración natural, como si a los poetas le salieran unos collares muy bien labrados, con algunos rubíes y otras piedras preciosas, muy valiosos, muy bonitos, pero que le impiden expresar sus sentimientos con libertad.

Yo no soy partidario del martilleo constante del verso, porque después de trabajado queda con la rigidez de esas joyas recién pulidas. Tengo por Leconte y por Heredia, una respetuosa admiración que se reduce a la fría actitud con que suelo mirar al cuadro célebre, colgado en las paredes del Museo.

Las correcciones, ha dicho Remy de Gourmont, hablando de Heredia, "son un lazo en que se dejan coger los enamorados de la forma; ellos se imaginan que la belleza de un poema se mejora con algunos cambios de palabras." Estas reflexiones preliminares me son sugeridas por la lectura de un poeta nuestro, que se llamaba Andrés Héctor Lerena Acevedo, autor de un libro de poemas titulado: *Praderas soleadas*.

El poeta pertenecía a una de las familias, que por ambas ramas conservan una honrosa tradición intelectual, y era de espíritu muy culto y muy fino. Era "un honrado", de esos seres solitarios, que trabajan honestamente, lejos de los circulillos de café y de los detestables cenáculos. Quizá estuviera armado de un estoicismo a lo Vigny y por eso creo que se alejara de la

falsa gloria de mundo, para vivir su honda vida interior. Muchos veces al pensar en Lerena, en la vida apacible y tranquila de sus últimos años, cuando ya la enfermedad cruel empezaba a minar su organismo, he pensado también en el dulce y melancólico poeta de "Eloa".

Pero no es la poesía de Vigny lo que me recuerda a Lerena, es la vida de aquel poeta, que siempre había permanecido dentro del campo de lo noble y de lo honrado, lo que me recuerda la vida de este otro poeta nuestro, que también permaneció siempre en el campo de lo noble y de lo honrado.

Vivía Lerena en una quinta a pocos metros del "Prado". En una pieza del segundo piso, que tiene dos ventanas que se abren sobre el paisaje, escribió sus últimos poemas. En esa misma pieza estudiamos el Derecho Romano todos los días, con su hermano Arturo. Sobre la mesa hay algunos libros que fueron del poeta. Un *Diario* de Amiel, dos o tres libros de Verhaeren, casi todo Valle Inclán, Maeterlinck, D'Annunzio, etc.

El perro "Igor", regalo de la novia, nos viene a hacer fiestas. Un hermoso retrato me recuerda la fisonomía inteligente y simpática de Lerena. Después nada más veo, ni nada más sé de la vida del poeta. Sus papeles íntimos los conserva su hermano Arturo.

Lerena Acevedo, como muchos otros poetas que son verdaderos artistas, ha producido poco. *Praderas soleadas* es un volumen de 84 páginas y aparte de eso sólo deja algunas poesías sueltas que recogió piadosamente su familia. Estas últimas son a mi juicio si no las más perfectas, las más sinceras. No se nota en ellas ese afán de corrección que le quita al verso lo más espontáneo y natural, sin agregarle ninguna nueva adquisición de belleza. Es una manera la de sus últimos poemas muy distinta a la de *Praderas soleadas*. He aquí una de estas composiciones y comparadla con la que enseguida transcribiré:

Señor! cuida por ella, que es dulce y transparente,
temerosa de ti y tan buena y tan niña,
que hay más bondad en su alma, que agua clara en la fuente
y tiene el matinal olor de la campiña.

Unge tu corazón con tu místico vino:
que sea huerto cerrado, y sea lirio y paloma.
Ahora que radiante como un alado trino
toda la primavera por sus labios asoma.

Yo aunque viví callado — temblando en el olvido
como una triste lámpara — sufro alegre mi pena;
para mí nada pido, ni nunca te he pedido.
Pero, cuida por ella, ¿no sabes? ¡Es muy buena!

Y una infinita gracia y una eterna inocencia
pon en sus ojos húmedos de frescura y amor.
Y pon tu luz divina sobre esa adolescencia
que abre sus blancas alas. ¡Es tan niña, Señor!

Esta es la última manera de Lerena, la más suave, la más humana. Hay aquí algo del sencillo y matinal encanto de un Francís Jammes.

He aquí la otra, la de *Praderas Soleadas*:

EL VILLAR

El día promedia. En los campos huecos
ciegan las casucas viejas y tullidas;
y se arrastran, áridas, las sendas raídas
por do van las coplas y van los arrieros.

Arisca escarcea la brisa rondeña
encrespando el polvo seco de las rutas;
y sobre las torres, humildes y enjutas
vierte el mediodía su siembra trigüeña.

Desunce a sus bestias el toско gañán.
Ss cuecen las casas de sol, como el pan.
Un humo incipiente despide el yantar.

Y mientras relumbran de luz los majanos,
frementan los sueños tras de los ventanos
rancieros y olvidados del viejo villar.

Andrés Lerena Acevedo amaba las palabras que evocan un olor a vetustez castellana. A cada paso encontramos: monacal, breviario, señorial, cantigas y palabras poco usadas en el Río de la Plata, como: olíbanos, paniegas, albugue, vencejos, cansinos, etcétera; las amaba por lo que tienen de sonoras y las coleccio-

naba con la curiosidad de un anticuario, pero pronto se dió cuenta que "Las palabras, vehículo del conocimiento limitan, y que la poesía es una actividad extraña a ellas, luego el poeta para lograr su afán de totalidad, debe dejar que las palabras se circunscriban a ser estrictamente la expresión de lo real", como muy bien lo ha dicho en su libro *Poesía*, nuestro poeta Federico Morador.

Por eso Lerena en su última manera había evolucionado hacia una mayor sencillez en el lenguaje y en la expresión, y su obra trunca, nos deja en la incertidumbre de las ulteriores evoluciones a que hubiera llegado con su afán de perfección y de totalidad.

Los arquitectos que no construyen y que se entretienen en criticar las modestas construcciones de los demás, acusarán a su obra de frialdad, de "belleza implacable"; yo me empeño en ver en Andrés Lerena Acevedo a un verdadero artista, lleno de emoción e infinitamente consciente del valor de su arte. De él se puede decir lo que alguien dijo de Pascal: "geometría y pasión."

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS.

Montevideo, 1923.

LETRAS ARGENTINAS

VERSO

En gracia de amor, por *Delfina Molina y Vedia de Bastianini*, versos.
Buenos Aires, 1922.

MIENTRAS la tarde de este domingo otoñal va tocándose de una dorada dulzura propicia al ensueño, atraídos hacia el ventanal que muestra el jardín amigo en relación de encanto con nuestro espíritu, abrimos este libro, *En gracia de amor*, donde un alma de mujer ha encerrado una serie de poesías, tan puras que por momentos las palabras se desvanecen para que sintamos las emociones que se nos brindan como un murmullo de secreto canto. Son músicas a la sordina y sólo después que se han apagado hasta los más suaves ecos, se aprecia toda la ternura con que han cruzado por nuestra alma. Son poemas de ensueño, largas notas leves, siempre intensamente evocadoras, que van mostrando esbeltas figuras en el fondo de paisajes pacíficos, por lo general jardines de avenidas alongadas donde se alzan altos árboles apenas trémulos.

Los mismos instantes en que el alma sueña con sus días felices, están saturados de una indecible melancolía, de esa dulce tortura nevermorianana que fluye siempre del corazón de quienes tienen un bello pasado; porque en verdad no es sino la elegía de un bello y amoroso pasado este libro donde una juventud, toda inquietante gracia, se place en evocar sus horas más ignoradas.

Nada de gestos dramáticos, nada de actitudes extremas, nada de altas voces ruidosas, nada de llanto, nada de palabras excesivas, ni de prolijas descripciones, ni de colores fuertes, ni de rimas sonantes; todo es severamente armonioso, sobrio, pausado, majestuoso, pero de una blanda majestad humilde, toda nobleza.

Estamos en el reino de las emociones puras, donde hasta las tragedias sentimentales, apenas dejan escapar un largo suspiro, mientras el rostro sonríe adorable.

Los versos — como tenía que ser — respondiendo a la emoción que expresan, valen por la colocación de cada palabra siempre expresiva; no es ya la repetic n musical de los acentos lo que las ha congregado pues en este libro, ni tienen que golpear apresuradas en busca de enga adoras consonantes; todo aquí es armonioso y en los mismos pasajes donde decae la pureza lírica, se advierte una melodía especial como de alabada prosa, siendo muchas las estrofas en que se ha realizado aquella armonía suprema de las palabras, tan cara a Shelley.

Es de presumir que lo que ha guiado a la escritora, ha sido, más que el afán de escribir bellos versos, — por muy bellos que sean — la necesidad de expresar con la más delicada fidelidad, emociones de amor, fugaces emociones de amor, y esa necesidad de ser absolutamente expresiva, la ha llevado a la forma personal que se advierte en todo el volumen.

Es posible que muchos miren con desdén tales poesías, pues por lo común, se aprecia el verso por el verso, sin tenerse en cuenta lo que ellos expresan; pocas son las personas que pueden diferenciar las emociones, y apreciar sus diferentes gradaciones, sobre todo cuando se presentan en versos sencillos como para hacerse más asequibles, denunci ndonos sus más íntimos movimientos, así como veste alada acusando la delicada belleza corpórea.

Y nos quedamos sumidos en una deliciosa reflexión. Nos hacen tanta falta escritores así; el ambiente est  saturándose tanto de una literatura a la que se la presenta como expresión de vida; son tantas las desorientaciones artísticas que con diferente rubro, divagan por la feria de los superficialismos más elementales; es tan frecuente advertir que los más *avanzados* sólo nos ofrecen un cambio de postura, dentro del mismo plano de arte inferiormente sensual; nos vamos alejando tanto del amor y acercándonos tanto a la pasión; desespiritualiz ndonos, materializ ndonos, que quisiéramos que la obra de esta escritora fuera tenida bien en cuenta.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

Desolación, poemas, por *Gabriela Mistral*. — Instituto de las Españas, New York, 1922.

SEGÚN Thibaudet, hay tres clases de crítica: la hablada, la dogmática y la artística. Dejemos la explicación y el comentario que éstas merecen de dicho escritor y ocupémonos solamente, después de admitir lo justo de la clasificación antedicha, en poner algunas apostillas al concepto de la primera, en relación con nuestro medio y nuestra literatura.

Aunque la paradoja sea un poco atrevida, casi nos permitiríamos asegurar que los libros más célebres son los menos leídos. Todo el mundo habla del *Quijote*; ¿cuántos lo conocen? Hay unos cuantos nombres que son zarandeados, con cualquier pretexto, en artículos, discursos y conversaciones. En torno a ellos la bola de la notoriedad va aumentando hasta alcanzar fantásticas proporciones. El motivo, o los motivos, con que han sido introducidos en este fantástico rodar van achicándose a medida que la fama crece, hasta desaparecer aquéllos y quedar sólo ésta. Nadie sabe, entonces, por qué títulos fué alcanzada, aunque la acate y venere: siendo descansadísimo aceptar las famas hechas y las canas santificadas, el mal cunde por todas partes. Cuando algún hombre sencillamente sincero bucea hasta los orígenes, mide, pesa, compara y, en aras de su sinceridad, habla inspirándose en las observaciones que acaba de extraer de esa labor, natural es que se encrespe el mar de cabezas ansiosas de llegar por igual camino, a la notoriedad; natural es que los comodones se molesten: alguien viene a obligarles a cambiar de posición.

En resumen, el papel de justo es más difícil de lo presu-
mible.

Aquí, entre nosotros, se da el caso de Fulano y Zutano que gozan alto nombre de escritores, — de ensayistas, jamás mejor hallado el vocablo, como se usa para disimular — sin nunca haber realizado obra alguna, fuera del diario pontificar en rueda de amigos. No les citamos por que de todos son conocidos. La crítica hablada les ha hecho: el amigo bonachón, el vecino descuidado, el vulgo rastacuero, los *dilettanti*, cuantos, como la ardilla, gastan sus energías en moverse para que los vean.

Esta crítica hablada, naturalmente numerosísima por ser la que menos lastre requiere para manifestarse y menos comprometida es, ha levantado y ha deshecho más de una reputación en nuestra Hispano-América, unas veces intencionalmente y otras sin quererlo. Diversas circunstancias han favorecido la elevación de estos falsos pedestales o injustas Tarpeyas. Antes que nada la de leerse tan poco, y cuando se lee hacerlo tan a la ligera, más pensando en lo que dijo Zutano o Perengáñez, de lo que estamos leyendo, que preocupados en formar juicio propio. Después, la necesidad de crear ídolos, innata a todo ser humano, doblemente acuciadora entre pueblos jóvenes. No olvidemos que Francia, magüer su posición, por carecer de una figura que parangonar con Cervantes, Shakespeare o el Dante, inventó a Victor Hugó. A renglón seguido, la consiguiente versatilidad y ligereza del espíritu crítico, poco disciplinado aún para no ceder a influencias de orden afectivo.

Con Gabriela Mistral han sucedido muchas de estas cosas. La crítica hablada le ha hecho el más flaco servicio que hacerle pudiera endiosándola extemporáneamente. Gabriela Mistral no había publicado ni un libro. En diarios y revistas, por acá y por allá, aparecían dispersas unas cuantas composiciones suyas y algunos poemas en prosa, de los puestos en moda por la vulgarización de Rabindranath Tagore, gracias al premio Nobel. Composiciones y poemas un tanto monocordes, escasos de riqueza verbal, duros... Pero dejemos para más adelante nuestra apreciación de su obra.

A pesar de la falta de una producción orgánica, Gabriela Mistral comenzó de pronto a estar en boca de cierto público.

—¿ Ha leído Vd. algo de Gabriela Mistral?

—No; pero me han dicho que es una mujer de dotes excepcionales.

O esta otra variante:

—Sí, algo; por ahí, en diarios, en revistas. Es colosal...

La crítica hablada comenzó a ejercitarse...

A Gabriela Mistral la ungió, por virtud de los temas que ocuparon su pluma, con los laureles de una victoria sin combate. Ella podía cantar la escuela como nadie por que ejercía el *sacerdocio del magisterio*; y por los azotes de su vida privada y sentimental hallar trágicos acentos arrancados de su alma hecha *crisol del dolor*; y por ser mujer y maestra, dos veces madre, condensar el *sentimiento de la maternidad* en poemas de estu-penda evocación...

La bola de la notoriedad comenzó a rodar...

Hay días en que uno se despierta bien dispuesto: el aire es puro y tibio, en el cielo sin nubes brilla el sol alegremente, de los jardines se levanta un vaho perfumado y enervante... Ese día leemos algunos versos mientras nos desayunamos y nos parecen a tono con nuestro espíritu y con el ambiente; quedamos satisfechos, a veces encantados, y si al salir de casa encontramos un amigo, no podemos menos de decirle: —Mira, hemos leído a X. ¡Muy buen poeta! Tiene emoción, frescura... Etcétera, etcétera.

Nuestro amigo, que le gusta pasar por leído, repite el juicio que acaba de oírnos al primero que encuentra... La bola comienza a rodar y está hecha la fama de X, porque la mañana era esplendorosa, el aire puro y los jardines perfumados.

Lo que nunca sucede con la prosa, acontece a menudo con el verso: según la disposición de ánimo en que se esté, la huella que él deje será de mayor o menor profundidad.

Así fueron leídas, sin duda, ciertas composiciones y poemas en prosa de Gabriela Mistral, entre cuya labor hay buena parte revestida de mérito, por amables colegas en el magisterio, frecuentemente propensos a la hipérbole, cuando razones de clase los apoyan. Y salió a relucir el primero de los lugares comunes: el sacerdocio del magisterio.

El "sacerdocio del magisterio" es una de las paparruchas más grandes, una de las tantas frases hechas que nos legó el

siglo XIX. Como la "grandeza de la democracia", el "pueblo soberano", la "magestad de la justicia" y varias docenas más de infundios por el estilo.

El "sacerdocio" existe cuando la vocación enciende fervores. Pero hoy casi nos está vedado hablar de vocación, al contemplar sindicatos hasta los médicos y los sacerdotes, como albañiles o zapateros que de alguna manera se tienen que ganar la vida los pobres diablos, y sin la papeleta del sindicato no encuentran trabajo.

Hay dos tipos de maestro tan radicalmente distintos que no tienen ni un punto de contacto: el maestro creado por la literatura y el de la vida real. Apóstoles ya no se encuentran en la clase sino dentro de los primeros. Y los segundos nos perdonen la herejía.

Otro día... pero renunciamos a seguir explicando cómo la crítica hablada fué cargando de sambenitos a Gabriela Mistral. El caso es que su fama corrió Hispano-América desde México a Buenos Aires.

Cuando *Desolación* ha llegado a nuestras manos, ya traía tras de sí un enorme caudal de alabanzas para la autora. La crítica hablada nos decía encontrarnos frente a una excepcional artista de nuestra lengua, frente a un estupendo acumulador de belleza, de sentimiento, frente a un lírico de primer orden, no ya futura sino bien presente gloria...

Abrimos *Desolación* con el espíritu sereno y firme el deseo de medir ese valor, libres de influencias ajenas. Después de una lectura cuidadosa y amorosa, necesario nos es declarar que la maestra de *Desolación* se ha colocado en el punto de vista del arquetipo literario de su clase, en vez de fundirse en lo humano que la rodeaba, despojándose de toda literatura, siendo ella misma, para decirnos sus ansias, sus dolores, sus amores, su vida y la vida, en fin, a través de ella, no a través de las ideas hechas.

Así cuanto en su libro roza la escuela y los temas anexos está hinchado de artificialidad, porque la autora lo ha visto a través de su imaginación, no a través de su espíritu de observación y enfocando la realidad. Admitamos que ésta pueda y deba ser aderezada, a veces, en aras del propósito artístico, pero

ese aderezo debe mantenerse siempre en prudentes términos, no perdiendo nunca de vista el modelo que se desea embellecer.

Podríamos citar entre otras composiciones *El corro luminoso* que empieza llena de gracia, de realidad, de verdad y se deshace luego para terminar en la monotonía de lo libresco.

El "sentido del dolor" es otra de las grandes frases hechas con que se ha querido adornar a Gabriela Mistral. El haber sufrido la tragedia en carne propia no capacita más, ni mejor, para definirla o, por lo menos, para hacer que los demás la sientan. Es muy difícil, casi imposible juzgamos, colocarse fuera de sí, en observador, — dando por sentado que se posea el espíritu de observación y la intuición necesaria, lo que no parece ser del caso en Gabriela Mistral — para analizar nuestra vida, fijar sus acontecimientos y ya extinguido el fuego que los encendió, soplar de nuevo en las cenizas, con el poder creador. Ser actor y autor, si se supera la dificultad que acabamos de señalar, significa otro tropiezo ante la sinceridad, y si se es mujer, ante el pudor.

Penetrar en lo profundo de los acontecimientos que pasan a nuestro alrededor, con la sensibilidad tensa como un cordaje, pero con la inteligencia fría, para fijar, recoger y comentar el sonido del cordaje: ese es un camino.

Gabriela Mistral ha sufrido; — a quienes ¡ay! no nos ha purificado un poco el estigma del pecado original — y ya lejos de su dolor ha querido objetivarlo. Cuando se puede contemplar una cosa, un sentimiento, — contemplar es definirla o expresarlo, — ya se está lejos, fuera de esa cosa o de ese sentimiento, aunque se esté viviendo en ella o en él. Al alejarse Gabriela Mistral de su dolor, se ha enfriado su sensibilidad y la inteligencia quedó librada a las ideas hechas. Si dentro del dolor mismo, hubiera gritado sin saber cómo, — ese es otro camino — los que la dicen posesora del sentido del dolor habrían tenido razón. Cuando nos hieren, lanzamos un alarido; de ese grito ronco, viene el espanto o el escalofrío del espectador. Más tarde tal vez sepamos quién nos ha herido, por qué, etc. Este relato posiblemente no emocionará a nadie como aquel grito. Lo primero, tiene la potencia de la acción misma; lo segundo, ya es su relación literaria. En Gabriela Mistral existe la base que presta

el hecho; pero el relato ahoga el grito con su hojarasca de detalles, y a nosotros no nos emociona ese dolor disuelto en literatura, porque estamos viendo demasiado el *metier*.

Después de haber leído a Ada Negri, hace ya bastantes años, creímos que, en la literatura, nadie como ella había encontrado acentos para expresar el sentimiento de la maternidad. Esperábamos encontrar en Gabriela Mistral, de cuyos *Poemas de las madres* tanto ruido se hizo, una escritora que rompiendo la tradición de la literatura de lengua castellana, huérfana de expresiones semejantes, se consagrara a la madre y al niño, figuras abandonadas dentro del rico plantel que exorna la bibliografía de nuestro idioma. Hoy seguimos creyendo que la tradición castellana no ha sido rota y que Ada Negri no ha encontrado quien la supere — ni siquiera imite — en su obra de intenso realismo.

Nos hallamos frente a los *Poemas de las madres*: en ellos como en todos los de la autora se empieza sencilla y hondamente para después anegarse en literatura vargasviliiana.

“Ya no puedo ir por los caminos: tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos”. Ved el noble consorcio de la sencillez y la belleza. “Pero traedme aquí, poned aquí a mi lado las macetas con flores, y tocad la cítara largamente: quiero para él anegarme de hermosura. Pongo rosas sobre mi vientre, digo sobre el que duerme estrofas eternas”... No alcanzamos, no ya a comprender, lo que sería vano, sino a sentir en estas parrafadas, la tan decantada belleza, originalidad, sentimiento, de que se nos decían henchidos estos poemas. Nuestra cita es una; podríamos reunir a porfía.

Irregular, no sólo en la concepción sino en la ejecución, cuando se liberta de las trabas espirituales que representan su profesión y lo libresco, a ella inherente, dejándose ir por el cauce humilde, pero original, de su inspiración propia y usando, cuando prefiere el verso como medio de expresión, los metros propios de la poesía popular, parece que se encontrara a sí misma la autora de *Desolación*. Un soplo de aire fresco agita las flores de su jardín, cuyo perfume se expande entonces en la brisa. Veámos, si nó, una prueba en esos mismos “Poemas de las madres”. A continuación del párrafo cursi y destartado que aca-

bamos de citar, la autora mira a su alrededor y dice: "Recojo en el corredor, hora tras hora, el sol acre. Quiero destilar, como la fruta, miel hacia mis entrañas. Recibo en el rostro el viento de los pinares. La luz y los vientos colorean y laven mi sangre".

Comparando, no se escapará a nadie la razón de nuestro juicio, que, estamos seguros, no dejará de parecer violento, cuando no lo inspira sino la más completa ecuanimidad.

Gabriela Mistral es un poeta bíblico, hecho de polvo y maldiciones como el Eclesiastés. Seco, áspero, rugoso, sin la flor que matice su erial. Tiene todo lo trágico de una Electra vindicativa y tenaz a cuyo lado nunca llega el hermano Orestes para suavizarle la voz, lo que difícilmente lograría a pesar de quererlo porque su garganta sólo está conformada para el grito.

La "desolación" de su obra es monotonía; el estilo, ya lo advertimos, pobre, duro, impreciso; la inspiración, escasa: en torno a unas cuantas ideas generales, por no llamarlas ideas hechas, se desenvuelve la vasta labor encerrada en *Desolación*.

Si ateniéndonos a la división en climas espirituales de la literatura de habla española, esbozada hace unos meses por nosotros en esta misma sección, quisiéramos "colocar" a Gabriela Mistral, no es seguramente en el que forma su país donde habríamos de "encasillarla". Entre Colombia y Centro América hallaría posición. Y la prueba es que por ahí es por donde ha alcanzado nombradía mayor.

Nosotros creemos que en Gabriela Mistral su obra está en embrión, su fama, válida, en el futuro. Advertimos en la composición "Palabras serenas", los versos que siguen:

Ya en la mitad de mis días espigo
esta verdad con frescura de flor.
La vida es oro y dulzura de trigo.
es breve el odio e inmenso el amor.

La mujer cenceña que ha vivido sin comprender, tiene un vislumbre de que hay algo más allá de su ética pueblerina, de los libros no siempre varios ni escogidos de sus anaqueles y abre al mundo su sensibilidad.

Esperemos de quien dice:

Ahora no sólo comprendo al que reza;
ahora comprendo al que rompe a cantar.

el verso grave, emocionado, por el asombro ante los caminos del mundo abiertos a sus ojos atónitos, para los que solo eran familiares el huerto y la calle de la aldehuela nativa.

Gabriela Mistral ha ensanchado sus horizontes geográficos. Con ello también lo hace de los espirituales. Si ha empezado a comprender al "que rompe a cantar", esperemos.

E. SUÁREZ CALIMANO.

LIBROS RECIBIDOS

Visión de Anáhuac, por Alfonso Reyes. *La oración profética*, por Leoncio Espinosa. *La casa*, por Jaime Torres Bodet. *Trisismos de antaño*, por Manuel Puga y Acal. *La conquista de las rutas oceánicas*, por Carlos Pereira. *La Buena Cosecha*, por Alberto Lasplaces. *Poemas fuertes*, por G. Alemán Bolaños. *Vidas*, por Carlos Sabat Ercasty. *Al través de mi cristal*, por Rufino M. Martínez. *Campanas en los atardeceres*, por Luis Víctor Barbé Pérez.

CRONICA MUSICAL

“Débora e Jaele”. “Electra”. “Salomé”.

LA misma emoción que las muchedumbres griegas, en el anfiteatro del Circo de Dionisio, experimentaban frente a los héroes de Sófocles o Eurípides, experimentamos nosotros ante los coros del primer acto de *Débora e Jaele*, o ante la desesperación de Sísara. Es, en efecto, en las más puras manifestaciones del arte helénico, donde hay que buscar la genealogía estética de este gran Hildebrando de Parma, como le llamó D'Annunzio. Pizzetti, después de veinticinco siglos, y a través de algunos ensayos aislados, reanuda la tradición de los trágicos griegos. Pizzetti es más que un músico: es un trágico. La audición y la *visión* de *Débora e Jaele* (así como la de *Fedra*) es una de las sensaciones de arte más integrales que podemos experimentar. En este sentido, en cuanto a la amplitud extensiva de su contenido estético, y como armonía de los medios de expresión más diversos puestos al servicio del drama, deja muy en zaga al mismo Wagner, que, como sabemos, intentó la reconstrucción de la tragedia griega basado en el principio de la reunión de todas las artes. Wagner hizo siempre *demasiada música*, como para poder sugerirnos con fidelidad el equilibrio perfecto de los diversos medios expresivos, que en las representaciones griegas lograba su adecuada realización. Además, su temperamento romántico lo alejaba constantemente de la contemplación serena de los grandes modelos antiguos, estando su sensibilidad reñida con la de los griegos. Y su mentalidad, por más que a cada instante alardeara de una amplia cultura clásica, se hallaba harto influida por el orientalismo que los filósofos alemanes contemporáneos, especialmente Schopenhauer, infiltraban en las ideas occidenta-

les. Tristán e Isolda quedará eternamente como la expresión más prodigiosa de esa sensibilidad, pero nunca, por más que lo pretendiera Wagner, podrá considerarse ni siquiera como un pálido reflejo de lo que fueron las realizaciones escénicas griegas.

Después de lo que sabemos a raíz de las investigaciones arqueológicas de Romagnoli en Italia, y de las fidelísimas reconstrucciones del teatro griego realizadas en el anfiteatro de Siracusa, bajo la sabia dirección del eminente helenista, podemos forjarnos una idea precisa sobre la teoría griega de la tragedia. Pizzetti, que con su Fedra había demostrado ya una amplia erudición sobre la música antigua, fué el principal adaptador de los escasos fragmentos encontrados en las notaciones musicales griegas. De esas investigaciones y adaptaciones resultó que el papel de la música se limitaba al de simple comentarista sonoro del poema dramático, a la famosa *atmósfera* en el sentido debussista de la palabra. Los grandes desarrollos sinfónicos al estilo wagneriano, en que la voz de los personajes se abisma y se ensordece como en una tempestad, llevan a la música dramática mucho más allá de la misión que en la tragedia griega le estaba destinada, que era la de imprimir al sentimiento de los espectadores, mediante simples cambios oportunos de ritmo y de tonalidad, una dirección adecuada a la psicología de las situaciones escénicas. Pizzetti, al volver a asignar a la música este objeto, de simple saturación espiritual, la convierte, de la selva frondosa wagneriana, en que verso, acción, danza se pierden y se ahogan impotentes, en un cortinado sutil de infinitos matices y colores, en que el menor gesto de los personajes, el menor acento del verso, imprimen su huella. Así realiza Pizzetti el milagro griego de la tragedia, que únicamente puede concebirse en una interpretación fiel de las representaciones antiguas. La tragedia, como apoteosis suprema de todos los medios de expresión artística, en que danza, sonidos y palabras se reúnen en una síntesis armoniosa, en una unidad perfecta, he ahí lo que es el drama de Hildebrando Pizzetti. La palabra música recobra aquí su antiguo sentido y su antigua dignidad: es música el gesto del actor, es música el verso, es música la melodía de los instrumentos, puesto que todo ello puede reducirse a ritmo. Y la música misma, en el sentido ordinario de la palabra ¿no ha surgido de la armoniosa y rít-

mica plasticidad del cuerpo humano? ¿No ha surgido la música, como elemento artístico característico, del arte plástico de los danzarines primitivos en los misterios dionisiacos y fálicos? De allí surgió la música, de allí la tragedia: la tragedia vuelve a reunir, en la síntesis definitiva, los elementos estéticos desvinculados, que primitivamente, en potencia, palpitan en el milagro de la danza.

Era necesario decir todo ello para explicar la emoción infinita que nos embargaba cuando asistimos a ese primer acto maravilloso de *Débora e Jael*. Con el presentimiento de las armonías sálicas de *Salomé*, que estaba anunciada para varios días después, y atormentados nuestros oídos aún por el tumulto desenfrenado de los "jazz-band" y de los "Rig-time", en que el alma rudimentaria de las multitudes modernas canta el vértigo de las grandes ciudades, nos hundíamos en pleno mundo griego de las formas integrales y armoniosas.

El primer acto de *Débora e Jael*, como en rigor toda la obra, es la apoteosis teatral de la muchedumbre. Ya habíamos visto en *Fedra* la forma maravillosa con que Pizzetti maneja los coros y los conjuntos vocales: pero en *Fedra*, el famoso coro elegíaco que lamenta la muerte de Hipólito, invisible, no tiene la enorme eficacia plástica que los de *Débora e Jael*. Las multitudes bíblicas que en *Débora e Jael* imploran o se lamentan, cantan los himnos de guerra y se prosternan ante la profetisa, son coros vivos y de una verdad impresionante. En *Débora e Jael* es necesario no sólo oír, sino ver. Cada personaje del coro es una individualidad, una unidad precisa que llora, gime y canta arrastrada por el vértigo del conjunto. ¡Qué lejos están estas muchedumbres palpitantes, que se mueven sobre la escena como sobre un paisaje líbico real, de los coros convencionales y absurdos que estamos acostumbrados a ver! ¡Qué verdad trágica en esos hombres que desgarran sus vestiduras para mostrar sus llagas, en esas mujeres poseídas por la histeria de las sugerencias místicas, en esa multitud egoísta y miserable que se estremece de pavor, o se prosterna iluminada ante la aparición de Débora! Pizzetti ha llegado a un dominio tal de la técnica del que podríamos llamar, a pesar de los equívocos en que nos haría incurrir el término, el *drama musical*, que los momentos más sorprenden-

tes son sin duda aquéllos en que los coros o los grupos se mueven y declaman sin dar lugar a la acción individual de los personajes. El festín de los cananeos es también de una realidad palpitante, y las escenas finales, en que oímos la selva poblarse lentamente de las voces de los israelitas en persecución de Sísara, están llenas de verdad épica.

Por los matices delicadísimos y casi imponderables de sus armonías, por la orquestación sutil y liviana, por la espiritualidad de su orquesta, la sensibilidad y la técnica musicales de Pizzetti están cerquísimas de las de Debussy. Y únicamente un espíritu itálico, un espíritu mediterráneo como Pizzetti, podía haber interpretado tan maravillosamente el sentido helénico de la belleza trágica: por encima de los siglos, y superando al tiempo, la herencia de Apolo y de Dionisio se ha perpetuado bajo el cielo azul de Italia, en las dulces riberas que besan las aguas adriáticas y tirrénicas. Pizzetti no se ha movido jamás de su ciudad nativa; pero en esa antigua Parma, fundada por los etruscos y bañada, como todas las viejas poblaciones italianas, en los efluvios de la cultura griega, ha podido el artista forjarse, en la soledad, y alejado de la sugestión de las brumosas ciudades nórdicas, su diáfano ideal estético. Y así surgieron *Fedra* y *Débora*, en esa misma Parma donde los frescos del Correggio dan también, desde hace siglos, su lección de armoniosa y clásica belleza.

El espíritu acendradamente latino de Pizzetti nos resultó aún más patente después de conocer la *Electra* de Strauss, estrenada este año en Buenos Aires. Más que nunca, nos parecieron absurdas esas afinidades que algunos han pretendido encontrar entre ambos músicos. A través del doble filtro de Hoffmannsthal y de Strauss, esa tragedia griega nos resulta tediosa y hasta grotesca, hinchada de wagnerismo del peor gusto. Pero, en cambio... ¡con qué sensación de estupor salíamos después de una audición de *Salomé*, ante el genio diabólico del músico que había logrado hacer vibrar los más secretos nervios del alma moderna! Nuestra sensibilidad salía de allí irritada, como si hubiéramos sentido las más íntimas caricias de dos manos satánicas; nuestro espíritu laxo se esperezaba, como después de los placeres frenéticos. Eso ya no era música: era la palpitación sonora del vértigo de vivir, la inquietud de amar bárbaramente, de perseguir

las formas del amor hasta en el refugio sangriento del sadismo. Era la voluptuosidad suprema de adormirse sobre los ritmos lánguidos de la danza, de sentir la caricia de los velos calientes de Salomé, al desprenderse uno a uno de la carne palpitante...

Los Conciertos.

ZADORA. — Dentro de la nutrida pléyade de virtuosos del piano que nos visitan, es sin duda Zadora un concertista interesante, y apreciado en sus justos méritos por nuestro público. Desde un punto de vista exclusivamente pianístico — por decirlo así — Zadora es casi perfecto: los misterios del teclado han sido completamente desvelados por él, y es lamentable que en no escasos momentos, no sepa poner un poco más de arte donde ha sabido poner tanta maestría. Nuestro público — que a todas luces va aguzando cada vez más su sentido estético — ha permanecido en muchas circunstancias frío ante este admirable técnico. Ello nos demuestra que si bien el público argentino no ha conseguido zafarse aún completamente — como lo prueban otros casos — de la sugestión de los pianistas romantizantes y “poseurs”, sabe substraerse al fácil deslumbramiento de los vertiginosos hacedores de “tours” pianísticos. La loca carrera de los dedos no interesa ya, salvo cuando se disfraza la carencia del sentido artístico con las actitudes sentimentales, escamoteando al verdadero Chopin a través del blando gemido de las damiselas.

HUBERMAN. — Sonido dulce e insinuante, asombrosa perfección en el arco, un dominio, no siempre sereno, pero con frecuencia absoluta, de los dedos, hé ahí el violín de Huberman. Agréguese a ésto un gusto refinado para la versión de las obras modernas del difícil instrumento (sobre todo las obras pequeñas y de corto vuelo) y la figura de Huberman se nos completa estableciendo así, quizá, una incompatibilidad con respecto a la acertada interpretación de las piezas netamente clásicas, o inspiradas en las formas puras eternizadas por Beethoven, como la sonata de César Franck, que le escuchamos con bastante indiferencia.

Huberman es un violinista aristocrático, y, sin significar

esto ninguna mengua para su admirable talento, sólo la confección de los programas traiciona a la legua al *dilettante*. No queremos que esta última palabra pueda insinuar la carencia de disciplina o seriedad en este virtuoso, que bajo muchos aspectos es un artista acabado. Su técnica y más que nada su arco ágil, flexible, fácil y vehemente (no olvidemos que el arco es el acento en el violín), son toda una lección para los jóvenes violinistas que van a escucharlo. Su éxito ha sido halagador, si no entusiasta, y de cierto tiempo a esta parte, es con Vecsey y algún otro más, el virtuoso del violín más interesante que hemos oído.

HOMERO M. GUGLIELMINI.

NUESTRA ENCUESTA ENTRE LOS ESCRITORES DE LA NUEVA GENERACIÓN (1)

CUESTIONARIO

1.°—*Como es Vd. joven, presumimos que nos podrá contestar a lo siguiente con absoluta franqueza: ¿Cuántos años tiene Vd.?*

2.°—*¿Hay entre usted y los escritores de su edad una común orientación estética? ¿Cuál es?*

3.°—*Algunos otros jóvenes de su época, ¿están diversamente orientados? ¿Quiénes son y cuál es esa orientación?*

4.°—*De los escritores mayores de treinta años, ¿cuáles son los que le merecen más respeto? ¿En alguno reconocería Vd. a un maestro?*

5.°—*¿Cuáles son los tres o cuatro poetas nuestros, mayores de treinta años, que Vd. respeta más?*

6.°—*¿Cuáles, los prosistas?*

7.°—*¿Cuáles son los más talentosos jóvenes de su generación y cuyo porvenir cree Vd. más seguro?*

De Julio Irazusta

1.° *Como es usted joven, presumimos que nos podrá contestar a lo siguiente con absoluta franqueza: ¿cuántos años tiene usted?*

(1) Léanse en los Números 168, 169 y 170 las respuestas de Enrique Méndez Calzada, José Gabriel, Héctor Ripa Alberdi, Roberto Smith, Jorge Luis Borges, Francisco López Merino, E. M. S. Danero, Enrique M. Amorim, Roberto A. Ortelli, Julio V. González, Brandan Caraffa, Ernesto Laclau, Mayorino Ferraría, Conrado E. Eggers-Lecour, Guillermo Juan, Anibal Ponce, Homero M. Guglielmini, Marcos Lenzone, A. Salvador Irigoyen, Bartolomé Galindez, E. González Lanuza, V. Ruiz de Galarreta, Hernán Gómez, C. Córdova Iturburu, Leopoldo Marechal, Elías Carpena y Roberto Ledesma.

Veinticuatro.

2.º *¿Hay entre usted y los escritores de su edad una común orientación estética? ¿Cuál es?*

Creo poder afirmar que entre algunos de nosotros, hay una parecida orientación estética: Rohde, Ripa Alberdi, Nalé Roxlo, y yo, siempre y en las distintas maneras que nos permitía nuestra formación literaria, hemos sostenido la absoluta independencia del espíritu. Es claro que hemos estado igualmente orientados sólo en tener esa concepción, porque después, esos amigos míos son de temperamentos distintos a más no poder, y en la aplicación del mismo principio han diferido grandemente.

Me parece que debo dejar constancia, si para algo ha de servir la presente encuesta, de que Rohde, Ripa Alberdi y muchos otros, unos más otros menos, seguimos a Croce en sus indagaciones sobre la estética.

Muchos de nosotros no tenemos nada de revolucionarios. Seguimos los procedimientos aprendidos en diversas fuentes, pero todos conocidos. Sentimos que no hay en contra de qué reaccionar, que el cauce de nuestra literatura, si es que alguna vez hemos de tenerla, está lejos de haber sido hallado, y que lo hallaremos con el tiempo después de haber procedido, como se ha hecho en todos los demás países, por imitación, que es como se forman las literaturas al comienzo. Se imitan los procedimientos, la técnica, que constituye la educación del artista, y sólo se aprende reconstruyendo espiritualmente las obras de los maestros. De manera que no nos conmueve la tacha de imitadores. Trabajamos por hacer algo que tenga la solidez del estudio o de la obra seriamente realizada, sin aspirar al título de originales, porque ese título le será discernido a su debido tiempo al que haya creado una verdadera obra de arte.

3.º *¿Algunos otros jóvenes de su época, están diversamente orientados? ¿Quiénes son y cuál es esa orientación?*

Sí: los que podrían agruparse bajo la denominación de veristas o realistas, pero que en realidad no forman grupo: José Gabriel, Alfredo Bufano, Roberto Mariani y Pedro Herreros. Son los más revolucionarios entre los jóvenes. Sin embargo, como dice Gabriel en su contestación, se inclinan hacia el realis-

mo tradicional en la literatura de nuestra lengua, y en ésto no pueden jactarse de estar más sanamente orientados que otros compañeros de generación que tratan de adueñarse de todos los secretos de la versificación española porque creen que aquel realismo no cabe menos en las composiciones de la poética tradicional que en las novelas novísimas.

Enrique Méndez Calzada está diversamente orientado. Es humorista a lo anglo-sajón, y tiene hasta la concepción del arte ejemplarizador. De otros no hablo porque o no los he leído o no sé cuál es su orientación; como Danero y los del grupo ultraísta, por un lado, y Fingerit y Glusberg por otro.

4.º *De los escritores mayores de treinta años, ¿cuáles son los que merecen su respeto? ¿En alguno reconocería usted a un maestro?*

Es indudable que ustedes se refieren al respeto intelectual. ¿O es que ustedes pudieron suponer que alguno de entre nosotros no tendría el otro respeto para con todos los escritores? Bien es cierto también que ustedes tratan de averiguar las tendencias de los jóvenes, y los puede haber muy irrespetuosos, aquellos que tienen por único sistema filosófico ser intratables y destemplados.

Me merece respeto la mayoría de los escritores de aquí. Porque escriben sacrificándose, y su virtud recibe escasa recompensa espiritual o material.

Fuera de ese motivo general, la obra de algunos, por ejemplo, Groussac y Rojas, es digna de la más alta consideración; la una por su carácter de genial iniciadora en varias materias y la otra por la rara unidad que amalgama todas sus partes constitutivas.

A la segunda parte de la pregunta debo contestar que no.

5.º *¿Cuáles son los tres o cuatro poetas nuestros, mayores de treinta años, que usted respeta más?*

Lugones, Banchs, Capdevila y Arrieta. Si hay omisiones que pueden descalificar mi respuesta, no se debe achacar más que a mi ignorancia, dada la cual yo no hubiera contestado a no haber ustedes planteado la encuesta en la forma que lo han hecho: para conocer la situación espiritual de cada uno de nosotros.

6.º ¿Cuáles los prosistas?

Todos los escritores en prosa que hayan escrito y en las ocasiones en que lo han hecho bien. Groussac siempre, o casi, Rojas en el *Blasón de Plata* y algunos otros pasajes de sus obras, Larreta en *La Gloria de don Ramiro*, Lugones en páginas dispersas por todas partes, Banchs en sus artículos de *Atlántida*, Quiroga, Giusti, Gálvez en *La Maestra Normal* y algunos de sus cuentos, Lynch en *Los caranchos de la Florida*, Cancela, Coronado, Noé.

7.º ¿Cuáles son los más talentosos jóvenes de su generación y cuyo porvenir crea usted más seguro?

Tomás D. Casares, Conrado Nalé Roxlo, José Gabriel, Jorge M. Rohde, A. Korn Villafañe, Enrique Méndez Calzada, Mario Jurado, Alfredo Genser, Héctor Ripa Alberdi, Aníbal Norberto Ponce, Pablo Suero, y otros que no tengo presentes en este momento.

De Alfredo R. Bufano

A la primera: 28 años.

A la segunda: Manuel Gálvez, con su hermosísimo libro *Sendero de Humildad*, inicia entre nosotros la tendencia realista; tendencia, escuela u orientación estética que ahora cultivamos unos pocos: Fernández Moreno en primer término, que apareció cuando muchos se habían olvidado de *Sendero de Humildad*; Roberto Mariani, Pedro Herreros y yo. No participo, sin embargo, a pesar del punto de vista que nos une, de la manera de Herreros y tampoco de la empleada en sus últimos libros por el autor de *Intermedio provinciano*. Por otra parte, —y esta es una reflexión personal,— creo que no es posible seguir por mucho tiempo andando el mismo camino, so pena de borrar con el codo lo que trazó la mano. El lema del sumo poeta de los *Laudi* se impone en todo artista. Ello no implica, en modo alguno, perder o torcer la verdadera personalidad. El que es esencialmente poeta lo seguirá siendo en todas las tendencias que adopte o inicie.

A la tercera: Hay, en efecto, otros jóvenes que persiguen distinta orientación que la mía, advirtiéndome, de paso, que yo nunca he creído que puedo ser catalogado en esta o aquella escuela. A José Gabriel, sincero hasta en sus errores, se le ocurrió que yo era realista, y como la palabra no significaba un insulto, la acepté. Pero discrepamos fundamentalmente a veces. Por ejemplo: Gabriel dijo en un artículo que *Sendero de Humildad* es un libro malo; y yo creo todo lo contrario. En el libro de Gálvez se encuentra todo lo que doce años más tarde haríamos nosotros. Por mi parte declaro que, si tuviera que confesar la verdadera fuente de mi escuela, diría sin vacilación que ella está en el querido libro del que hizo también *La Maestra Normal*, lleno también, como novela, de todas las condiciones reveladas por el autor en sus poemas.

Después vino Carriego, y luego nosotros. Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios (1).

Otros jóvenes de talento cultivan tendencias opuestas, tales como Jorge Max Rohde, Héctor Ripa Alberdi y Luis L. Franco; los dos primeros dentro del mayor acercamiento a las fórmulas clásicas, y Franco, aunque más personal y vigoroso, que tiene su maestro en Lugones, el tentacular; con lo que no pretendo, ni remotamente, quitarle el menor mérito ni desconocer la enjundia y capacidad poética del cantor de *La flauta de caña*. Lo mismo podría decir de Horacio Rega Molina.

Dentro del grupo que se ha dado en llamar Ultraísta, tengo la firme convicción de que el único muchacho de positivo e innegable talento es Jorge Luis Borges; sabe perfectamente lo que quiere, lo que dice, lo que hace y lo que va a hacer. De los demás no hay una prueba que invite a un juicio más o menos seguro.

A la cuarta: De los escritores mayores de treinta años muchos son los que merecen mi respeto; todo hombre que haya hecho obra constructiva es digno de la estimación de sus contemporáneos, cualquiera sea su orientación. Ahora, en cuanto a

(1) Permítanos el señor Bufano una rectificación: *Sendero de Humildad* apareció en 1909 y *Misas Heroicas* en 1908, aparte de que Carriego venía publicando sus poesías desde 1903. Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. (N. DE LA D.).

lo de reconocer en alguien a un maestro, es muy distinto cantar. En el sentido general de la palabra, maestro puede considerarse a Groussac, a Lugones, a Ingenieros, a Rojas; en el sentido particular o individual, que equivaldría a reconocer en alguno al propio maestro, aun poniendo en ello toda mi sinceridad, no podría decirlo sin riesgo de hacer quedar mal al que nombrase. El Arte es poliforme y la vida nos guarda una sorpresa a cada paso.

A la quinta: Siento por Enrique Banchs una admiración sin reparos; en mi concepto, el autor de *La urna* es el más grande de nuestros poetas actuales, y un poco difícil de ser superado por ahora. A Banchs lo admiro y lo quiero, doble manifestación que implica la mayor recompensa a que puede aspirar un poeta. Después de Banchs, Lugones y Fernández Moreno, sin considerar a éste como autor de los libros posteriores a *Por el amor y por ella*. Capdevila en *El poema de Nenufar y Melpómene*. Alfonsina Storni me gusta en todos sus libros.

Otros poetas hay que estimo por su obra: Arrieta, Barreda, Montagne, cuyos *Versos de una juventud* no dejarán de ser bellos; Allende Irigorri, Rafael de Diego, Pedro Miguel Obligado, íntimo como una primula y claro como el agua de las montañas, y otros que acaso sin querer olvidé.

A la sexta: Groussac, Horacio Quiroga, Gálvez, Lynch; sin dejar de apreciar en todo su valor a otros como Roberto F. Giusti, Rojas, Larreta, Cancela, Gerchunoff y Juan Carlos Dávalos.

A la séptima: En verso: Ezequiel Martínez Estrada, Luis L. Franco, Borges, Conrado Nalé Roxlo y Eduardo Keller Sarmiento, una de las personalidades más puras y originales que tendremos que anotar en estos últimos tiempos; Enrique Méndez Calzada, más poeta que humorista, y Pablo Suero, que a los veinte años dió un libro como *Los Cilicios*, que otros poetas no dan ni a los treinta. Es de esperar que el teatro no sea su orientación definitiva, y así tendré la satisfacción de no haberme equivocado.

En prosa: José Gabriel, inquieto, contradictorio, atrabiliario, pero poseedor de una cultura sólida y de una voluntad inquebrantable; trabajador, estudioso y dueño del secreto de la divina fe que transporta la montaña.

Julio Irazusta, Aníbal Norberto Ponce, Nicolás Coronado, Roberto Mariani, y aquí un nombre nuevo para muchos: Elías Castelnuovo. Fuerte, original, humano, con algo de los grandes novelistas eslavos, este Elías Castelnuovo ha de ser bien pronto un serio valor dentro de nuestra literatura.

De Luis Reissig

De todas las preguntas del cuestionario sólo puedo a una dar satisfactoria respuesta: he cumplido veinticinco años, todavía no veintiséis. He recorrido, pues con el fardo más liviano el trecho más fácil del camino de mi vida.

Preguntan ustedes, estimados Directores de NOSOTROS, a los jóvenes literatos lo que no podrán éstos nunca saber mientras sean jóvenes; así como el tiempo sólo es sensible al que recuerda, la orientación estética es materia para un espectador alejado de esta temprana edad en que los escritores, todavía, se miran bastante al espejo. Un juicio certero y de substancia al respecto es más propio de los que, como el amigo Bianchi, han echado la tercer dentadura.

De las tres preguntas que se refieren al respeto, quiero decir que no es éste un término adecuado para calificar una relación de dependencia literaria, máxime si se presume la existencia de un maestro. El respeto inhibe y sólo se elige por maestro a aquel a quien se quiere y se puede imitar. Hablar, pues, sobre una base que, a mi juicio, no es la verdadera, equivaldría a enunciar unos cuantos fantasmones o bien seres de un mediano talento llevados al Olimpo por la fuerza de las circunstancias.

En cuanto a la última pregunta tampoco puedo contestarla porque no conozco a todos los jóvenes talentosos de mi generación, ni la senda que cada cual ha elegido para bien de su seguro porvenir. El talento es lo relativo, según se le considere en la casa, en la calle o en sí mismo; el porvenir es más absoluto y casi no exige talento, requiriéndose, únicamente, un poco de fuerza, porque está probado que la reputación de un vivo cuenta tanto trabajo ser levantada como el cuerpo de un muerto.

Confieso que este alejamiento, involuntario por cierto, de

mi persona con respecto a los jóvenes escritores de mi generación, me tiene que acarrear, indudablemente, el grave perjuicio de que mis amigos me detengan en la calle para decirme: ¿Qué tál; sigues escribiendo? Nunca oigo hablar de tí. Debes asociarte o fundar una sociedad destinada, como casi todas las sociedades literarias, a que se dén un poco de bombo unos a los otros. Careces del sentido de la propaganda. Hay que escribir algún libro, hacerlo traducir. ¡Qué pensarán de tí en el extranjero!”

He hablado en serio; así como en serio pienso que si la Dirección de NosotROS hubiera querido conocer o ilustrar al lector acerca de lo que es y piensa nuestra flamante generación literaria, aún en flor, debiera haberle preguntado: “¿Es usted casado? ¿Tiene hijos? ¿Cuáles son sus medios de vida? ¿Después de qué verso padeció usted la primera enfermedad formal? ¿Tiene usted perspectivas de mejorar su situación económica? Fuera del natural goce de ser negligente u ordenado, de lucir los puños o la mirada ¿tiene usted un cariño sincero por algo del mundo, un pájaro, un niño, una mujer?”

Después, podría preguntárseles cuál fué el libro o cuál fué el hombre a quien nunca negaron, de quien nunca, queriéndolo, hablaron mal.

De Héctor Rodríguez Pujol

Introito.

Antes que nada, se me permitirá una pequeña digresión que presumo servirá para algo. Seré lo más breve posible a fin de entrar a responder inmediatamente al cuestionario recibido.

Sé yo, por propia experiencia, todo lo que cuesta o puede costar esa *absoluta franqueza* que solicita NosotROS a los escritores consultados. En el prólogo que he agregado a mi libro *Los Consuelos*, publicado el año próximo pasado, he usado y hasta — según dicen — abusado de ella, sin sospechar siquiera las graves complicaciones que traería a mi vida futura y las horas de desaliento y de disgusto que habría de vivir más tarde a consecuencia de esa estúpida sinceridad de entonces y de ese

prólogo mil veces maldecido por mi en el rápido transcurso de un año. Con decir que por ese único delito la mayoría de los literatos amigos que tenía en Buenos Aires me han retirado su amistad — ya que de su afecto no supe nunca — creo decir mucho. Y creo decir mucho por que bien saben los que tienen la costumbre de emborronar cuartillas, lo que puede significar en nuestra vida la enemistad o el simple desafecto de un literato que vive en Buenos Aires y tiene en sus manos todos los resortes consagratorios de una reputación literaria.

Pero bien dice el pueblo con su sabiduría sutil, que es ciencia infusa del corazón hecha a golpes de intuición y de instinto, que “no hay mal que por bien no venga”. Y en efecto; yo encuentro ahora que aquella mi ingenua sinceridad pretérita, tan deplorable desde un punto de vista puramente utilitario, viene a colocarme, para el caso que me ocupa, y para muchos otros, en una envidiable situación presente. Como no tengo amistades entre los escritores de mi generación ni de la vieja, puedo opinar sobre ellos con la más absoluta independencia. Desvinculado totalmente de todo círculo y de todo grupo me es posible, pues, hablar teniendo en cuenta solamente las íntimas dilecciones de mi espíritu formado en la contemplación de un polvoriento y modorroso paisaje provinciano.

Y, antes de terminar este “introito” que ya va demasiado largo, quiero aprovechar la oportunidad para cumplir con una deuda de gratitud que me ha venido en oportunidad de la publicación de mi libro. Entre los críticos que con su firma autorizan sus artículos periódicos en las revistas metropolitanas, Julio Noé, en NOSOTROS, ha sido el único que me ha dedicado unas palabras de estímulo deteniéndose, aunque de manera un poco breve, a analizar los valores de mi obra. Señalo esta actitud suya a la consideración de todos, especialmente de los jóvenes, y a él le trasmito aquí las seguridades de mi sincero agradecimiento.

Y... al cuestionario.

1.º *Como es usted joven, presumimos que nos podrá contestar a lo siguiente con absoluta franqueza: ¿cuántos años tiene usted?*

Hace pocos días he cumplido los veinticinco años, edad en que suelo creer termina la época de los balbucesos y de los desplantes quijotescos.

2.º *¿Hay entre usted y los escritores de su edad una común orientación estética? ¿Cuál es?*

Creo que no. Y digo "creo" sin atreverme a hacer una afirmación precisa, absoluta, por que no conozco declaraciones de ningún escritor de mi generación que en tal sentido me hayan permitido orientarme. *Estética*, dice el diccionario: ciencia que trata de la belleza y de la teoría fundamental y filosófica del arte. Y entre los muchos "ismos" que han aparecido en los últimos tiempos, yo no he visto nada serio, formal, concluyente que pueda constituir una teoría filosófica del arte. Son, en su totalidad, desplantes juveniles, balbucesos ingenuos que no merecen ni tomarse en cuenta.

Muy por el contrario, tengo desde hace mucho tiempo la sospecha de que vivimos una época de desorientación definitiva en todo sentido. Y, precisamente, en el orden estético es donde esa orientación es más sensible, más terminante, más profunda. Pasaron a la historia los días en que un patrón escolástico, cercenando individualismos, predeterminedaba, de manera concluyente y con frecuencia equívoca, todas las posibilidades de realización artística. Hoy somos irreverentes. Por puro instinto, quizás, nos fastidia el preceptismo dogmático y la enlutada capucha del "dómine", más que hopa de cofradía, se nos antoja guiñapo de Carnaval, como diría Valle Inclán.

Como hemos averiguado, después de muchos esfuerzos y de fatigas innúmeras, que la Belleza está hasta en la más íntima y deleznable realidad circundante, la buscamos en la gota temblona de rocío y en el cenagal donde, a pesar de todo, se espejan, diminutas, las estrellas.

Sin embargo, yo, por mi parte, tengo algo que, si no es, mucho se parece a una orientación estética. En poesía prefiero el simbolismo francés. "La materia lírica de la poesía simbolista — dice un comentarista español — es la sensación con sus matices, sus vaguedades y su infinito poder de sugestión. Ha podido presentarse como una prolongación de la filosofía de

Berkeley: los únicos objetos de conocimiento de las cosas son nuestras sensaciones y su esencia está en su percepción". Estimo, además, que la poesía debe ser, sobre todo, emoción. Y a pesar de lo que opina Roberto Ortelli, sigo creyendo con Anatole France que cuando un poeta nos habla de la mujer amada, "son nuestros amores y nuestros dolores los que despierta deliciosamente en nuestra alma".

Como dramaturgo, en cambio, comulgo totalmente con el principio que Hegel denomina en su *Estética de perfeccionamiento moral*. "Uno de los efectos del arte es endulzar y depurar las costumbres. Ofreciendo al hombre en espectáculo, el hombre mismo suaviza lo rudo de sus tendencias y de sus pasiones; le dispone para la contemplación y la reflexión; eleva su pensamiento y sus sentimientos enlazándolos con un ideal que le hace vislumbrar ideas de orden superior". El arte es el *primer maestro de los pueblos*; "es también un medio de instrucción para los espíritus incapaces de comprender la verdad de otro modo que bajo el velo del *símbolo*, y mediante imágenes que se dirigen a los sentidos lo mismo que al espíritu".

Como autor teatral, pues, aspiro a deleitar enseñando. Como poeta a deleitar emocionando. Es claro que entre ambos principios hay una íntima relación y si ahondamos en ellos encontraremos que tienen un origen común y una común finalidad, pues que deleitar es enseñar. Y, aunque supongo existen, no conozco — repito — otros escritores de mi edad que persigan idénticos propósitos.

3.º *¿Algunos otros jóvenes de su época, están diversamente orientados? ¿Quiénes son y cuál es esa orientación?*

Lo que ya he escrito en la respuesta anterior haría redundante lo que podría decir aquí. Sin embargo, y para que no se sospeche de mi sinceridad, repetiré que posiblemente existen otros diversamente orientados. Quiénes son y cuál es esa orientación no puedo consignar por las razones aducidas. Vivo lejos de Buenos Aires, como ya he dicho, y solamente en contacto con ellos podría conocerlos. No obstante esto, tengo noticias que hay algunos que se entusiasman con las novelas de Martínez Zuviría y otros que son serviles imitadores de Fernández Moreno,

no por una común orientación estética con el poeta de *Ciudad* sino por ley del menor esfuerzo.

Además, declarar aquí que tal o cual escritor posee esta o aquella orientación es correr el riesgo de no recuerdo quién que afirmó que Méndez Calzada y otro que olvido son los únicos escritores jóvenes orientados, cuando a vuelta de hoja el propio Méndez Calzada declara que todo su afán ha consistido siempre en huir de las orientaciones estéticas *comunes* (?).

Diré, entonces, que la mayoría son desorientados. Hay muchos "ismos" novísimos y algunos "ultras". Pero para mi esas cosas no pasan de ser ingenuidades inofensivas.

4.º *De los escritores mayores de treinta años, ¿cuáles son los que merecen su respeto? ¿En algunos reconocería usted a un maestro?*

Merecen mi respeto todos los que han realizado una obra seria y cuidada. Pero en ninguno puedo reconocer a un maestro. Sería largo decir por qué. Ricardo Rojas es, más que un creador, un investigador paciente y concienzudo. Su *Historia de la literatura argentina* es un monumento. Manuel Gálvez ha escrito solamente dos novelas dignas de leerse: *La maestra normal* y *El mal metafísico*. Más que *Nacha Regules* me gusta *Resurrección* de Tolstoy. En cuanto a *La sombra del convento* y las posteriores son obras de decadencia. Lugones' se ha pasado la vida haciendo equilibrios en una cuerda floja. Desde hace mucho tiempo se entretiene en un

pasatiempo singular
como escupir desde un puente
o hacerse crucificar.

Larreta enmudeció. José León Pagano, nuestro comediógrafo más talentoso, hace veinte años que está escribiendo *El Halcón* y *La ofrenda* con títulos distintos. Capdevila, como poeta, se supera en cada nuevo libro.

Otros, ahora no recuerdo.

5.º *¿Cuáles son los tres o cuatro poetas nuestros que usted respeta más?*

Respeto a muchos. Prefiero, sin embargo, en primer término, a la incomparable Juana de Ibarbourou. (Entre el Uru-

guay y nuestro país no existen fronteras espirituales. Para mí, un escritor uruguayo es tan argentino como uruguayo, y viceversa). Y luego, sin jerarquía, a Andrés Chabillon, Enrique Banchs, Rafael Alberto Arrieta, A. Marasso Rotca, Ataliva Herrera, Arturo Capdevila. A algunos de estos tendría que hacerle objeciones, pero sería extenderse mucho.

Otros hay que también merecen ser leídos con atención. Fernández Moreno — por ejemplo — tiene aciertos indiscutibles y talento. Pero, como decía un amigo mío “ha tomado para la farra la poesía”. Lugones, como poeta, no tiene personalidad, a pesar de su gran talento. Su último libro *Las horas doradas*, que tanto han elogiado su órgano oficial *La Nación* y Juan Torrendell, es pura literatura. Como poeta de la tradición, regionalista y eglógico — diremos — el único es el uruguayo Silva Valdés. Los demás son solamente intenciones.

6.º ¿Cuáles los prosistas?

Libros argentinos, en prosa, son pocos los que he podido leer. Fausto Burgos y Carlos B. Quiroga, por su tendencia y no tanto por lo que han hecho como por lo que harán, merecen mi simpatía. Un buen prosista — ya lo dije — es Roberto Gache. Arturo Cancela, lo mejor que tiene — y a ello sin duda debe en gran proporción el éxito de sus *Tres relatos* — es su puesto de director de la sección literaria de *La Nación*. Para mí “El cocobacilo”, “La semana” y “El culto de los héroes” tienen mucho de cosa resabida y vieja. Suenan demasiado a *La isla de los pingüinos*, con una falta absoluta de interés humano y casi de interés. Son novelas que pretenden reflejar un ambiente y que, sin embargo, se diluyen “in abstracto” con prescindencia absoluta de toda objetividad. Quiero decir que si su autor los tituló *Tres relatos porteños*, con pocas modificaciones de nombres propios, podía haberlos titulado “Tres relatos japoneses, indúes o indostánicos”. De porteños no tienen más que el título y detalles circunstanciales. Y con esto no quiero afirmar que a Cancela le falta talento, ni mucho menos. Su libro es excelente pero no como se lo quiere hacer aparecer.

Enrique Larreta ha escrito un gran libro: *La gloria de don Ramiro*. Nicolás Coronado tiene todo lo indispensable para ser

un gran crítico: valentía, cultura y talento. Lástima que no aproveche mejor su tiempo, aunque no dejan de ser útiles sus artículos de *El Hogar*. Manuel Aznar, español de origen, es también un excelente prosista pero no ha hecho obra. El periodismo, quizás, lo ha malogrado. Como cuentistas prefiero a Horacio Quiroga. Atilio Chiappori y Ricardo Güiraldes. Ninguno como ellos ha realizado entre nosotros, en ese género, obras tan perfectas. De José Ingenieros diré que uno de los primeros libros que leí fué *El hombre mediocre*. Pero Ingenieros más que un creador es un comentarista talentoso y un hombre de gran corazón y de gran cultura a la vez que un maestro de la voluntad. Para él, los jóvenes, no deben tener sino afecto y reverencias.

Me dicen que Benito Lynch es un buen novelista, pero yo no lo he leído.

Y he ahí mis devociones, con las reservas correspondientes. Si olvido a alguno, *perdon*.

7.º *¿Cuáles son los más talentosos jóvenes de su generación y cuyo porvenir cree usted más seguro?*

Los jóvenes generalmente son más conocidos en su casa y más por lo que proyectan que por lo que hacen. Como no vivo en Buenos Aires — ¡otra vez! — y no actúo en ningún círculo, no tengo mayores noticias. Confieso que de todos los que ya han contestado a esta encuesta de NOSOTROS sólo conocía o recuerdo los nombres de Ripa Alberdi, Julio V. González, José Gabriel y Méndez Calzada. José Gabriel tiene talento, cultura y sabe escribir. De Méndez Calzada he leído algunos cuentos excelentes, pero no conozco su *Jesús en Buenos Aires*.

Yo he observado a un mi amigo, envenenado impenitente, que vive empeñado en no aceptar términos medios, la circunstancia de que Jorge Max Rohde ha obtenido en esta encuesta el mayor número de sufragios en cuanto se refiere a su talento de escritor joven y a la seguridad de su porvenir literario. Y ese amigo, con una sonrisita agresiva de intolerancia y de malicia, me ha respondido que posiblemente Max Rohde es un hombre de dinero y cultiva en su mansión señorial la tertulia hospitalaria. Yo, naturalmente, como no conozco a Rohde no he po-

dido discutirle. Pero me agradecería leer algunas cosas tuyas. Algo más de lo aparecido en NOSOTROS.

En resumen, puedo responder a esta pregunta que creo en el porvenir de todos los que tienen talento.

Y termino. He contestado el cuestionario de Nosotros con la más absoluta franqueza. Si algo desagradable he dicho, culpa es de los directores de esta revista que me han interrogado sabiendo que soy un hombre insignificante que quiere vivir en paz con todo el mundo. Cualquier desafío que reciba, pues, lo enviaré a los amigos Bianchi y Noé para que se entiendan con el agraviado.

Concordia, julio 1923.

De Bernardo Escliar

1.º He de repetir lo que ya dije en otra parte. Tengo los años suficientes como para empezar a negarlos.

2.º Ante todo y dado el estado de cosas, no creo que los escritores puedan hablar de orientaciones estéticas. Nuestra literatura vive particularmente en publicaciones periódicas que responden al cálculo personal del editor. Es él quien impone normas de conducta; y es él pues y no los que escriben en sus publicaciones, quien podría hablar de ellos.

3.º Nada tengo que decir a lo 3.º, después de lo dicho en lo 2.º

4.º Respeto a muchos. Como maestro a ninguno. Respeto me merece particularmente don Ricardo Rojas por su seriedad intelectual.

5.º No me gusta la poesía. No he seguido su suerte; y no puedo, pues, hablar de sus sostenedores.

6.º Gerchunoff, Lynch, Chiappori, Olivera Lavié, Ingenieros; me gustan como prosistas.

7.º ¿Jóvenes con talento? Hay muchos, indiscutiblemente. Mencionaré, empero, solamente a uno, por lo distanciado que está de todo corrillo literario. Me refiero a Leónidas Barletta. Es el cuentista de mañana.

De Lorenzo Stanchina

1.° *Como es usted joven, presumimos que nos podrá contestar a lo siguiente con absoluta franqueza: ¿cuántos años tiene usted?*

—23.

2.° *¿Hay entre usted y los escritores de su edad una común orientación estética? ¿Cuál es?*

—Es vaga y compleja, por cuanto nadie ha hecho aún obra como para que pueda perfilarse netamente una orientación estética.

3.° *¿Algunos otros jóvenes escritores de su época están diversamente orientados? ¿Quiénes son y cuál es su orientación?*

—Por las razones anteriores creo dejarla contestada.

4.° *De los escritores mayores de treinta años, ¿cuáles son los que merecen su respeto? ¿En alguno reconocería usted a un maestro?*

—Sobre todo uno: Manuel Gálvez. Es el escritor más recio, más completo, más consciente y más honrado. Junto con la admiración le debemos respeto, porque gracias a él la literatura argentina empieza a ser "literatura". *La Maestra Normal* y *El Solar de la Raza*, son dos libros que honrarían cualquier literatura. Después, Héctor Olivera Lavié, Benito Lynch y Héctor Pedro Blomberg. ¿Maestro? A Gálvez.

5.° *¿Cuáles son los tres o cuatro poetas nuestros, mayores de treinta años, que usted respeta más?*

—Alfonsina Storni (hasta aquí debemos ser galantes), Fernández Moreno, Héctor Pedro Blomberg y por qué no, el Gálvez de *Sendero de Humildad*.

6.° *¿Cuáles son los prosistas?*

—Todos, aunque más bien ninguno.

7.° *¿Cuáles son los más talentosos jóvenes de su generación y cuyo porvenir cree usted más seguro?*

—Muchos, muchos, pero más que todos: E. M. Amorim, Nicolás Coronado, E. Méndez Calzada, E. Castelnuovo, Roberto Mariani, Luis L. Franco, Pedro Herreros, Nicolás Olivari y Leónidas Barletta.

De Nicolás Olivari

1.º: Tengo veintidós años.

2.º: Creo que sí. Hay varios amigos que comparten conmigo la admiración y el amor apasionado hacia la literatura rusa. Esto puede ser una orientación en cierto sentido, sobre todo en un concepto realista de la literatura como expresión social. Pero con todo esta pregunta de la encuesta es muy compleja. A más de la preferencia hacia el realismo hay otra orientación puramente estética, un culto formal, un cariño, un poco desmedido, por la suntuosa belleza estilística. Nuestro rico y armonioso castellano tiene la culpa.

Sin embargo esto es interesante, sobre todo en nuestro país, donde los pocos que no maltrataron el idioma, se vieron desplazados por el lugar común, por el oropel oratorio y por los campanudos giros del periodismo. Indica de antemano una pureza ideal en la vocación de estos escritores jóvenes, pues saben que sin halagar la cursi sentimentalidad del pueblo no se triunfa jamás.

3.º: Deben estarlo, pero sus obras no lo dicen todavía. Con sólo un libro o sin más caudal que dos o tres novelitas semanales no se puede barruntar la orientación estética de nadie. Hace falta más obra. Y de eso es de lo que se resienten nuestros escritores jóvenes. Aun estamos esperando una bella novela de Roberto Mariani, confiados en las prometedoras condiciones de sus primeros trabajos. Y así de muchos...

4.º: Como novelista creo que Manuel Gálvez es indiscutible. Hizo novela y aun más, novela verdaderamente argentina con talento y con pasión. *La Macstra Normal*, *El mal metafísico*, *Historia de arrabal* y *Luna de miel*, son admirables, inmortales.

Como humorista — no como crítico — mi ilustre tocayo Nicolás Coronado es un monumento. Cancela y Gache son altos relieves del mismo. Méndez Calzada, con su *Filosofía del hombre que silba*, está por llegar a la figura central.

Como cuentista Horacio Quiroga y como cuentero Gouchon Cané.

Eso de reconocer maestros es algo fuerte. Tardé diez años en recibirme de medio bachiller precisamente por odio a los maestros, y ahora, que tengo casa, comida y ropa, fuera triste inquietar mi alma tranquila con la sombra luctuosa de un dómine.

5.º: Fernández Moreno, Fernández Moreno, Fernández Moreno... , Alfonsina Storni, Mario Bravo, Fernán Félix de Amador y lo poco que conozco de Nicolás Coronado... y basta porque pasan ya de cuatro.

6.º: Lugones, Gerchunoff, Larreta, Ingenieros, Manuel Gálvez con su incomparable *Solar de la raza*.

7.º: De los que no conozco personalmente: Olivera Lavié, Danero, Amorim, Iglesias, Herreros, Mariani, Blomberg —que es un artista completo— Pablo della Costa.

De mis amigos, que tan a fondo los conozco: Elías Castelnuovo, Lorenzo Stanchina, Leónidas Barletta y... yo.

De Pablo Barrenechea

1.º—*Como es Vd. joven, presumimos que nos podrá contestar a lo siguiente con absoluta franqueza. ¿Cuántos años tiene Vd.?*

—23 años.

2.º—*¿Hay entre Vd. y los escritores de su edad una común orientación estética? ¿Cuál es?*

—Sin analizar la multiplicidad de tendencias que pueblan nuestro campo literario, he de sostener la creciente unidad que se nota en la orientación estética de algunos de nuestros nuevos escritores. Quizás podríamos anotar dicho fenómeno como un resultado de la evolución normal y lógica de sus gustos y tendencias bajo la influencia de la corriente europea, que marca, desde hace rato, en contra de las mareas extremistas de la literatura, una norma más prudencial y más de acuerdo con el temperamento del siglo. Me refiero a la tendencia que preconiza una depuración en el estilo, desnudándolo de su vestimenta retórica y reduciéndolo a sus elementos naturales que sirvan como simples

instrumentos del pensamiento para armonizarlo mejor con la expresión.

Acércame a ese criterio su eficiencia estética. Pero se me preguntará qué entiendo yo por eficiencia estética? que sería lo mismo que si se me preguntara qué entiendo yo por belleza, con lo que nos introduciríamos en el terreno de la subjetividad, y allí no manda generalmente la razón.

En este sentido notamos también una mayor orientación del público lector por las obras que saben hacer surgir en su espíritu la verdadera emoción, y ello, lógicamente, es el resultado de cierta adaptabilidad de los literatos a los gustos populares que, sin adherirnos por entero al criterio de Taine, que cree que la obra de arte está determinada siempre por la costumbre, opinamos, influyen poderosamente en la labor artística del hombre.

Concretando habremos de definir esa tendencia, como de sencillismo literario, profundo y subjetivo, que abomina del culteranismo exagerado y de las banalidades retóricas; alejándose tanto del clasicismo académico, lleno de prejuicios; del romanticismo febril y amanerado de simbolistas y decadentistas, como del intelectualismo vanidoso del novecentismo. Podríamos decir que la caracteriza por su corte más bien realista una repugnancia formal por todo lo artificioso y extrahumano.

José Gabriel, al hablarnos hace algunos años de lo que él definía con el nombre un poco pedantesco e impropio de *La Novísima*, dió la pauta, con claridad, de esa orientación estética y creo que es uno de los pocos que se han atrevido a sostener con tanto valor y acierto, ante el confusionismo sembrado a principios de este siglo, conceptos tan valiosos y tan terminantes.

Otros de tanto talento, como Jorge Max Rohde, han preferido teorizar sobre la belleza, que es como teorizar sobre el amor, buscando la piedra filosofal de la estética en el terreno que Xenius escarba hace varios años inútilmente.

Baroja y Azorín en España son los que más han influido a encauzar esta corriente en nuestro país, que tiene como únicas reglas las que marcan la espontaneidad y la sinceridad, que deben ser también las verdaderas estrellas que guían al escritor moderno en su producción artística.

Héctor Olivera Lavié y Enrique Méndez Calzada en prosa y Fernández Moreno y Pedro Herreros en poesía representan, a mi juicio, esa tendencia en forma más completa, tomando en estos últimos un matiz pintoresco al explotar motivos despreciados por la generalidad de los poetas y al reducir la técnica del verso a una absoluta simpleza retórica; un horror manifiesto por el ripio y la cargazón inútil de palabras con que saturan sus producciones los esclavos de la rima y el ritmo del verso clásico. Versificar como se habla, huir de las construcciones forzadas, rendir culto a la espontaneidad, pero siempre desarrollando una gran sutileza espiritual que induzca al juicio sintético, breve y jugoso.

3.º—*Algunos otros jóvenes de su época, están diversamente orientados? ¿Quiénes son y cuál es esa orientación?*

—Diversamente orientados hay muchos. Pero nos resultaría casi imposible querer clasificar esas orientaciones, pues son tantas como la personalidad que despunta en cada uno de los jóvenes escritores. Sin embargo podemos afirmar que dos corrientes bien marcadas se destacan. Una: la de los jóvenes novecentistas, con Rohde y Ripa Alberdi a la cabeza. El primero amante de la “límpida gracia de la musa antigua derramada sobre el espíritu moderno”; el segundo bañado en una excelsitud literaria tan lamentable como la de Rodó, ambos afarragados de erudición y aticismo, y quizás entusiastas propagandistas de la nueva fórmula D’Orsiana: “estético y más que estético” que seguida de las glosas del escritor catalán completan el catecismo clasicista idealista de la nueva escuela.

Por otro lado aparecen los jóvenes del “ultra”, del más allá, y diré: en eso del más allá, en ese prurito metafísico de su definición estética les noto cierta semejanza con los anteriores. Pero aquí por el contrario el más allá ha sido revelado y según el concepto que de él nos da muy inteligentemente Jorge Luis Borges: “reducción de la lírica a su elemento principal, la metáfora”, “tachadura de frases medianeras”, “síntesis de imágenes”, etc., da un paso simpático, en cuanto rompe las vallas de los lugares comunes de la poesía, a pesar de que creo por otra parte que cuantas más cortapisas pongamos en nuestro camino, más nos

alejamos de la realidad, y alejarnos de la realidad es alejarnos de la emoción, de la verdadera belleza.

Tengamos por último un recuerdo para los poetas que aun creen en el simbolismo, en el decadentismo y en todas las formas "*fin de siècle*", a aquellos que nos hacen decir lo mismo que del genial Rubén. ¡Lugones! ¡Cuánto mal has hecho a los poetas!

4.º—*De los escritores mayores de treinta años, ¿cuáles son los que merecen su respeto? ¿En algunos reconocería Vd. un maestro?*

—Mi respeto lo merecen todos aquellos que han aportado algo a nuestra cultura y nombrarlos sería tarea larga y cansadora.

Maestros reconocería en Rojas e Ingenieros por la contextura orgánica y lógica de su labor intelectual.

5.º—*¿Cuáles son los tres o cuatro poetas maestros, mayores de 30 años, que Vd. respeta más?*

—Banchs, Fernández Moreno, Capdevila y Herreros.

6.º—*¿Cuáles los prosistas?*

—Rodríguez Larreta en su única obra *La gloria de Don Ramiro*, Leopoldo Lugones (1), también a Gerchunoff y a Groussac.

7.º—*¿Cuáles son los jóvenes más talentosos de su generación y cuyo porvenir cree Vd. más seguro?*

—Conrado Nalé Roxlo, Julio Irazusta, R. Pineda Yáñez, C. Eggers Lecour, Alfredo Genser y Enrique Amorim.

La lista podría ser muy larga, pero me he referido únicamente a los que a mi juicio han dado ya muestras suficientes como para sentar tal afirmación.

Entendiendo que forman también parte de mi generación, podría nombrar también a José Gabriel, Enrique Méndez Calzada, Aníbal N. Ponce, J. M. Monner Sans, Alfredo R. Bufano, A. Korn Villafañe, Luis L. Franco, Tomás Casares, F. Sanguinetti y otros muchos que escapan a mi memoria.

(1) Antes de las conferencias del Coliseo.

De Alfredo Orgaz

1): 22 años.

2): Un poco aventurado me parece contestar a esta pregunta en términos categóricos. Mi juventud y mi escasa labor poética hacen posible una posterior orientación, distinta a la que puede advertirse en mi obra de iniciado.

Con esta advertencia que juzgo necesaria, respondo a la pregunta que se formula diciendo que no creo tener una común orientación con los escritores de mi generación. Entre éstos, en general — siempre debe pensarse en las necesarias excepciones — parece dominar una tendencia de crudo materialismo. Los grandes acontecimientos que se han producido en nuestro siglo, como la hecatombe europea y la revolución rusa, han puesto de moda una especie de religión que tiene — como todas — sus adoradores obsecuentes y su terminología. Son los tiempos de las actitudes heroicas y de las palabras trascendentales. En lo económico, se es avanzado, extremista, porque sí, “porque es necesario vivir la hora presente”, “porque los nuevos tiempos así lo exigen” y por otras mil razones semejantes con que parece complacerse un declamatorio espíritu de demagogía. En lo filosófico, se es incrédulo, materialista puro, por “snobismo”, por ese hueco cientificismo que conduce a repetir la insensata afirmación: “Sólo creo en lo que veo, en lo que toco... Lo demás no existe”.

Y todo esto tiene en el Arte, su proyección y su reflejo: en escultura, en pintura, en poesía, aparece ya una tendencia en armonía con este estado de espíritu: el futurismo, como se le ha llamado, arte de vanidad y de exotismo, nacido al influjo de una insaciable sed de Éxito y cuyo método es la audacia. Sólo la originalidad conduce al Éxito y la audacia es la raíz de la originalidad: hé ahí la nueva profesión de fé.

Mi espíritu, en cambio, está orientado en una corriente de franco espiritualismo. Creo en la eterna gracia del espíritu y en lo subalterno de la materia; creo en el valor de la simpatía y de la solidaridad entre los hombres todos; miro más a mi deber que a mi derecho y creo que el mundo será mejor el día que

estén, más que los derechos, bien reglados y conocidos los deberes; creo en la armonía total y profunda de lo creado y gusto el deleite sumo de quedarme con los brazos cruzados ante las noches serenas, en la actitud religiosa del que todo lo admira y lo comprende; creo, finalmente, como Kant, que nada existe tan admirable para el alma como el cielo estrellado por encima de nosotros y la ley moral dentro.

Esta no es una actitud ociosamente contemplativa y estéril. En el sereno recogimiento el alma aprende a valorar todas las cosas y toma de ellas lo que es esencial y perdurable, desdeñando lo accidental y transitorio. Como los mares profundos, el fondo de las almas está lleno de tesoros fabulosos. Quien aprendió a buscarlos tiene, en el momento de la acción, los ojos sin nubes y la voluntad sin trabas.

Esta es mi orientación estética y trato de reflejarla en mis versos. No hago cuestión de nombres, ni me interesan: romanticismo, como se quiera, pero activo, serio, de afirmación.

3): Con lo dicho anteriormente, queda contestada esta pregunta. Los jóvenes escritores de mi generación están diversamente orientados y en general dentro de esta corriente de materialismo, en mayor o menor grado. Dije, sin embargo, y repito, que debe pensarse en las naturales excepciones. No quiero citar nombres por temor a posibles omisiones. No obstante y a simple título de ejemplo, por la respuesta que leo en el número de Junio de NOSOTROS, el señor Julio V. González parece tener algún punto de contacto conmigo.

4): De los escritores mayores de treinta años merecen mi respeto: Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, Arturo Capdevila, Joaquín V. González, José Ingenieros, Estanislao S. Zeballos, Pablo Groussac, Enrique Larreta y algún otro, quizás. En ninguno de ellos veo un maestro —tal como yo lo concibo— unos por su poca edad, lo que no les ha permitido todavía dar todo lo que pueden; otros, por lo parcial de su obra; otros, en fin, por falta de sinceridad o de carácter.

5): Arturo Capdevila, en primer término, cuya vasta producción literaria puede señalarse, a mi juicio, como uno de los raros ejemplos de homogeneidad en el conjunto; Leopoldo Lu-

gonas en el *Libro de los Paisajes*, donde revela plenamente su gran potencia de colorido y de sobriedad en la forma (condición esta última tan de la esencia de la verdadera poesía); finalmente, Enrique Banchs, en quien es de lamentar su al parecer definitiva resolución de colgar los hábitos.

Hace dos años hubiera agregado el nombre de Fernández Moreno. Ahora me lo impide la publicación de sus dos últimos libros, donde el autor sólo consigue cabalmente lo que parece constituir su imperiosa preocupación: la originalidad. De poesía, sólo se descubre su ausencia.

6): En general, los mismos nombres que dí en la respuesta correspondiente a la cuarta pregunta: Rojas, Capdevila, Lugones, Gronssac, etc.

7): No puedo responder a esta pregunta por el escaso conocimiento que tengo de los escritores de mi generación.

De Angel J. Battistessa

Ante todo, señores Directores, una pequeña aclaración: el que escribe estas líneas no se tiene por escritor; y, lo que es más, ni se preocupa desmedidamente por vestir apariencias de literato ni por llegar a serlo de verdad. Si responde a la muy interesante encuesta de NOSOTROS, hácelo movido por la circunstancia de que en dicha encuesta no se exigen otros requisitos que el de ser joven y el de contestarla "con absoluta franqueza". Joven soy, pues ando por la linde de los veinte años, y, en punto a franqueza —creo que el decirlo no me criará fama de inmodesto—, me siento con fuerzas para tomarle la delantera al más pintado.

Como nunca pierdo coyuntura en qué mostrarme sincero, claro está que no dejaré pasar una tan hermosa como la presente, aun a riesgo de hurtarle a ustedes, señores Directores, un espacio precioso, y de fatigar con mi cháchara inconsútil, la atención de los que por casualidad esto leyeren. Pero, de producirse lo último, reconozcan que buena parte de la culpa sólo a ustedes es atañedora. ¿A quién que no sea Quijote se le ocurre propiciar estas encuestas? —Pero ya entiendo. El entusiasmo con que realizan el encomiable propósito de pulsar entre nosotros el actual mo-

mento literario ha hecho que los señores Directores olviden que, con la referida encuesta, dan al mismo tiempo a muchos de los chicuelos que hoy componen la grey imberbe y melenuda, magnífico pretexto para pontificar desde las páginas de una revista tradicional y representativa cual es *Nosotros*. En verdad, son ustedes harto benévolos. Ante la perspectiva de verse retratado en letras de molde, ¿qué mortal dejará de enderezarles cuatro disparates de bulto? Cometido el pecado es justo, muy justo, que carguen ustedes con las consecuencias. Aquí les mando mi respuesta...

Les será fácil notar que no está libre de los errores ni exenta de las buenas partes que exhiben las que tienen ustedes publicadas en su revista. Sospecho, sin embargo, que la mía es más interesante, porque, a su vez, es más sincera que las aludidas. Pero antes de dar respuesta a las preguntas, y como los incrédulos abundan, entiendo conveniente puntualizar las diversas causas que determinan mi amplia sinceridad. Son las que siguen.

Aunque por ahí tengo publicadas algunas cositas, siempre las he considerado obra de poco momento: mero ejercicio de disciplina mental, entretenimiento de ocioso. Hasta ahora —y dada su extrema insignificancia no me extraña— nadie las ha tenido en cuenta ni para alabarlas ni para abominar de ellas. Por eso, si me muestro un tanto severo para con algunas de las personas que directa o indirectamente nombro a continuación, lo hago bajo los dictados de la más íntima y serena de las convicciones, y sin dejarme llevar en un punto del espíritu de represalia que en ocasiones como ésta suele mover a la gente que escribe. Por la misma razón, si digo bien de las otras, tampoco ha de ser para retribuir finezas recibidas de su parte o para saldar en estas líneas, añejas cuentas de amabilidad y cortesía. Sólo conozco a esas personas, ya por sus libros, ya por éstos y por la labor universitaria a la que muchas de ellas se consagran. Diré además que mis mejores amigos no son periodistas y que, si el ambiente de las redacciones se me antoja interesante, hasta ahora sólo he gustado participar de él como simple espectador. Bien sé que en esas redacciones se pueden encontrar espíritus finos, talentos de verdad, y aun, de tarde en tarde, hermosos caracteres; pero también sé que esto es lo raro y lo excepcional, y que lo corriente, una

vez en ellas, es tener que debatirse en esa atmósfera ambigua en la que los *arrivistas*, empleando la adulación rastrera o recurriendo de preferencia a todas las especies del chisme —de la alacranería, como decimos nosotros—, consiguen hacer su otoño y su vendimia.

Fluye de lo dicho que, careciendo yo de la innata envidia profesional que en las gentes de letras es de rigor, y que viviendo alejado del medio en que esas gentes de letras trafican a tres al cuarto sus baratijas intelectuales, también carezco de razones para exaltar o para denigrar a mis prójimos más allá de aquella medida que la apreciación justiciera e imparcial determina en el ánimo de las personas de buena fé cada vez que se ponen a considerar las obras y las acciones ajenas.

Y expuestas estas circunstancias que en mi sentir muestran y hacen patente el porqué de mi sinceridad, y para que ustedes, señores Directores, no me tilden de largo y fastidioso, paso a responder la siete preguntas que por medio de la adjunta circular tuvieron a bien formularme.

1.^a—Queda contestada con lo dicho anteriormente.

2.^a y 3.^a—Como en el fondo estas dos preguntas se complementan, una sola respuesta bastará para resolverlas. Advertiré, de paso, que lo que sigue solo se refiere a una parte de nuestra gente joven; a los muchos inteligentes y más o menos bien dotados para escribir. Los genios y los grandes talentos no cuentan, por escapar a toda clasificación.

Y bien. En punto a orientación estética, creo que toda persona joven, dueña de nervios sanos, de buen gusto y de regular inteligencia, puede y debe escribir. Debe escribir honesta y recatadamente para ensanchar el dominio de sus ideas, para enriquecer su sensibilidad, para depurar su gusto, para alcanzar, en suma, ese grado de simpatía por las cosas del espíritu al que sólo llegan los realmente cultos. Para eso escribo yo, que el arte, como disciplina personal, es escuela para las sensaciones y gimnasio para la sensibilidad.

¡Cuántos talentos, cuántas vocaciones saldrían a la luz en la práctica de ese ejercicio!

Pero, naturalmente, en este pícaro mundo no todos están llamados a borrar cuartilla tras cuartilla. Repito que lo que

voy diciendo sólo es aplicable a gentes de buen gusto, de inteligencia y de sentido común; me refiero, pues, a los menos. Pienso, además, que hasta que uno se “encuentre”, que hasta que uno se sepa realmente escritor, el referido aprendizaje debe realizarse lejos de la muchedumbre y del tumulto, y más para superarnos a nosotros mismos que para dejar en mantillas al vecino. Es posible que en este buceo de nuestras cualidades profundas, se nos pasen varios años y que, al cabo de ellos, la obra maestra que según los sueños de muchos de nosotros había de traernos la inmortalidad, esté todavía por escribirse. Aun en tal caso mucho habremos adelantado, a pesar de todo. Al comprender que no nacimos para creadores de maravillas, admiraremos la sensatez que nos impidió publicar a destajo; porque las personas de sano juicio saben que si siempre es temprano para pasar a la posteridad, nunca lo es para librarse del cartelón del ridículo. Nos habremos ahorrado —y esto ya es mucho— la inútil tarea de componer apresuradamente libros y más libros destinados todos a desaparecer con igual premura.

Le temps n'épargne pas ce que l'on fait sans lui...

Y una vez llegados al meridiano de la existencia, no nos afligiremos de no ser —para el propio y para el ajeno bien— autores de mal concertados mamotretos; y no nos afligiremos porque la cultura adquirida en el discurso de los años, aliándose a la experiencia de la vida, tras de sernos fuente de placeres superiores, y por tanto, manadero de dicha, nos permitirá de tarde en tarde y dentro de lo ceñido de nuestra esfera, la disculpable vanidad de imprimir los modestos partos de nuestro entendimiento. No sólo las obras maestras deben considerarse; toda página, por humilde que sea, si hay en ella una pizca de buen sentido y otra de emoción, es publicable y muy digna de tenerse en cuenta, que a la postre, esto de escribir como hombre cuerdo no es privilegio de muchos. Y ya lo dijo Gracián: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno”.

Tal es, en grandes líneas, lo que quizás un poco pretenciosamente he llamado mi orientación estética. Orientación estética de persona sensata y no de escritor, se entiende. Ya tengo dicho

que eso de ser literato es cosa que, por el momento, está muy fuera de mi profesión.

Por lo que llevo observado puedo decir que la mayoría de nuestros muchachos piensa diversamente. Aunque es posible que ellos tengan conocimiento de que el arte es por encima de todas las cosas la herramienta necesaria e insustituible para magnificar la vida, lo reservan, por lo general, para empresas menos levantadas. ¡Si al menos pretendiesen alcanzar la gloria, esa sublime vanidad! Pero no. Sus múltiples deseos no sobrepasan el de obtener por cualquier medio pronta y manifiesta popularidad. A menudo la obtienen; pero es la suya semejante a la del político en tiempo de elecciones: ruidosa y pasajera...

Lógico es pues que también difiramos en la manera de entender el trabajo literario; y como sería prolijo analizar esas diferencias, me limitaré a enumerarlas limpias de comentario.

Para nuestros escritores (sic) jóvenes, consecuentes con el fin que persiguen, todo está en publicar aturrulladamente, vertiginosamente, con estruendo y repiques. Yo, en cambio, creo que el escribir es labor de paz y motivo de devoción.

Creo que la frase más sencilla debe ser revestida con el barniz de la forma que le da brillo y la defiende del tiempo. Ellos no creen en la forma.

Creo eficaz la lectura y el estudio de los grandes modelos. Ellos no leen los clásicos.

Creo en la cultura integral que hace a los hombres comprensivos, y por ende, tolerantes. Ellos niegan la tradición.

En lo que escribo acostumbro a poner únicamente mi experiencia cotidiana —flaca y mellada por cierto—; ellos, por el contrario, antes de abandonar el colegio, ya se dan a construir sistemas, a resolver la maraña de los problemas humanos, a explicar la universal creación.

Pretenden sacarlo todo del propio caudal, y como éste no ha sido aumentado con el aporte del estudio y de la reflexión, es natural que, con tan pocos años y con tan poca cultura, estos buenos muchachos no lleguen a mayor resultado que el de descubrir la pólvora a diario. Y así se explica que en Buenos Aires, donde todos los días los libreros muestran al público multitud

de nuevos libros, sólo rarísimas veces pueden ofrecerle un libro nuevo.

En resolución, mi orientación estética se reduce: a interpretar la vida; a alcanzar el máximo de sensatez en las ideas; a escribir para ser entendido. Pero, ¿llegaré a escribir como la vida, el buen sentido y el idioma mandan? Puede ser que sí, puede ser que no. Por ahora me limito a sondear mis probabilidades. Asesorado por una severa auto-crítica, al intentarlo nada pierdo, y los que como yo lo intentan, nada pierden tampoco. Lo lastimoso está en el hecho de que casi todos nuestros muchachos, apenas publicado su primer engendro, se tienen por escritores principales, lo miran a uno apergaminando la frente y echando el sobrecejo, y creen que todo les está permitido. ¡Lástima, lástima, porque algunos de ellos, aunque mal encaminados, tienen positivo talento!

4.^a—Mr. Paul Groussac, el Sr. Ricardo Rojas, el Sr. Leopoldo Lugones, el Sr. Enrique Larreta.

Si bien considero a los nombrados como buenos y concienzudos maestros del arte de escribir, a ninguno tomaría por modelo. No porque no tenga muchas y muchas cosas que aprender de ellos, sino porque mi filiación sentimental, mi sensibilidad, quiero decir, difiere en mucho de la de esos escritores.

A esto agregaré que, de conocer mejor nuestra literatura, quizás habría aumentado mi lista con otros nombres; pero confieso sin empacho que, a pesar de ser lector asiduo y tesonero como pocos, no estoy muy allá en esto de libros y autores nacionales. Las letras de pueblos más inteligentes que el nuestro se llevan con justicia mi tiempo y mis preferencias.

5.^a—Como personas, el que más, el que menos, todos me merecen respeto; como escritores, sólo los Sres. Lugones, Capdevila y Banchs, consiguen interesarme a ratos; como poetas, ninguno me entusiasma.

6.^a—Los que ya tengo citados en la cuarta respuesta. Añadiré los nombres de los Sres. Horacio Quiroga, Benito Lynch, Alberto Gerchunoff, Roberto Gache y Arturo Cancela.

7.^a—No sé si en mi generación los jóvenes de talento abundan; sólo sé que los hay. Por lo pronto declaro que la respuesta

de esta pregunta es la que me pone en mayores aprietos. Y se explica: los más de nuestros escritores en ciernes, por tratarse de gente joven, no han dado todavía una obra orgánica; y no teniendo esa obra, y desconociendo en cierto modo la producción suelta de cada uno de ellos, ¿en qué elementos de juicio asentaré estas que ingenuamente quiero llamar predicciones?

Es así que, cometiendo quizás flagrante pero involuntaria injusticia, sólo a muy contados muchachos puedo mencionar con entera conciencia.

En primer lugar recordaré al Sr. Carlos Grünberg, y lo hago por tener conocimiento poco menos que minucioso de todo lo que a sus talentos y aptitudes se refiere. Por su contenido emocional e ideológico, por la búsqueda continua de la precisión y el ajuste del detalle, cada una de las páginas que lleva publicadas le muestran dueño de variadísimas posibilidades y de una orientación estética bien definida.

Fué Renán quien dijo, a poco más o menos, que el romanticismo —esto es, el desorden, la confusión y el descuido— de la forma es un grave error hasta en los escritores de temperamento romántico; y que si hay dos maneras de sentir y de pensar, sólo hay una forma para expresar, como Dios manda, lo que se piensa y lo que se siente.

Por lo que de su obra tengo leído me arriesgo a creer que el Sr. Grünberg profesa a este respecto ideas muy similares. Eso hace de él una figura aislada entre las gentes de la nueva generación; lo coloca en franca y decidida oposición con los perezosos que ennoblecen de no seguir derrotero estético alguno, con los que se desentienden del castellano, con los que prefieren el galimatías a la claridad; y con los que teniendo alguna orientación la fundamentan en peregrinas metafísicas formales: los ultraístas, por ejemplo.

Páginas interesantes espero del Sr. Homero Guglielmini, y las espero, también, del Sr. Roberto Smith—de quien conozco únicamente ocho poemas en prosa aparecidos en el número 167 de esta revista.

Es indudable que muchos jóvenes de talento quedan sin ser nombrados; pero no puedo mentar nombres sin conocer obras. En cambio, podría citar los nombres de muchos que, aunque fla-

cos de meollo y de entendederas tienen, no obstante, el porvenir asegurado. Pero, ¿para qué? De esto nadie se asombra. En todo tiempo, en todo lugar, y entre nosotros principalmente, las influencias personales, las críticas descuidadas y las reclames mutuas han operado milagros.

¿Es usted joven? —Pues entonces, escriba usted. Escriba a la Dios nos valga, publique apremiadamente, viva vida de gitano, intrigue, calumnie a su prójimo, pierda la decencia y ya tiene usted un nombre en las letras argentinas. —Eso sí, sólo por breve plazo. Por rebañega que sea la masa del público lector, presto cae en la cuenta de que se ha abusado de su confianza, y al punto venga el yerro permaneciendo indiferente a los redoblados requerimientos de esos autores. Y esto es justo.

Sé que en arte no es permitido hablar de moral, pero creo que el artista debe tener una, y creo que un artista es moral o inmoral en la medida en que respeta a su arte. Sé también que las más de las veces no es el talento lo que le falta a nuestra gente joven y sí esa conciencia artística que nace únicamente de una orientación estética que tenga como punto de partida el desprecio del *arrivismo*.

Los jóvenes inteligentes pero sin condiciones de talento excepcionales están en el deber de procurarse esa orientación estética. Para ello les será necesario menos prisa en el escribir y más diligencia en el pensar y en el aprender; un respeto mayor por los que nos precedieron y un estudio continuo de las obras que nos legaron. Les será menester preferir la calidad a la cantidad, porque está dicho que más obran quintas esencias que fárragos; en cada uno de los días de su vida tendrán que aunar, en armonioso y dilatado maridaje, la modestia apaciguadora del que se sabe imperfecto con el entusiasmo torturado y febril del que busca superarse; tendrán que equilibrar en cada una de sus páginas, los elementos de inteligencia: fondo, con los elementos de expresión: forma; tendrán, en resolución, que ser sinceros por encima de todas las contingencias del oficio, sin olvidar por un momento que la realización de una obra literaria, cualquiera que sea su índole, no es más que un pretexto para hermohear la vida. ¡La Vida, he aquí la *Gran Obra!* Y entre las *vidas* hermosas ¿hay alguna que lo sea más que la consagra-

BIBLIOGRAFIA

LETRAS ESPAÑOLAS

La Umbría, poema dramático en tres jornadas, por *Alonso Quesada*. — Madrid, 1922.

I.—Muerto Tomás Morales, aquel gran poeta, aquella grande alma, queda en Canarias Alonso Quesada como el más alto y genuino representante de la joven intelectualidad isleña.

El archipiélago afortunado tiene, a nuestro modo de ver, una conformación espiritual más hispano-americana que puramente española. Sembrado en medio de todos los caminos del Atlántico, lo han azotado los vientos de la borrasca cosmopolita, que sacude con mayor fuerza en mar abierta, que allá sobre las altas planicies castellanas, los valles andaluces o las vegas extremeñas. Y así, sin haber perdido su carácter totalmente, — todo canario, podemos decirlo parodiando a Taine, es una isla, — los átricos ángulos de su soledad han sido limados por el embate de las aguas y de los vientos, su atmósfera espiritual se ha ozonizado con la fresca brisa del largo. A menor angulosidad mayor sentido artístico, a más pura luz y dilatados horizontes, visión más clara, comprensión más amplia. Junto a ello, la vida sana y sobria; el paisaje armónico, por un lado gracioso y luminoso, recordando los de la Hélade y por otro austero y grave tal el de un Walhalla solemne; el mar divino, el clima suave, reuniéndose en conjunto único, han hecho de aquellos rincones, a la par que el "*Soñado Convento*" buscado por Nervo y que Rubén también hallara en otra isla hermana, un punto intermedio, una escala espiritual entre Europa y América, mejor entre España y América, más cerca de ésta que de aquélla. Aquí, el embate cosmopolita también ha limado y purificado al igual de en aquellas regiones, guardando con el fondo primitivo, indígena, representado en el canario por el espíritu isleño, la misma proporción que con éste. Sobre las pampas, pequeños océanos, también soplan fáciles los vientos y la riqueza de la tierra, haciendo dulce el paisaje, también torna el espíritu más reposado y comprensivo, es decir más abierto, sin despojarlo por eso del fiero fondo característico, que sabe dar tan bellas muestras y expandirse en tan categóricos gestos.

El parentesco, la conformación espiritual semejante de los escritores canarios con los hispano-americanos, dentro de la relatividad de las cosas, es flagrante. Su tendencia a la universalidad, su tolerancia — ¿se encuentra esta virtud en muchos escritores españoles? — su curiosidad siempre alerta, su amable bonhomía, su piedad humana, su sentido de la música y de la belleza, son comunes.

No es nuestro intento dar un curso de literatura comparada; podríamos hacerlo sin esforzarnos mucho, con citar unos cuantos nombres; pero a nosotros nos empalaga la suficiencia y preferimos decir las cosas en

pasant, dejando al *herr professor* la tarea de husmear archivos y enfilarse citas.

II.—Al escribir *La Umbria* ha hecho Quesada un poema dramático en el que se patentizan las condiciones características — en él admirablemente representadas — del escritor canario. El tema isleño, real y palpitable ha penetrado en su sensibilidad; pero al querer fijarlo, su inteligencia no ha sabido mantener el equilibrio necesario, indispensable, digamos, entre la observación directa y la reminiscencia e influencias de maestros dilectos, dejando libre a estas todo el campo. El poeta ha primado, buscando la belleza en la que se abrió a sus ojos a través de lecturas, idealizando demasiado en aras siempre de la volandera imaginación. En *La Umbria* está el espíritu isleño por el tema; y por la realización el cosmopolitismo o síanse las influencias ajenas a la realidad circundante.

El lenguaje es afectado y duro, sin la sencillez ni la parquedad sentenciosa campesinas. Las escenas pueden ser reales, pero el poeta no ha sabido seprenderlas en el momento propicio que les dé hilazón mutua y calor de humanidad, amén de hablarlas con exceso de literatura. Andan allí rondando Maeterlinck, D'Annunzio; Valle Inclán también a través de ellos.

Si se pudiera contemplar a *La Umbria* abstractamente, aisladamente en realización literaria, sin pasado ni porvenir, no tendríamos sino un elogio para el poeta que es Alonso Quesada. Colocándola como es indispensable en el sitio en que nació, relacionándola con la época de su aparición y el significado de su autor en la joven literatura de lengua española, los reparos se nos vienen a la pluma.

Sólo las obras maestras del genio pueden ser eternos acumuladores de belleza ya en el aislamiento absoluto como en el tráfago de las civilizaciones más abigarradas; cuando no llegan a esa superior síntesis esencial, el derivativo de la fijación es el corolario; la escena, el modio, pueden dar, y dan, una significación, un valor, una belleza más o menos intensos, que con ello entra en juego la relatividad.

Alonso Quesada, teniendo en sus manos un tema tan humano y tan regional a un tiempo mismo, si se hubiera olvidado de sus lecturas, abriendo su magnífica sensibilidad de poeta a la realidad circundante y aplicando su inteligencia de escritor moderno a sorprender las síntesis en que concretar sus sensaciones de belleza, habría *creado realmente* un hondo poema, un hermoso poema pleno del vivir canario.

Su error, el de todos los jóvenes, ha sido el de no sustraerse con valor a la molicie de las sendas que otros abrieron y embellecieron. En el arte hay que entrar como los leñadores en el bosque: fiero el gesto, fuerte el brazo y el mirar en alto para guiarse por la ruta de los astros. — E. S. C.

República Literaria, por Saavedra Fajardo. Prólogo y notas de Vicente García de Diego. — Ediciones de Clásicos Castellanos de "La Lectura". Madrid, 1923.

EN *De Granada a Castelar*, y comenzando el capítulo III, consagrado a Saavedra Fajardo, Azorín decía que la mejor manera de honrar la memoria de un escritor era difundir sus obras "publicando ediciones de sus obras, ediciones sencillas, elegantes, económicas". Y más adelante se preguntaba, después de señalar el modelo para ediciones de esta clase: "¿ Editarán en esta forma los "Amigos de Saavedra Fajardo" la *República Literaria* ?"

No sabemos si la sociedad "Amigos de Saavedra Fajardo" ha cumplido su primera intención, que era editar la *República Literaria*, y con ello

los deseos de Azorín, pero el voto de éste se ha realizado con la edición de *La Lectura*, y en la forma que Azorín pedía para honrar la memoria de los escritores ilustres.

Los comentarios hondos, como suyos, y de mucha envidia, que hace Azorín de *La República* en el mentado libro, sirvenle asimismo para prolongar la eterna polémica con su *bête noir*: no necesitamos nombrar a don Marcelino Menéndez Pelayo. Ese prurito polemista, sin embargo, acuciando la perspicacia de Azorín le lleva a desentrañar y definir a la perfección la esencia de *La República*. "¿Qué es la *República Literaria?*", se dice. "Un metro para medir la cultura de un hombre distinguido en el siglo XVII".

Saavedra Fajardo fué un hombre que viajó mucho, que vivió fuera de España 30 años, absorbiendo cultura. Aunque la concepción de su libro es de la mocedad, como lo guardara siempre inédito — fué póstumo — pudo corregirlo a través de los años, así parece que hizo, a medida que evolucionaban o se afirmaban sus ideas. En resumen, pues, allí se sintetizan y condensan.

El comentarista de esta edición, señor García de Diego, dicela "sátira de las ciencias". Quien como Saavedra las poesía, bien pudo darse el gusto de satirizarlas. La suprema sabiduría es el escepticismo. Un patán jamás podrá gustar este amargo vino.

Hay efectivamente en *La República*, ese viaje que emprende Saavedra Fajardo en compañía de Marco Varrón, un profundo espíritu satírico, pero más que contra la ciencia en sí misma contra quienes la administran. Así dice en los comienzos del discurso de Demócrito: "Yo no puedo contener la risa quando veo la vanidad i vanagloria de algunos de los celebrados por doctos en esta república, i los quales, como presuntuosos pabones, pagados de sus estudios, se pasean por esas calles mui preciados de sabios i entendidos en las materias externas, sin saber nada de sí mismos, más incultos sus ánimos que las selvas, i más bárbaros i intratables que las fieras. De estos tales burlo i me río, i solamente estimo a aquel que, aunque ignorante de las ciencias, sabe dominar sus afectos y pasiones, conociendo que ninguna cosa le puede hazer falta, que todos le sobran; cuya felicidad, si no compite, se parece mucho a la de Dios".

Larga pieza es el discurso, pero tan jugoso y actual, que si el espacio no nos lo vedara, habríamos de copiarlo íntegro. Termina casi con las siguientes palabras: "Esta es la perfección de las ciencias, consideradas en el estado que las poseen muchos destos ciudadanos".

Es pues la sátira para los poseedores, y aunque en *La República* desfilen las altas cumbres de la historia y aparentemente a ellas sea dirigido el discurso, no hemos de olvidar que para dar la estocada a fondo a los pedantes necesitaba dirigirla contra los sabios, que hacerlo contra aquellos hubiera sido elevarlos de rango inmerecidamente.

En la edición de *La Lectura* se dedican siete capítulos a estudiar la personalidad de Saavedra Fajardo y su obra; el resto del volumen, dos terceras partes más o menos, contiene escrupulosamente impresa y anotada la interesantísima obra póstuma del ilustre murciano, que recomendamos a quienes aman las cosas del espíritu. — E. S. C.

Fisonomías Sociales. — Arte y Crítica. Volúmenes I y II de las obras inéditas de B. Pérez Galdós. — Editorial Renacimiento, Madrid, 1923.

ALBERTO GIRALDO ha comenzado la tarea de ordenar y recopilar toda la enorme tarca dispersa en diarios y revistas que dejara el incom-

parable Galdós. No son estas, pues, propiamente hablando, obras inéditas; pero extraídas del olvido en que caen los trabajos periodísticos y vueltas a publicar en libro, pueden, sí, considerarse casi inéditas, sobre todo para el público español.

Galdós fué corresponsal de *La Prensa* durante diez años. La mayor parte del material que compondrá casi toda esta edición póstuma apareció entre los años 1883 y 1893 en nuestro gran diario, cuando el maestro en plena actividad y potencia daba al mundo la más rica y jugosa veta de su talento. Se trata de impresiones de ambiente, juicios críticos, comentarios políticos, recuerdos anecdóticos y algo de autobiografía, parte esta última basada en las publicaciones de *La Esfera*. Añadirase un volumen consagrado a la correspondencia del maestro, que será el más interesante.

Fisonomías Sociales se compone de tres partes, cada una de las cuales está formada por algunos capítulos representativos de temas en que lucieron muy altas las modalidades galdosianas; a saber: las ciudades, el ambiente, y los tipos. Retratando pueblos, disecando las pasiones de la muchedumbre y creando o definiendo personajes, no tuvo par en la literatura hispánica del 19. *Fisonomías Sociales*, encierra unos cuantos bocetos donde los que amaron el arte del maestro hallarán ciertamente nuevos motivos de deleite espiritual.

Arte y Crítica, segundo volumen de la serie, está consagrado a comentar las manifestaciones artísticas españolas a que asistió Galdós hace de veinte a treinta años. Menos interesante este volumen que el primero, lo es, sin embargo, en parte, por mostrarnos la opinión personalísima del maestro sobre hombres, obras y sucesos, algunos de ellos y de ellas representativos y substanciales en la historia de la madre patria.—E. S. C.

París, por *Vicente Blasco Ibáñez*. Valencia, 1923. 2ª edición.

EN el catálogo de las obras de Blasco Ibáñez, hace tiempo que figuraba ésta como agotada. La primera edición hecha en 1893 por la casa editorial de M. Senent, era efectivamente muy rara. Recordamos, sin embargo, haberla leído hace años, y aún creemos hacer memoria de que tenía por subtítulo "Impresiones de un emigrado".

París contiene las impresiones que despertó en Blasco, puesto frente a la vida parisién, la contemplación de ella y que iba comunicando día a día, mientras estaba desterrado en la capital francesa, a un diario valenciano.

Esta segunda edición difiere de la primera, en que se han suprimido algunos capítulos aparecidos en aquélla y otros se han modificado ligeramente, modernizándolos algo; pero en el fondo subsiste la composición orgánica de la obra, malgrado su gestación fragmentaria.

Es un Blasco Ibáñez con algunos años menos el que ha escrito este libro; y ya es el mismo observador fino y sagaz que sabe captar — cuando quiere — el aspecto interesante de los hombres y de las cosas y fijarlo en páginas vividas y fuertes. — E. S. C.

LETRAS FRANCESAS

Le diable au corps, roman, par *Raymond Radiguet*. — París, 1923.

OTRO niño prodigio que aparece en la literatura francesa. Víctor Hugo escribió *Bug-Jargal* a los doce años; Radiguet ha escrito *Le diable au corps* a los diez y siete, a estar a los diceres de editores y prensa. A

principios del pasado siglo los muchachos escribían novelas de aventuras. A principios del presente los muchachos también escriben novelas de aventuras... de amor.

A los diez y siete años, a menos de ser un Foblás o un Casanova, la experiencia amorosa no debe ser mucha, aun cuando se viva en el París de 1914 a 20. Radiguet, sin embargo, muestra en su libro, irregular y descuidado en la construcción y en el estilo, tan finas observaciones, tantos curiosos detalles sobre el amor, los cuales su edad no nos autoriza a creer obtenidos *sur nature*, que necesitamos confesar se trata de un formidable intuitivo en embrión.

A este título y no dejando de reconocer, por otra parte, su dexteridad, inusitada para una iniciación, debemos señalar *Le diable au corps*.— E. S. C.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

El hermano asno, novela, por *Eduardo Barrios*. — Biblioteca de Novelistas Americanos. Volumen X. — Buenos Aires, 1923.

ESTA triunfal novela del autor de *El niño que enloqueció de amor*, acaba de ser reeditada por la Biblioteca de Novelistas Americanos, que ya publicara, con *Un Perdido*, otra obra maestra del novelista chileno.

A raíz de aparecer en Chile *El hermano asno* nos ocupamos en nuestra sección *Letras Hispano-Americanas*, N.º 162 de esta Revista, con el espíritu de justicia que se merece la maestría de Barrios, de esta hermosa muestra de la perfección a que ha podido llegar, en manos ilustres, la novela en Hispano-América.

Hoy nos limitamos a señalar solamente la mencionada reedición, verdadero acierto, pues apenas si se ha visto hasta ahora, en nuestras librerías, libro tan personal, de tanto mérito y cuya fama ha corrido el continente y Europa, a pesar de no haber sido su circulación tan densa como merecía por la incansable miopía de nuestros comerciantes en libros. — E. S. C.

Lettre ouverte á M. James Fitzmaurice-Kelly, hispanisant, por *Ventura García Calderón*. — París, 1922.

LA revista *Hispania* publicó en Diciembre del pasado año esta carta, que ahora nos llega editada en folleto. Estimamos que García Calderón ha hecho bien en sustraer al olvido, inherente a todo trabajo de revista, las líneas con que recuerda al profesor de Oxford la tradición eminentemente popular, dentro de la literatura de lengua española, de lo que éste llama *a rapid Gallicized style*, calificando el del escritor peruano.

Y además de estimar que ha hecho bien, debemos significarle nuestro agradecimiento por la lanza que ha roto, en buen paladín, por una causa, que es la de toda la joven literatura de España e Hispano-América.

"Dans les anciens tournois vous le savez, c'était souvent un chevalier inconnu qui venait combattre pour l'honneur de la belle châtelaine." No es este el caso presente. Ventura García Calderón combate por el lustre y la preza de esa ilustre Castellana, que es nuestra alma, porque sin ella no sabríamos encontrárnosla, con todos los títulos que le dan su austera y sólida obra de publicista.

Elegantemente, con una soltura y una gracia bien *clasicista* y española, ha podido probar, sin caer en la pretenciosidad que sospecha:

"1.º Que ese lenguaje espontáneo, simplificado, todo hecho de frases

cortas, no es tan afrancesado como V. (a Fitz Maurice Kelly) parece creer y sería tal vez, a despecho de las apariencias, un modo de expresión muy español". Y

"2.º Que a pesar de dos siglos lamentables y una tendencia intermitente por los peores preciosismos, el Español, vuelve siempre a su particular clasicismo."

Para los que sonríen cuando hablamos de clasicismo refiriéndonos a escritores jóvenes y del momento, este folleto les sería de gran utilidad. Llamar clásico a Gómez de la Serna les parece a muchos una herejía. Allá ellos y su gloria celeste, si es que para los pobres de espíritu es el reino de los cielos.

García Calderón ha puesto las cosas en su lugar, restableciendo, amén de muchas verdades olvidadas, el valor de un vocablo, por largo tiempo perdido, gracias al particular empeño de los académicos y de los profesores. Su armónico gesto de joven, sin irreverencia pero firme, llegó a tiempo. — H. S. C.

LIBROS VARIOS

Historia Patria. por Justo Sierra. — Departamento Editorial de la Secretaría de Educación. — México, 1922.

EN nuestro país, donde los libros de texto se han convertido en el más gonzoso de los negocios, porque sirviéndose de ellos para hacer dinero no han reparado sus autores — y más que nada sus editores — sino en este fin comercial, olvidando el tan alto e imponderable de la formación del espíritu virgen que debieron alimentar, un librito como este, sencillo, claro, de apenas ciento cincuenta páginas y que sintetiza sin desmedro la compleja historia mexicana, apenas sería comprensible. Creeríase llegado el caso de pensar que una soberbia revolución habría dado vuelta a nuestro burocratismo educacional.

La Secretaría de Educación pública de México, en manos de un hombre como Vasconcelos, hace estos libros que *enseñan y forman*, aunque dejen pobres a sus autores, lo que no es del caso, pues como nada impide que se concilien ambos fines: el de la enseñanza y el del justo lucro, basta con un poco de buena voluntad para armonizarlos.

Historia Patria, además, revela por su presentación tipográfica, el adelanto a que han llegado en México las artes de imprimir.

No estaría de más que alguien tomara a su cargo, entre nosotros, la tarea — tan a propósito aquí donde ha dado en imitarse todo — de imitar la obra fecunda del renovador de la vida mexicana que es Vasconcelos.

Ello valdría mucho más que publicar las estadísticas del consumo de la leche en Australia, o de la fabricación de jabón en Honolulu... traducidas del inglés. — E. S. C.

La juventud frente a la cuestión social. — Encuesta organizada por la Rev. "Atenas", del C. de Estudiantes del C. N. de B. A., 1923.

ACABAN de aparecer, reunidas en un volumen lleno de errores tipográficos que desvirtúan los conceptos expresados, las respuestas de treinta y nueve personas a la encuesta formulada por el señor Antuñano, director de la revista *Atenas*, entre aquellos que por su significada actuación estaban en condiciones, a juicio del promotor de la encuesta, de precisar métodos y orientaciones a fin de que la juventud argentina pu-

diera asumir una actitud frente al actual momento social. Que hacer una encuesta para orientarse sobre un asunto cualquiera, es obtener una admirable desorientación, es flor que se cultiva en el jardín de Méndez Calzada.

De modo que lo que realmente comprueba este volumen son dos cosas. La ingenuidad espantosa del señor Antuñano, por lo que yo le felicito sinceramente y le envidio; la segunda no es por cierto una novedad. Cada individuo consultado ha contestado, exceptuando a varios que no tuvieron tiempo disponible, y cuya tarjeta amable de excusa se incluye en el libro — no se a qué fin — de acuerdo con sus ideas particulares, inspiradas necesariamente en sus particulares intereses, en sus particulares lecturas, en sus particulares predilecciones, en sus particulares etcéteras.

Esto no ha podido resultarles a los de la revista *Atenas*. ¡Natural! Ellos tienen sobre el mismo interrogatorio su particular opinión.

¿Qué puede interesarles a los jóvenes del Colegio N. de Buenos Aires lo que piensan unas cuantas personas, llenas de intereses creados, de opuestas ideologías, sobre la propia actitud de ellos ante la cuestión social? Nada absolutamente. Mejor es que se queden con su modo de pensar, que lo tenían sobre esto, antes de iniciar el interrogatorio.

El libro este no tiene ningún interés. Podría sí haber sido interesante la actitud de los jóvenes del Centro de Estudiantes, pero hasta ahora no se ha observado ningún signo que la exteriorice. Pero no hay que ser demasiados severos. No deja de causar gracia leer el chisporroteo compadre de Juan J. Frugoni al lado de los católicos conceptos de Monseñor Franceschi y pasar de las divagaciones sentimentaloides de Doña Rosa Bazán de Cámara a la estrechez mental del Dr. Korn Villafañe o a las abstrusas consideraciones psicológicas del señor Sergio Chasco, cuyo apellido, por suerte, pone en guardia. A todo esto algunos le llaman perder el tiempo lamentablemente. — R. S.

LAS REVISTAS

Sobre el teatro clásico español

DON Américo Castro, nuestro eminente huésped, ha publicado en "El Sol, de Madrid, el siguiente artículo:

I

"Azorín" — amigo y maestro — no comparte mis puntos de vista acerca del teatro español; en un extenso artículo de *La Prensa* de Buenos Aires presenta las razones de su discrepancia, como comentario a cierto estudio que no ha mucho publiqué sobre Tirso de Molina y el teatro del siglo XVII. Si tomo la pluma para responderle, no es por afán de polémica. "Azorín" revisa mis opiniones, alude a temas esenciales de la historia de España, y me brinda así la oportunidad de discurrir públicamente sobre lo que fué asunto de nuestras conversaciones más de una vez. Y, sin esa causa, siempre sería grato hablar de vieja literatura — sobre la que callan los papeles públicos — y dialogar con "Azorín" sobre cosas del espíritu. Bien está que en algún caso nos liberemos de la sensación de que con nuestros argumentos vamos a batir en brecha la cabeza berroqueña del adversario.

El teatro clásico en España — género frondoso, con miles de obras, deleite vivisimo para el mundo de lengua española durante dos siglos —, ese teatro nos dará aún mucho en qué pensar. Lo hemos sepultado de mala manera, prematuramente, y ahora nos invade la doble preocupación de haberlo hecho sin los convenientes honores, y quizá sin haber identificado su personalidad. De ahí nuestras dudas. Querriamos concederle honras póstumas y solemnísimas, y al mismo tiempo temblamos ante la idea de una posible mistificación. En ese tira y afloja han incurrido desde Hebbel hasta Menéndez Pelayo, y en general cuantos han pensado sobre el drama nacional con algún reposo. Pero cada vez me persuado más que su interés excede con mucho a su insuficiencia, y que su valor ascenderá a medida que se eleve la cultura hispánica y que se renueve y flexibilice el concepto de la obra dramática.

En realidad, debiera haber bastado la desatención reiterada, colectiva y casi general del público hacia esta forma literaria del pasado para que se le hubiese extendido cédula de ineficacia artística. Pero entre nosotros tales actitudes significan muy poco. Una consecuencia de la falta de vitalidad en estos últimos siglos ha sido la imposibilidad de recordar y de revivir. Cada vuelta a los viejos valores ha representado una batalla victoriosa, y los luchadores fueron a menudo gentes extrañas. Sin el romanticismo internacional, quién sabe lo que pensaríamos de la literatura de los siglos áureos, fuera de pensar que eran áureos. Aún sigue siendo

tarea algo extravagante consagrarse a tales estudios, de poco cultivo entre las clases más selectas de la nación, y maculados con la sospecha de que hay que cubrirse, para realizarlos, del polvo venerable de las bibliotecas, y conservarlo hasta que se adhieran al cerebro. La miseria de las Facultades de Letras como centros de formación literaria de la juventud y la cursilería hierática de la Academia Española, son el broche de similor con que se cierra ese estado de espíritu. Por dicha, frente y junto a todo eso, que está difunto, se alza buen golpe de gente nueva, sin polvo cerebral, que empieza a trazar las líneas de la ciudad futura.

¿Qué se ha pensado en España sobre nuestros dramaturgos? Calderón ha sido el único autor que haya logrado un poco de atmósfera, eco lejano de la adoración en que se le tuvo en el extranjero, sobre todo en Alemania. En 1858 Ricardo Wágner hallaba en algunos dramas suyos una fuente de maravillosa inspiración, mientras revisaba el primer acto de *Tristán*, según refiere en carta a Franz Liszt: "He podido sentir el alivio que representa conocer en la edad madura a un poeta como Calderón. Me ha acompañado hasta aquí (está Wágner en París), y acabo precisamente de leer *Apolo y Clímene* y su continuación *Faetón*. ¿No te acercaste nunca a Calderón? Dada mi falta de aptitud para las lenguas sólo me es accesible en una traducción. Estoy a punto de considerar a Calderón como el único grande. Por él se me manifiesta también la significación de lo español: un esplendor inaudito e incomparable, con tal rapidez en su desarrollo, que hubo de llegar a la destrucción de la materia y a la negación del mundo. El sentido pasional de ese pueblo, fino y profundo, se da en el concepto del honor, en el que lo más noble y lo más horrible se convierte a la vez en una segunda religión... Con Calderón, ha contribuido a exaltarme maravillosamente en estos días una hojeda al primer acto, ya acabado, de *Tristán* (1). Junto a éste hay cien testimonios de ese culto extraordinario, cuyas huellas aún se perciben actualmente en las representaciones de Calderón en los países germánicos — en tanto que en España, apenas sí, rara vez, se representa *La vida es sueño* y alguna otra cosa con mutilaciones y adobos —. Desde el centenario de 1881 no ha vuelto a ser recordado el poeta que durante el siglo XIX simbolizó en Europa el espíritu español.

En el círculo reducido de los eruditos se inició hace treinta a cuarenta años una reacción favorable a Lope de Vega. No era tampoco ajena a ella la labor de ciertos hispanistas ingleses y el influjo que ejerció sobre Grillparzer, fervoroso admirador del Fénix español, y que dió esta fórmula del arte de Lope: "Naturdichter", poeta de la Naturaleza. Entonces se difunde la idea de que Lope es el poeta de la sencillez, de la impresión directa, en tanto que Calderón es el alambicamiento, lo ampuloso, la seudofilosofía. Entre Lope y Calderón se mueven algunos otros nombres de dramaturgos. Por razones de erudición, Tirso se pone de moda algún tiempo: el donjuanismó y los estudios de literatura comparada dan interés a la figura del Fraile de la Merced; surgen fanáticos de su gloria que lo envuelven con nubes de transparente retórica. Alarcón ha interesado a los mejicanos. Rojas, Moreto y los demás, a casi nadie. Todo el interés, cuando lo ha habido, no ha pasado de unas docenas de iniciados. La llamada gente culta no ha sabido lo que era España, porque nadie se lo enseñaba, porque muy pocos lo sabían.

Dentro de ese estado de semiconsciencia en que hemos vivido sobre nuestra propia realidad histórica, se han producido rachas de pasión. Desde hace casi treinta años, el español "que se da cuenta" proyecta en torno a sí toda la rabia que le suministra su temperamento. Sin energía has-

(1) V. Farinelli, *Calderón y la música en Alemania*, 1907.

tante para morder en el presente, no es raro que nos hayamos lanzado contra lo histórico, pluma en ristre. El siglo XVII irritaba. Ignorancia, reacción inquisitorial, falta de sensibilidad humana, prejuicios de vieja ñoña gobernando al país. De muchacho yo consideraba el siglo XVII como el ideal perfecto para los más bárbaros y cerriles de nuestros políticos. La llamada generación del 98 había traído en parte estas maneras de ver.

Concentrada en el drama, la crítica veía en él pensamiento y cultura medioevales, superficialidad y escaso interés humano. Ganivet escribía: "No es que las facultades creadoras de Lope fueran inferiores a las de Shakespeare, sino que Shakespeare disparaba después de apuntar bien y daba casi siempre en el blanco, mientras que Lope no daba casi nunca porque tiraba sin apuntar, al aire. Si el teatro español se hunde desde las alturas de Lope en los abismos insondables donde vivía la ilustre patulea que sirvió a Moratín para componer su *Comedia nueva*, la culpa no es ciertamente de los discípulos de Don Hermógenes: es de Lope, y, más que de Lope, de nuestro carácter". Baroja dedicó frases adversas al teatro. En 1907 escribe Besteiro: *García del Castañar* no me produce la más mínima emoción estética. Unas veces me causa risa, otras disgusto, las más me deja indiferente." "Azorín", según veremos, conserva en sus juicios el timbre de esa época.

La actitud de justa revisión de valores tenía enfrente a los corifeos del patriotismo sin tasa. Prescindiendo de algún vivo destello en las páginas de Menéndez Pelayo, la erudición al uso, los libros docentes y la Academia consideran el drama como una gloria bien claveteada en el firmamento. Pero, ¡oh, fariseísmo!, nunca se había ocurrido a estos hombres del siglo XIX averiguar exactamente lo que se dice en una comedia del siglo XVII. La más acabada de esas producciones, *La vida es sueño*, explicada y desmenuzada en Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Francia e Italia aún aguarda el comentario español. Y es evidente que antes de pronunciar sobre el teatro juicios con visos de exactitud, su comprensión fidedigna es de rigor. Pero esa es tarea ardua, que requiere años de disciplina filológica. Hasta hace bien poco no se ha podido demostrar que *El burlador de Sevilla*, de Tirso — punto de arranque de la leyenda donjuanesca en el mundo, y vía por donde España dió a otras literaturas un personaje eterno —, se conserva en forma perfectamente aceptable, sin interpolaciones ni destrozos. Sobre todos pesaba el prejuicio de que ese texto había sido víctima de no se sabe cuánta saña por parte de editores y farsantes. La consecuencia era dar la razón a quienes piensan que el Don Juan de Tirso era creación insignificante, pretexto para que otras literaturas labraran las formas supremas del maravilloso personaje. Una mejor inteligencia de ese venerable texto contribuirá a tratar con menos premura la obra en que arraiga la más profética descendencia que tuvo una figura dramática.

Lo que acontecía con *El burlador* de Tirso sigue ocurriendo a centenares de comedias. La costumbre legada por el siglo pasado es publicar toscamente gran golpe de ellas, sin entenderlas, sin explicarlas, partiendo de la ficción que comprende su sentido el que las saca al público. Al margen de esta incuria corren pomposas afirmaciones sobre el valor incomparable de ese teatro.

Un ejemplo de tal actitud frente al drama nacional, detritus de la vacuidad científica del siglo XIX, nos lo brinda la edición magna de todas las obras de Lope de Vega, emprendida por la Academia Española, y confiada a su perpetuo secretario, el Sr. Cotarelo. De una parte, Lope es un astro, el ave fénix, etc., etc.; pero el Sr. Cotarelo hace copiar a sus escribas docenas de comedias del "monstruo de la Naturaleza", y las

publica sin la menor idea de lo que significan aquellas líneas cortas. Alguna de esas comedias, cotejada, ha dado varios centenares de erratas. Donde Lope dice: "porque está gafo, tal es" (que significa "está, en efecto, leproso"), nuestro perpetuo secretario hace imprimir "porque es estufogofotulés", creando — eso sí — un espléndido vocablo que la Academia debe llevar al Diccionario, bajo la autoridad del Sr. Cotarelo, con esta definición:

"*Estufogofotulés*. (Del mismo origen que el provenzal *esturlenc*). Adj. Dicese del académico que estufogotulea las comedias de Lope de Vega. U. t. c. s."

Quedan, pues, señaladas dos maneras extremas de considerar el teatro clásico: una, llena de malhumorado escepticismo, que lo juzga inaprovechable para nosotros; otra, vacuamente elogiosa y frívola, que combina el culto tradicional y externo con un mínimo desdén hacia aquello mismo que ensalza. Parece que sería hora ya de ir generalizando un tercer punto de vista: el de "vamos a enterarnos con un poco de calma".

Esa es la razón de que en el estudio discutido por "Azorín" me haya interesado mucho menos disertar acerca del valor que debemos conceder a la comedia lopesca que analizar con alguna claridad cuál sea la definición que convenga a la fórmula dramática que rigió toda su evolución.

"Azorín", nuestro admirable escritor, habría deseado que yo pusiese de relieve las limitaciones del arte de Lope y Calderón; la influencia nociva que sobre ellos ejerció el catolicismo y la Inquisición; la falsedad de su pintura de la vida contemporánea; su falta de realidad íntima en comparación con la del teatro francés del siglo XVII. No sé si lograré convencerle con mis razones; intentaré en todo caso exponerlas claramente en un próximo artículo.

II

Tratando, pues, del teatro español, el análisis parece más urgente que la valoración. Por este vastísimo campo de nuestra historia literaria han cruzado las preferencias y los odios durante épocas de gran densidad artística. Contra él se edifica el neoclasicismo dieciochista; desde Luzán a Moratín la tarea más grata para el escritor consistía en manifestar los desvaríos de Calderón. Pero antes, en pleno siglo XVII, ese teatro había deslumbrado a los poetas franceses de la razón y del orden; Lope y los demás vierten pródigamente sobre su fantasía intrigas de todo género, y, además, temas humanos y renacentistas. La tesis de la libertad de la mujer en el supremo asunto del amor está inserta como un ideal en Lope, Tirso y Rojas Zorrilla. La ceguera apasionada de Moratín le hace tomar como fuente de *El sí de las niñas* las obras de Moliere, teniendo en casa los modelos en que aquél se inspiró (*Don Lucas del Cigarral*, de Rojas, es un *Sí de las niñas*, sin moraleja, es decir, más inteligente).

El siglo XIX idealiza al máximo nuestro teatro nacional. Shelley divide sus lecturas entre Platón y Calderón, y es sobrado conocido el entusiasmo que éste inspiró al romanticismo germánico. Si se añade a esos hechos el placer en todo un pueblo de ver y leer comedias durante dos siglos, no es aventurado concluir que entre la fronda de esa dramática selva han de hallarse parajes deleitosos, quizá lugares eminentes desde donde atalayar el conjunto. Cuando se excava en países de vieja civilización el resultado es siempre seguro; tenemos conciencia, previamente, de que hay allá valores ocultos o no percibidos. Lo importante es, pues, analizar, discernir, sacar a luz. De esa índole es el urgente menester que nos plantea el teatro español, sobre el que pesa hoy la más inconcebible indiferencia por parte nuestra. Los extranjeros ven en

él materia de análisis eruditos, muchas veces externos. Los problemas íntimos y profundos — poesía, ideas, valor étnico, estructura artística — se suelen dejar al margen del libro, por insuficiencia del observador, o por ese especial encogimiento que la erudición siglo XIX ha puesto en el ánimo de los estudiosos. Es, pues, inaplazable dedicar algún cuidado a este gran mapa de la sensibilidad de la raza en el momento de su mayor tensión poética.

Con este espíritu escribí el estudio que ha desagradado a "Azorín". Analizo en él hasta qué punto la comedia refleja la vida material y moral de la época, y allego sobre ese aspecto concreto algunos testimonios de Larra y de varios extranjeros. "Azorín" no se da cuenta de que hablo de un aspecto muy circunscripto del problema. Piensa que yo trato del "valor" del teatro español, y con cierta vehemencia echa de menos las opiniones de Baroja, Pérez de Ayala, Chasles, Sáinz Evremond... Muchas opiniones cité en la *Vida de Lope de Vega*, hablando del valor de su teatro; pero ahora se trata de algo diferente. Su contradictor acaba por darse cuenta de ello al final de su ensayo, y me hace esta objeción: "En síntesis, la argumentación de Castro es la siguiente: no importa que exista infidelidad en la pintura del medio español... Por encima de la realidad cotidiana, existe una realidad espiritual, moral... Podríamos establecer concordancias espirituales entre lo que se expresa en las comedias y lo que se expresa en otros órdenes de la vida española. Lo malo es que la teoría del autor puede servir para justificar la realidad nacional de cualquier otro género, sin realidad y sin valor literario."

Si ése fuese mi pensamiento, es claro que se me podría echar en cara haber querido aprisionar agua en un cesto. Es curioso ver cómo la técnica intelectual de "Azorín", basada en el arte maravilloso de parcelar al infinito cuanto cae bajo su sensibilidad, no tiene a veces el mismo éxito cuando se trata de examinar un problema en perspectiva. Es evidente que toda obra de arte, por uno u otro lado, se enlaza con el mundo contemporáneo. Pero no se trata ahora de eso, amigo "Azorín"; es decir, se trata de algo más. El teatro de que hablamos encierra gran dosis de fantasía, tanta, que a veces pensamos en los géneros que tienen por base de su acción la irrealidad: el libro de caballería o la novela de aventuras. Mas he aquí que, junto al mundo quimérico, hallamos correspondencia tan precisas con la realidad del momento, perceptible a todo espectador, que con razón se plantea uno la cuestión de si el fundamento de la comedia de Lope de Vega es lo fingido o lo verdadero. Para los efectos del arte juzgo baldío decidirse por uno de los términos de esa disyuntiva. Mi punto de vista — que no sé por qué deja a un lado "Azorín" — puede ser falso; pero dista mucho de esa inocencia que me atribuye. Lo escencial no es que se trate de ficción o de realidad, sino cómo se pasa de uno a otro mundo en la técnica y en el estilo — por cierto muy barroco — que plugo inventar al genio de Lope de Vega.

La comedia perfecta para el español de 1600 es aquella que, brindándole inicialmente una base real, usual, adecuada en cualquier forma a su cotidiana experiencia, le proyecta de golpe en las regiones del ensueño, donde la vida ofrece todos sus móviles tensos al máximo. Con los simples de que constaba la visión que vulgarmente se tenía del mundo se lograban efectos insospechados: en esa alternancia violenta de realidad y poesía radica la clase artística del teatro de Lope de Vega, y la de cuantos adoptaron luego su fórmula dramática.

En su *Tratado de los juegos públicos* el P. Mariana describe con sorprendente finura los sentimientos que agitaban el ánimo de los es-

pectadores. "Azorín", en trance de negarlo todo, juzga ese texto "uno de tantos tópicos de teólogos y predicadores". No lo creo; bajo el tono moralizador aparece un cálido temperamento — de un apasionado de la comedia — y profunda observación psicológica. El tipo de espectáculo que define conviene con mi idea del teatro, cuya exactitud es la que hay que discutir.

Resta un elemento esencial, que defino así en mi volumen sobre Tirso de Molina (pág. 37): "La fábula dramática tenía, sin embargo, ciertos límites, trazados por la ideología y la moral del público. Fuesen cualesquiera los rumbos que tomase la intriga o las derivaciones de carácter vital y humano que lógicamente se siguiesen de las peripecias escénicas, la resultante había de ser venir a parar dentro del ámbito ideal de la concurrencia, que era el vulgo. El placer era entonces completo: el globo de ilusión que el pueblo había visto formarse y elevarse en sus proximidades venía a caer a la postre en sus dominios. Inicial y finalmente, la comedia le pertenecía, y concebida así, no hay ninguna inexactitud en escribir que era un cabal reflejo de la España de los siglos XVI y XVII." Un caso típico es *El castigo sin venganza*, de Lope, con su bárbaro desenlace, de acuerdo con la idea que había que vengar con sangre la infidelidad conyugal, y en contradicción con todo lo que Lope imaginó en esa obra para justificar los deslices de la duquesa Casandra.

No creo que ningún otro género literario ofrezca esta estructura, cuyo esquema sería: realidad-fantasia-realidad. Su ritmo interno, su expresión, le son asimismo peculiares. En vano buscaríamos sus análogos en el libro de caballería, en la novela picaresca o en el poema épico. La filología determinará en el caso concreto de cada comedia lo que sea real y lo que sea ficción. De ahí la concordancia con la realidad exterior al teatro. Por su parte, la historia literaria señala un punto esencial de partida, que es el hecho de la alternancia de esos dos mundos.

No han sido, pues, bien ponderadas estas frases de "Azorín": "¿El gran florecimiento del teatro español en el siglo XVII se debe a que los españoles aman el ver representados casos extraordinarios? Bien, ¿y qué? La explicación no explica nada". Pero es que en esos "casos extraordinarios" vibraba la vida individual y colectiva de los españoles: la experiencia contemporánea y la historia, los resortes morales de la familia y del Estado, la cultura profana y la sacra. Toda esta realidad servía de punto de arranque al "caso extraordinario" que cada ingenio dotado de poder creador labraba para solaz de un público insaciablemente ávido. Lope, que sabía de eso, nos dice que

"Los casos de la honra son mejores,
porque mueven con fuerza a toda gente."

"Azorín" prefiere seguir otra ruta: "Hay otra razón más poderosa. Y esa razón, querido Castro, es... el catolicismo español. O, mejor dicho, la Inquisición española. Y venimos a parar a la raíz de todo, a la raíz de nuestra especial modalidad intelectual". El razonamiento tiene la siguiente base: La Inquisición cortó toda posibilidad de razonar; ante aquel terrible poder las gentes renunciaron a pensar, y se contentaron con ejercitar la fantasía. Por otra parte, el carácter errabundo de nuestro pueblo (guerra, conquista, viajes) creó el gusto por la aventura literaria. De ahí la pasión por los espectáculos teatrales y por los espectáculos católicos, que deleitan sin afectar al pensamiento. "El catolicismo influía fantaseadoramente sobre el teatro".

Obsérvese, ante todo, que al querer explicar el drama y el catolicismo por el deseo de no ejercitar la razón y por nuestra indole errabunda escamoteamos la creencia de ambos. A mi intento de definición precisa

del teatro opone "Azorín" unas vagas notas acerca del paisaje que, según él, sirve de marco a este género literario. Pero definir una obra literaria por su ambiente es un residuo más de la teoría de Taine, gran remediadora cuando nos obstinamos en no mirar de frente la realidad de un objeto artístico. Y en último término, se concebiría — aunque ello parece extraordinario — que una misma causa influya en el catolicismo y en el teatro. ¿Pero que el uno sea causa del otro?

III

CATOLICISMO Y COMEDIA

Según "Azorín", las comedias del siglo XVII tendrían de común con el catolicismo aquellos rasgos que más caracterizan su estructura: exuberancia ornamental, cálida fantasía y leve pensamiento. La Inquisición no tuvo que hacer víctimas entre los racionalistas españoles: "triunfan los reaccionarios que esto afirman. Pero es que el mismo temor al poder terrible de la Inquisición hacía que los espíritus, en vez de tomar una dirección, tomaran otra. Toda la actividad espiritual de España, habiendo podido sin Inquisición polarizarse en un sentido, se polarizaba en otro muy distinto. Y no había represión intelectual porque el Santo Oficio evitaba la creación de materia represiva". Alejada la oportunidad de pensar, los españoles del siglo XVII hallaron un sustitutivo en el espectáculo cómico, especie de baile para Meredith; periodismo diario, según Philarète Chasles. "Los dos únicos espectáculos que el español tenía eran: el catolicismo y el teatro; es decir, las ceremonias del culto católico, el espectáculo variado, pintoresco, lleno de gracia y movimiento, en las catedrales, en las iglesias, en los conventos, de ceremonias, misas, sermones, novenas, trisagios, funerales, rogativas, procesiones, tomas de hábito, etc., y la muchedumbre de comedias que una muchedumbre de poetas producía cada día. Los dos espectáculos eran análogos en su esencia, y a esos dos panoramas espirituales se veía reducido un pueblo andariego, errático, fantaseador. Y el catolicismo influía creadoramente sobre el teatro. Y el teatro refluía con savia espiritual sobre el catolicismo".

Resultaría, pues—según "Azorín"—, que el teatro clásico, reflejo y símbolo, al parecer, de los más vitales anhelos del pueblo español, habría sido para éste un mero refugio, una especie de quiebro dado a sí mismo, ante la fuerza del monstruo catolicismo-inquisición. Y nos hallamos así frente a maneras de considerar la historia de España, que a primera vista juzgaría uno como meramente "históricas", es decir, como puntos de vista que incubó el llamado anticlericalismo en pleno siglo XIX, en época de ingenua observación del pasado. El que un espíritu como el de "Azorín", tan hecho a discurrir por nuestro Siglo de Oro, vuelva a la idea de Perojo, a achacar a la Inquisición modalidades muy características de nuestra raza, me obliga a reanimar dormidos recuerdos, a exhumar empolvadas notas. Hay una grata melancolía, después de todo, al poner en uso cosas dilectas, que quizá habíamos arrumbado prematuramente. Es indispensable ver claro en ese siglo XVII; si consideramos como factores activos lo que es resultante de motivos muy complejos, renunciamos a entender nuestra historia. Si interponemos el catolicismo entre el teatro y España, el teatro y España se nos irán de las manos, y sustuiremos al examen directo de un género literario, consideraciones secundarias que perturbarán nuestro juicio. Así, pues, para volver a mi tesis de que el teatro español necesita ser entendido en sí mismo, reviviendo los supuestos vitales de que emana, conviene remover de nuestro camino la mole inquisitorial.

* * *

Henos nuevamente aquí, después de largos años con los protestantes de Valladolid, con los judaizantes y confesos, con toda la buena y pobre gente del siglo XVI, que aspiró sin suficiente energía a tener negociado propio de asuntos religiosos. No existe aún en lengua española una historia de la Inquisición. La obra monumental de Lea, publicada en 1908, no ha sido aún vertida del inglés. Tampoco ha merecido traducción el libro de Schaeffer *Inquisition und Protestantismus*. Los libros de Llorente, Menéndez Pelayo y otros son alegatos más o menos valiosos en pro de determinada idea. No conoce aún exactamente el público español cómo se relacionaba la Inquisición con la sociedad, cómo osciló su poder, cuáles fueron sus alternativas de vitalidad. Como tema histórico, pocos le excederán en importancia.

Para poder afirmar que el catolicismo y su adlátere la Inquisición han sido causas de retraso u obstáculo para la vida moderna entre nosotros, habría que probar que frente a ellos existió algo con probabilidades de éxito. Atribuimos históricamente poder de eficiencia a aquello que en realidad lo tuvo. La historia no se hace cargo de meros ademanes. La herejía de los albigenses es algo dotado de realidad. Por defenderla se libran batallas y mueren reyes. Hay capítulos de la historia consagrados a las guerras de religión en Francia y Alemania durante la época moderna. En España no las hubo. Los historiadores enemigos de la Inquisición hicieron ascender a millares las víctimas de su furor. El protestantismo habría contado—según ellos—innumerables mártires entre nosotros. La verdad es, empero, que el más importante movimiento luterano—retrasado en treinta años—fué cosa bien pobre, y todo el alboroto inquisitorial por la herejía de los vallisoletanos no pasa de un escándalo de aldea. Intervienen en la represión nada menos que el Emperador, Felipe II, casi todos los inquisidores del reino; Gonzalo de Illescas dice, nada menos, que “corría toda España riesgo grande de perderse”. Todo ello motivado por cincuenta y cinco herejes, ni más ni menos. Valladolid, Zamora, Toro, Palencia, Logroño y sus pueblos no pudieron dar de sí más heresiarcas. El principal de la comunidad, el canónigo doctor Orzalla, precursor de algunos políticos del día, opinaba que, “de no ser por la Inquisición, en unos meses habría convertido a toda Castilla”. Suspiraba ya por el encasillado. Estos ingenuos pudieron vivir casi dos años haciendo propaganda sin ser molestados por el Santo Oficio. Y, al descubrirlos, no sabe quién sentía más terror, si los esbirros o los inculpadés. Casi todos los condenados, llegado el momento, se detractaron con gran timidez. En Sevilla ocurrió algo análogo, y se acabó la reforma protestante en España. En lo sucesivo, los pobres diablos que formaban el Tribunal de la Fe hubieron de aflarse las garras en algún que otro imprudente extranjero. La Inquisición estaba en su papel y actuaba lo mismo que los Gobiernos católicos del extranjero; es decir, que iba tan lejos como podía en el camino de la crueldad. A los “otros” era a quienes tocaba impedirlo.

Durante las guerras de religión, los católicos franceses asesinaran de una sola vez, a un millar de hugonotes sólo en las cárceles de Orleans. Las quemas y descuartizamientos de protestantes fueron más numerosos en Francia que en España durante el siglo XVI. Pero muchos miembros del Parlamento de París, perseguidor de la herejía, se declararon partidarios de ella. Algunos príncipes de sangre regia se hicieron hugonotes, y ciudades enteras, como Cahors, establecieron el nuevo culto. Había un gran número de personas que sabía muy bien lo que pensaba y lo que

habría que pagar, llegado el caso, por seguir pensando de la misma manera.

En 1565 se reúne en Bayona lo que hoy llamaríamos una Conferencia de España y Francia. Felipe II estaba representado por el duque de Alba. Carlos IX, apremiado para castigar eficazmente a los herejes, dice que no toma las armas porque sería el fin de su reino. Católicos como Montmorency, Montpensier y los cardenales de Guisa y de Borbón expresaron al de Alba que la guerra sería peligrosa e incierta. Nos hallamos, pues, ante una inquisición fracasada por la energía del adversario, aunque con reservas suficientes para organizar poco después la matanza de San Bartolomé. El protestantismo soporta en Francia esa terrible prueba, de carácter político más que religioso. Los dogmas habían trascendido de las sacristías, y el porvenir de Francia estaba comprometido. A la postre, un rey hugonote, hecho católico "pour la forme", se conquista, a fuerza de inteligencia, el trono de Francia.

Las cosas hay que hacerlas, no basta deseárlas. Es preciso que personas dotadas de inteligencia audaz no tiemblen ante el dolor de la acción. Cuando varios millares de esas gentes fracasan, entonces podemos decir que se ha malogrado un movimiento con sentido histórico. No basta, ni ayer ni hoy, que unos pocos divaguen en sus gabinetes, y que algunos jayanes estén dispuestos a partir piedra con el testuz. Ni cobarde escepticismo, ni brutalidad ciega. Entre tales polos ha discurrido buena parte de nuestra historia moderna: inquisidores, ángeles exterminadores, camarillas, ministros cretinos, milicias pedridas y temerosas, Calomardes, Fernandos Séptimos... toda la miseria que hace presa en una agrupación humana cuando no se decide a poner en tensión sus resortes de vida.

Tornando a la Inquisición, vale la pena allegar algunos textos en prueba de que los mismos inquisidores participaban de nuestra impresión; a saber: que la resistencia que el país les oponía era mínima, y que en el extranjero no podían tener curso sus procedimientos. El doctor Diego de Simancas es notable tipo de inquisidor. Su nombre va unido a la cruenta persecución del arzobispo de Toledo fray Bartolomé de Carranza. He aquí algún pasaje de su autobiografía: "El año 1558 se descubrió en Valladolid un convento de luteranos, que puso gran admiración, porque, *sin ser muchos en número*, lo fueron en calidades... En aquel tiempo, entendiendo el rey de Francia (Carlos IX) que su reino estaba lleno de herejes, envió a pedir a nuestro rey, su cuñado, que le enviase una relación e información de la forma que se tenía en España de proceder contra los herejes. Dijolo el Rey al Inquisidor General, y él nos lo encargó a Valtozano y a mí, y la hicimos y se le envió; y comenzó por mano de los obispos, inquisidores ordinarios, a proceder contra aquellos herejes, y fueron algunos preses; mas ellos *eran tantos y tan favorecidos*, que no se *ciccutó lo que convenía*, por donde han venido al perdimiento en que ahora están". Tenían estos hombres clara noción de que fuera de aquí, incluso en Roma, no se podían hacer ciertas cosas. Cuando el doctor Simancas se enteró de que la causa del arzobispo de Toledo iba a ir al Pontífice, juntamente con el procesado, no oculta su despecho. El habría deseado triturar a fray Bartolomé "more hispanico", lo cual demuestra bien que no se trataba de asunto de religiosidad, sino de bárbaro aldeanismo. "Recibí con esta carta tanto disgusto, que no lo sabré encarecer, y bien entendí que *el negocio se habría de tratar en Roma diversamente que en España*".

Por enojoso que sea reconocerlo, la verdad es que la Inquisición le brotaba del fondo del alma a la España del siglo XVI. En otro caso habría acaecido lo que en todas partes: que frente al poder de la rutina tradicional hubieran surgido los adalides y los mártires del pensar mo-

derno. El exclusivismo católico de los españoles no impidió nada porque no tuvo nada que impedir. La nación, altos y bajos, no sentía necesidad de cambiar de postura. El aborrecimiento tradicional de las inteligencias pedía ser católicos, en la forma que eso se entendía aquí. Y para poder estar con comodidad, en familia, a la pata la llana espiritual, echaron a judíos y moriscos, que por azar histórico y por su desdicha vinieron a España. Ahora bien; en donde todo el mundo piensa y dice lo mismo sobre los temas fundamentales de la vida, queda sin superar la vulgaridad, se va derecho a una civilización de tipo chino o marroquí. Como en efecto sucedió: sin la influencia extranjera del siglo XVIII, abandonada a sí misma, España se habría extinguido como país de cultura progresiva. Hubo entonces que importarlo todo, porque sin gravedad judaica, sin la pestilencial herejía luterana (¡qué ridículo era el lenguaje de los inquisidores!), con limpieza de sangre y con esos trisagios que recuerda "Azorin", la nación era una inmensa aldea, vinculada a todas las miserias. El eco de los viejos prestigios no traía impulsos vitales; y sin el movimiento internacional y racionalista de los reinados de Fernando VI y Carlos III, España habría desaparecido. Tengan, pues, nuestros actuales obispos un poco de memoria. Su poder espectral hace aún estremecerse a los Gobiernos; pero el recuerdo de los frutos que dió su absoluto y secular imperio sobre este extremo de Europa debiera llevar a sus actos un tanto de mesura y de pudor retrospectivo. ¡Qué expediente de responsabilidades!

El catolicismo niega su esencia cuando se declara incompatible con otras creencias. En España, durante la Edad Media, conviven tres religiones, y de esa convivencia brotó una valiosa civilización. Cuando el vulgacho—que no los Reyes Católicos—arrojó de España a los hebreos, una buena parte de éstos se refugó en países ortodoxos, e incluso en la capital de la cristiandad. Alejandro VI acegó a los judíos, mediante cierta suma, y les asignó un barrio especial. No han dejado un momento de vivir en Italia, y allí están hoy sus sinagogas en la ciudad de San Pedro. En Bayona y Burdeos se asentó bastante número de hebreos del norte de la Península, donde continúan esas comunidades, que durante largo tiempo conservaron nuestra lengua. ¿Qué germen maldito provocó la extravagancia religiosa a este lado del Bidasoa? La historia no ha sabido aún decirlo.

* * *

El teatro del siglo XVII es manifestación espontánea de las inclinaciones preferentes del pueblo español. A este arte consagraron su vida Lope, Calderón y Tirso, sin que en ello pueda descubrirse la menor sombra de coacción espiritual. Si lo parangonamos en cualquier forma con la exacerbación católica que padecieron las gentes de la época, nos exponemos a subrayar precisamente los aspectos menos valiosos desde el punto de vista artístico. Tiene la comedia un fondo dogmático que, como es natural, coincide con las ideas corrientes sobre religión, y lo mismo acontece con sus doctrinas políticas o sus concepciones científicas. A todo ello hemos de darle el valor secundario de mero sustentáculo para la dinamicidad de las acciones. Hay que irse habituando a mirar el extraño ideario de nuestro siglo XVII como una realidad arqueológica, cuyo valor será más o menos estimable. Pero, aun admitiendo que el historiador de la religión, de la filosofía o de la ciencia formule un juicio negativo al tratar de España, quien contemple en conjunto nuestro pasado tendrá honestamente que afirmar que la vida hispana representó un magnífico plus respecto de su vulgaridad religiosa o científica. Si después de descubrir y civilizar buena parte del planeta, de haberle ceñido su primer cinturón,

de expresar el dinamismo de la raza en un arte y una literatura singulares. España hubiese incubado además las ideas de que hoy se sustenta el mundo, su caso habría sido único. Su historia tiene suficiente realidad para que no la examinemos de soslayo. Y luego de haber penetrado en sus puerilidades y limitaciones—¿qué país no las conoce?—hallamos como grata compensación el poder comprender y gozar la originalidad de su literatura, en la que después de Cervantes el teatro nos reserva el mayor atractivo. Entre los millares de comedias pueden destacarse medio centenar llenas de espiritualidad, de sentido humano, de estilo gratisimo para todo lector que haya practicado algo más que el periódico diario o la novela callejera. Como toda literatura pretérita, la nuestra exige una cierta preparación en quien se acerque a ella. ¿Sería mucho pedir que se generalizara el conocimiento inteligente de lo que constituye la raíz de nuestro pueblo como colectividad humana? Por el momento habría que darse por satisfecho con ese resultado, aun cuando "Azorin" y yo no coincidamos sobre lo que realmente sea nuestro teatro clásico.

Algunos aspectos de la literatura argentina,

En el número de Julio de "La Revue de l'Amérique latine" encontramos una interesante reseña crítica de la literatura argentina, escrita por nuestro colaborador y amigo Antonio Aita, la que creemos oportuno transcribir.

TODA nuestra literatura, y hablo también de la americana, ha tenido por guía e inspiradora a la estética francesa. Sus poetas, sus críticos, sus músicos, sus dramaturgos, han sido estudiados con atención, y hasta las tendencias artísticas más avanzadas, cuando en Francia eran atacadas con injusticia, en estos países se las discutía y elogiaba con talento. Muchos de esos nombres son hoy considerados en Francia como maestros, y aquí fueron tratados como tales en *Los Raros*, de Rubén Darío, en 1895, y más tarde en *Los Modernistas*, del uruguayo Pérez Petit, y en otros estudios publicados en revistas y periódicos por José Enrique Rodó, González Martínez, Blanco Fombona, Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, Jesús Semprún, César Zumeta, y por toda la joven generación americana que divulga y comenta con elocuencia el pensamiento y las letras francesas. Basta citar un nombre, el más ilustre y respetado, Ventura García Calderón, cuya obra de crítico y de propagandista no sabremos cómo agradecer bastante todos los espíritus cultos.

Aquí se lee casi más en francés que en castellano. Sus novelistas y poetas son bastante divulgados, sus grandes artistas dramáticos nos dan a conocer las principales obras de su teatro. Se vive viajando constantemente. París es tan familiar a los argentinos como la calle Florida.

Y bien. ¿Cómo ha considerado Francia esta floración intelectual abrevada en su clara fuente? Justo es decirlo. Francia, hasta el año 1919, ha vivido en un aislamiento desdeñoso de lo que ocurría en el mundo. Hoy mismo algunos espíritus reaccionarios pretendían continuar esa política de localismo estrecho, pero la guerra ha ampliado su visión y ha hecho operar un cambio profundo en la mentalidad francesa. Las letras españolas y de una manera especial las letras de la América latina tienen atentos y agudos comentaristas. *Le Figaro* publica, traducida por Francis de Miomandre, una novela de Quiroga, y *La Revue de París*, otra de Valle Inclán.

Estos acontecimientos deben halagarnos, pero nos hacen contraer un compromiso que es preciso respetar. Debemos perfeccionarnos. Porque a

pesar de la opinión de algunos espíritus bien intencionados, carecemos de tradición cultural. Somos un país casi sin historia. Nuestro pasado es tan inmediato que es casi contemporáneo. Carecemos de esos grandes hechos que forman la tradición y dan gloria al pasado.

Nuestra independencia no fué la obra del valor guerrero de ningún militar, sino de la simple voluntad del pueblo, que quiso emanciparse de un país débil y pobre. No olvidemos que estas tierras fueron conquistadas por una raza cansada, sin otros ideales que los de opresión y de lucro. Los españoles perdieron su tutela en América, como perderán Marruecos, porque carecen de espíritu civilizador.

Hemos tenido luchas internas, como las tienen todos los pueblos que cambian bruscamente sus costumbres políticas. De golpe quisimos pasar del desierto a la ciudad, que era la civilización y pagamos nuestro tributo de sangre. Tuvimos héroes, sin alcanzar ninguno la talla de ese héroe civil que fué Sarmiento.

No tenemos un castillo construido por esclavos; una iglesia de cincuenta años es vieja entre nosotros; ignoramos un parque donde la fronda conserve inéditas las palabras ardientes del señor de capa y espada y la tenue súplica de la dulce castellana; carecemos de ruinas, que nos recuerden la historia gentilicia de nuestra civilización.

Somos un pueblo joven, ricos de fuerza, de energía asimiladora, llenos de esa audacia que presta la juventud, anhelosos de ser grandes, porque desconocemos esos prejuicios históricos que malogran la alegría del esfuerzo y la juventud del corazón.

Hay que reaccionar contra ese mal nacionalismo, contra ese patriotismo mercenario que nos induce a crear una gloria de la persona del más modesto gacettillero. Las glorias viven por la luz que irradian sus talentos a través de las generaciones y por el caudal de belleza y sabiduría que han sembrado por el mundo.

El verdadero movimiento literario argentino se inicia con la visita de Rubén Darío a Buenos Aires, en 1896. Se agrupó en torno al gran poeta un núcleo de jóvenes que son hoy nuestros más prestigiosos escritores. Como en todas las repúblicas americanas, el periodismo era una esgrima intelectual. En la generación anterior, ¿qué novelista, poeta o crítico podría citarse, capaz de considerársele como tal? Todos eran literatos porque escribían. Andrade, que fué una de las figuras más interesantes, era un orador en verso. Lucio López, que escribió *La Gran Aldea*, poseía un espíritu fino, pero no era novelista, carecía de las condiciones esenciales, para serlo, penetración psicológica, estilo, etc. Su trama era un chisme social recogido en el club y trasladado sin matices a las páginas del libro.

Durante la dictadura de Rosas surgió un movimiento intelectual importante. Gracias al despotismo del tirano, se revelaron muchos ingenios, que sin la barbarie entronizada que arrastraba instituciones, libertades, todo cuanto fuere un estímulo noble, no habrían sido conocidos. Estos periodistas, sociólogos y maestros, en su campaña ardorosa por la libertad, publicaron páginas que merecen recordarse como un exponente de amor a la cultura.

Pero, ¿podríamos incorporar al movimiento literario del país, esa labor circunstancial, carente de estilo, de belleza, de imaginación, de unidad, que son los elementos que sirven para distinguir la obra literaria de la obra del periodista?

Un sólo libro merece recordarse, y es el *Facundo*, de Sarmiento. Libro deshilvanado, sin unidad artística, escrito en una prosa de panfleto, llega por momentos, sin embargo, a notas de intensidad trágica, cuando

evoca la figura del bárbaro en cuya cabeza, cubierta por la maraña de la melena y las barbas, los ojos fríos acechan, como los de una pantera en una selva. La pasión, el odio, enardecen estas páginas, y lo transforman en un libro de sangrienta belleza. Pero, a pesar de estos méritos, fué un libro escrito para una generación que vivía con el desgarramiento de una herida hecha por la tragedia. Hoy ya se lee poco y se le recuerda menos.

Es a la nueva generación literaria, que debe la Argentina su posición privilegiada, sin disputa, en el continente americano. En reciente carta, el gran escritor Monteiro Lobato, me decía, que era de lamentar el desconocimiento que existía en su país, Brasil, de la literatura argentina. "Mientras aquí, son leídos y vendidos libros franceses de pequeñísima valía, no saben quienes son Quiroga, Lynch, Capdevila, Arrieta y otros hermosos espíritus de ahí."

Eso es verdad. Hay en nuestra literatura de hoy carácter, color, intensidad, raigambre nacional, emoción verdadera. Ya tenemos novelistas, dramaturgos que han sorprendido en una honda mirada los rasgos esenciales de nuestra sociabilidad, que han acertado a reflejar, en obras de inspiración y de contenido humano, algunos de sus aspectos principales.

Si carecemos aún del novelista que haya trasladado a la obra de arte la inquietud febril de la lucha económica en nuestra sociedad, ya esbozada en *La Bolsa*, del malogrado Julián Martel, en cambio nuestro gran mundo ha sido observado con agudeza y elegancia en *Los Desorbitados*, de José Ma. Cantilo; los detritus de la cloaca social, los bajos fondos de la gran urbe, la vida miserable de la mujer prostituida y de nuestro malevo, tienen su historia en *Nacha Regules*, de Manuel Gálvez, y últimamente en su *Historia de Arrabal*, libro escrito sin belleza como una crónica policial; la melancolía del puerto con sus grandes barcos parados, la vida de los marineros en cuya alegría, a veces se oculta la angustia de un peregrino desilusionado, ha encontrado un evocador de hermoso talento, en Héctor Pedro Blomberg, cuyas *Puertas de Babel*, desautorizan la obra posterior del autor; el paisaje riente de nuestra campiña donde los trigales rubios se elevan al cielo como suntuosas banderas de oro y donde a veces la tragedia pone su rosa roja, tienen su gran cuadro en *Los Carranchos de la Florida*, de Benito Lynch, obra que no ha sido igualada ni superada por el autor; la música del viento orquestada por los grandes bosques, la tragedia de la selva poblada de misterio donde a cada paso se vive la vida en peligro, tiene su narrador incomparable en Horacio Quiroga, cuyos libros de asombroso realismo, escritos en una prosa plástica y flexible, no tienen igual en América; la novela de costumbres políticas, tiene su historiador en las *Divertidas Aventuras de un Nieto de Juan Moreira*, de Roberto J. Payró, libro matizado por observaciones de gran agudeza filosófica, escrito en un estilo pintoresco, por un hombre de gran talento, conocedor concienzudo de nuestra cultura y de nuestros hombres; la biografía de personajes amorosos, los coloquios psicológicos, las torturas espirituales, tienen un analista interesante en Carlos Alberto Leuman, con su novela *Adriana Zumarán*, escrita con elegancia, aunque en una prosa sin calor, a fuerza de ser marmórea; un joven costumbrista de talento, nos ha mandado de sus montañas una historia de aparecidos, de leyendas de brujería, y una colección de tipos montañeses que viven en las páginas de *Salta*, con la fuerza del aguafuerte. Es Juan Carlos Dávalos, cuyo *Viento Blanco*, es una página de soberbia belleza.

Tres relatos porteños, de Arturo Cancela, es un libro irónico donde se estudian algunos aspectos de nuestra vida ciudadana. La ironía de Cancela, es bondadosa. Al referir hechos lo hace sin crueldad, no por afán de hacerlos ridículos, sino de modificarlos, presentando ante los ojos

del protagonista el reverso de su medalla. Hay un fondo muy grande de ternura en esas páginas escritas con belleza de forma y de estilo.

Otra es la ironía de Roberto Gache, cuyo *Glosario de la farsa humana*, ofrece la revelación de un temperamento interesante. Su reciente libro *Baile y Filosofía*, tiene páginas escritas con talento, pero desigual, sin vigor. Su ironía es clownesca, hay un afán de provocar la risa, de ridiculizar. Cuando Cancela, comenta una escena fuerte, nos sonreímos, pero guardando simpatía por el personaje que la ha provocado; en cambio Gache incita a la carcajada. Su ironía es comicidad. Hay algunos diálogos en sus obras teatrales donde se revela el atento lector de Oscar Wilde. *Jesús en Buenos Aires*, de Méndez Calzada, es también un libro irónico, escrito con menos talento que los anteriores. Sin embargo el autor del relato que da título al libro ha de ofrecernos con el tiempo una obra más seria que ésta, porque tiene ingenio y posee un espíritu ágil.

En esta breve reseña incompleta de los jóvenes escritores no deseo omitir a los críticos que han ejercido una influencia importante.

Juan Pablo Echagüe, que posee una sensibilidad delicada y un gran temperamento de artista, ha luchado con talento y buen gusto por la renovación de nuestra escena. El futuro historiador del teatro rioplatense tendrá que acudir a los libros de Echagüe para juzgar la evolución operada en nuestra dramaturgia; un joven crítico de espíritu selecto y conocedor experto es Alfredo A. Bianchi, autor de *Teatro Nacional*.

Roberto F. Giusti, fundador, conjuntamente con Bianchi, de la revista NOSOTROS, es el único que ha estudiado seriamente nuestra literatura. Hombre de gran cultura, espíritu independiente, ha contribuido con sus juicios a encauzar más de un temperamento y a corregir más de un error. Pocos como él conocen la misión del crítico, y en las páginas de su revista o en el libro, ha realizado una obra de belleza, que nadie ha superado hasta ahora. Sigue siendo el único crítico de verdad de la literatura argentina. Han publicado también libros de crítica Alvaro Melián Lafinur, Nicolás Coronado, Aníbal Norberto Ponce y algunos otros.

Manuel Ugarte ha dedicado su generoso talento a la obra de acercamiento intelectual hispano-americano. Su obra es vasta como novelista, poeta, crítico y sociólogo. Algunos acontecimientos recientes han venido a confirmar y a hacer justicia a los móviles que inspiraron su campaña sostenida con tanto ardor.

José León Pagano, es hombre de amplia cultura. Ha publicado ensayos filosóficos, literarios, novelas, pero es como crítico de arte que está realizando una obra de gran trascendencia artística, desde las columnas de *La Nación*. Posee una sensibilidad artística distinguida, y un estilo de sobria elegancia.

El periodismo argentino sólo ha tenido dos grandes prosistas en esta generación, dos espíritus de gran cultura, Emilio Becher que murió sin escribir el gran libro que podía esperarse de una mentalidad tan vasta y armoniosa, y Alberto Gerchunoff, autor de una obra de arte, porque tal es para mí *La Jofaina Maravillosa*, libro de agudo análisis estético. Tiene páginas como "La Dulce Desconocida", que es una pequeña obra maestra.

Arturo Capdevila, es el poeta más interesante de la lírica argentina, cantor profundo de la vida, como su maestro Amado Nervo, vive inquietado por el misterio de las cosas; Fernández Moreno, es el cantor de la ciudad y de las cosas vulgares, no siempre interesante, mucho más cuanto que el poeta no se ha renovado; Pedro Miguel Obligado, es el dulce lírico de la vida interior, a veces llega a la inquietud filosófica como Vigny, pero siempre es el hombre enamorado de las cosas bellas y buenas, es el Giovanni Pascoli argentino; Alfonsina Storni es una mujer de talento. Lástima que sus versos sean un tanto cerebrales, lo que les quita ese en-

canto de gracia que es la femeneidad y que exalta toda la obra de Juana de Ibarburu. Sin embargo, sus versos tienen notas graves, y en los últimos hay un ardiente deseo de amor que los hace interesantes y bellos; Ernesto Mario Barreda, es el cantor de la ciudad tentacular, lleno de fuerza y talento; Mario Bravo, es el poeta de las cosas modestas, y Rafael de Diego, el profundo elegiaco de *Las sombras*, es un temperamento muy semejante al de Juan R. Jiménez, el poeta de *Los jardines abandonados*. Fernán Félix de Amador, es un parnasiano que busca la belleza en la forma, y por último, Enrique Banchs, la personalidad más brillante de nuestra joven poesía. Desde hace algún tiempo no publica nada, pero sus libros constituyeron un acontecimiento artístico, y hoy mismo, puede afirmarse que es el poeta más poeta de la Argentina.

No he pretendido escribir un estudio, sino algunas notas sobre nuestra literatura. Deliberadamente he dejado para el final, la referencia que debo a estas tres personalidades, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas y Enrique Larreta.

Pero antes quiero recordar a la valiente y generosa revista NOSOTROS, a la que tanto debe la literatura argentina y americana, pues en sus páginas se hicieron conocer los más prestigiosos escritores. Su obra de cultura es muy grande para ser estudiada en este breve recuerdo.

Leopoldo Lugones, sigue siendo para nosotros el gran prosista de *El Imperio Jesuítico* y de *El Payador*. Ha carecido de influencia en la juventud literaria, donde se le discute apasionadamente, pero se le respeta. Es un gran artista de la palabra y una gran alma llena de belleza. Los versos que ha escrito no aumentan el valor de su obra, pues no son nada más que fuegos de artificio. Lo más hondo y hermoso de su obra poética es la *Canción de la Angustia*, que será lo único que le sobrevivirá como poeta.

Ricardo Rojas es un gran laborioso. Hombre de vasta cultura, se ha dedicado con pasión a investigar nuestro pasado colonial, y con esa documentación ha publicado cuatro tomos de *Historia de la Literatura Argentina*, aunque muy poco habla de ella, ya que no comprende al movimiento actual que es lo único digno de recordarse. Su amor al pasado español le hace escribir en un estilo oratorio de ampulosidad retórica. Sus libros dan la sensación de un discurso. Su espíritu, antaño revolucionario artísticamente, se ha convertido hoy al academismo. Es a esa causa que se debe que Rojas viva aislado del movimiento actual de nuestra joven literatura, donde sin embargo se le considera como a un maestro de cultura.

Enrique Larreta, el autor de *La Gloria de Don Ramiro*, es de los tres escritores nombrados, tal vez el espíritu más clásico por su amor a la belleza antigua. Su famosa novela está escrita en una prosa clara, de imagen suntuosa, las pasiones mismas tienen el freno de la belleza. Todo el libro es un torso helénico. Es el único que en América nos recuerda a Flaubert.

Esta generación sigue la trayectoria iniciada por Rubén Darío, busca el individualismo en el arte y en la personalidad. Y así como el maestro llevó a España un instrumento nuevo para enriquecer el idioma, haciéndolo más musical y elegante, obra esta de América, los nuestros aspiran hoy a llevar a Europa sus idealismos, sus inquietudes, su afán renovador, ofreciéndole una copa de su clarísimo manantial.

Sobre Jules Romains.

DE "Les nouvelles littéraires", número correspondiente al 28 de Abril último, traducimos el interesante artículo que sigue, en el cual se define claramente la tendencia filosófica de las obras de Jules Romains:

EL UNANIMISMO DE JULES ROMAINS. — El espíritu filosófico propiamente dicho no se extingue en Francia. Está dispersado en la literatura, en ciertos trabajos científicos, en los apologeticos religiosos. Hay un intelectualismo de Paul Valery, como hay un idealismo de Marcel Proust; hay toda una filosofía del profesor Dupré, que Paul Bourget trata de ilustrar. Hay, por sospechoso que pueda ser, un serio movimiento metapsíquico. Hay un politeísmo unanimita de Jules Romains. La reedición de *Muerte de alguien*, la publicación de *Odas y plegarias*, me parecen el acontecimiento filosófico del día.

*
* *

Jules Romains es discípulo de Durkheim. Este último enseñaba que los hechos sociológicos existen como tales; que un hecho sociológico no es una simple adición de hechos individuales; que una religión, por ejemplo, no es hombres que rezan, sino un cierto conjunto de dogmas y de ritos que obligan a los hombres a rezar y a rezar de tal o cual modo.

Muchos de sus discípulos buscaron en la enseñanza de Durkheim, así como en la de Lanson, un pretexto para trabajar mucho y pensar poco. Trazaron numerosos gráficos. Jules Romains era incapaz de semejante pereza. La idea de que los grupos tienen una existencia real no significó nada para él; ya no hay porqué ocuparse de los individuos; pero: ya que los grupos existen, ¿qué significa esta existencia?, ¿y la de los individuos?

Le persiguió primero el pensamiento de estos seres, invisibles y poderosos. Pensó naturalmente que eran una especie de dioses. Inventó un neo-polyteísmo. Se puede leer en *Odas y plegarias* algunas plegarias dirigidas a estos dioses que están entre nosotros y alrededor de nosotros. ¡Dioses latinos! Hay el del puerto, el del cuartel, el de la casa. He aquí que divisó a uno en el comedor de enfrente, que se cae de la suspensión y baña a la familia...

"Hay más dioses que hombres esta noche".

¿Confúndense estos dioses completamente con los grupos? ¿El unanimita no es sino una mitología sociológica? Jules Romains piensa que no. El grupo tiene una existencia continua, pero virtual, floja y a menudo mala.

"¿Vas a tomarme tú también grupo? Odio tu forma, tu calor y toda tu esencia".

Muchas veces el poeta dice al grupo: "Vamos! tú serás dios como los otros". El grupo no es dios sino en potencia. El dios es el grupo en acción.

El grupo se vuelve Dios solamente cuando cesa de ser una cosa puramente sociológica para transformarse en una cosa psicológica o mejor intersociológica. No es dios del todo, sino cuando lo pensamos, o si en una cierta medida es acogido por nosotros. *Los Camaradas* nos enseñan cómo surgen y desaparecen estos dioses. El grupo de los siete camaradas es bien sólido. Pero es solamente por una total concentración de sus fuerzas, por una perfecta y provisoria asimilación de sus miembros, por una manifestación victoriosa y gratuita de su poder creador de Ambert y destructor de Isoire que el grupo rociado de espumoso Saint-Peray, emerge en divinidad. La divinidad en la sociología de Jules Romains es lo equivalente del acto libre en la psicología bergsoniana.

Visto desde el interior del yo, este dios es el pasaje a través de mí de algo que no es el yo. Del mismo modo que Le Trouhadec es "acometido por el libertinaje", yo puedo, estando en una habitación con mis amigos, ser acometido por la Amistad...

Todos tenemos conciencia en estos momentos en que
"dioses vivos y ligeros hacen cambio de nosotros".

Las obras de Jules Romains pintan, en su mayoría, momentos semejantes. Si tuviera que elegir entre ellas, creo que preferiría a "Lucienne", donde con una gran sencillez de medios y sin hablar demasiado de "dioses" y de "potencias" (cosa a veces un poco cansadora), Jules Romains nos enseña como el Amor une el comisario de un buque y una joven maestra. Salen de una casa amiga. Se pasean alrededor de la iglesia. Cada uno es invadido por el otro. El grupo que constituyen los domina. Ya no son dos sino un verdadero matrimonio. Y se casan en efecto.

Esta creencia en personalidades colectivas y en realidades sentimentales que se imponen al individuo, pero que no surgen de él, es el unanimismo. Es fácil ver que contiene toda una filosofía.

Al final de "Donogoo-Tonka" J. Romains evoca un universo "que existiría de sus modos de espacio". El verdadero problema filosófico, no es saber cómo el conocimiento y cómo la ciencia son posibles, sino explicar esta participación de un sujeto a otro.

Jules Romains establece axiomáticamente esta participación. Trata de hacerla poéticamente sensible.

Pero si se la acordamos. ¿en qué consiste entonces la individualidad? Y ¿qué es la persona, desde el momento en que uno no sabe más ni dónde comienza ni dónde termina. No podía esquivar ese problema y no podía tampoco abordarlo de frente sin tener que volver a la pura filosofía. Se encontraba tanto más molesto cuanto que el unanimismo le conducía lógicamente a negar la existencia individual, a la cual sin embargo no quería renunciar. Trató de plantear el problema de la persona en función de muerte.

Escribió: "Muerte de alguien". ¿Qué es lo que diferencia un muerto de un vivo? El muerto no reacciona, no contesta más. Sin duda, pero obra. Godard muerto, tiene más influencia, en su alrededor, de la que tuvo mientras vivía. Para estar completamente muertos es necesario que nadie nos recuerde. Esto acaba por suceder. Godard, olvidado de todos, "se escapará como un olor". Pero, he aquí que un joven piensa en este muerto anónimo, del cual olvidó todo, salvo el hecho de que ha muerto. Siente a la vez esta nada y este algo que lo solicita, y que este hombre "que él había enterrado existe a la vez que no existe". En realidad, la muerte no detiene nada. Es un desenvolvimiento y no un cumplimiento. El verdadero cumplimiento es este yo individual, construcción frágil pero pura, provisorio haz de convergencias ordenadas. Es en él donde hay que buscar esta existencia abstracta y perfecta que hacemos mal de esperar del otro mundo, adonde no podremos encontrar individuos, sino almas no individualizadas sobre las cuales tocan, como soplo sobre cuerdas, los innumerables dioses que pueblan el universo.

Tal es en sus grandes líneas, creemos, la filosofía de Jules Romains. No estando expresada en doctrina, no puede tener perfecta coherencia. Las objeciones serían fáciles. En ella se encuentra sobre todo el sentimiento de lo que hay de artificial en nuestras preparaciones, vida y muerte, yo y no yo; y de lo que contiene de misterio la idea de nadie. Este misterio persigue además a todo el pensamiento contemporáneo; él es el verdadero problema filosófico.

EMMANUEL, BERL.

Trad. de E. S. C.

LOS ESCRITORES ARGENTINOS JUZGADOS EN EL EXTRANJERO

Las primeras espigas, por *José M. del Hogar*. Primer premio del Gran Concurso de novelas americanas, promovido por la Casa Editorial Franco-Ibero-Americana. — París, 222, Boulevard Saint-Germain.

HE ahí un nombre desconocido aureolado de pronto por un jurado en que figuraban Henri de Regnier, Ernest Martinenche, Gonzalo Zaldumbide, Ventura García Calderón. No debe tratarse, sin embargo, de un autor novel, porque el estilo de la novela acusa en general dominio del idioma, limpio sienpre, sino de galicismos y aun barbarismos, si de esos "recién que" tan abundantes en los escritores del Plata, y que el mismo Lugones defiende y quisiera canonizar con su acostumbrada pedantería literaria. *Las primeras espigas* es la novela de la colonización agrícola argentina, tesis atractiva desde luego para todo ibero americano, por cuanto ella implica el problema del desarrollo económico e industrial de nuestros países despoblados, donde la cultura lucha con el desierto y con los prejuicios, más hostiles aún que el mismo desierto.

Esta novela, que cambiado el género literario, pudiera convertirse en historia verídica, comienza a desarrollarse en la época de don Justo José de Urquiza, el vencedor de Rosas. "en las pampas de Santa Fe, muy lejos de todo consorcio humano, en plena llanura, al borde de una cañada y en sitio que entonces no llevaba nombre..." Allí sienta sus reales el conquistador del desierto, un suizo, a quien acompañan su mujer y una hija, trasplantadas por aquel iluso a aquella patria americana que él sueña en transformar en granero del mundo. Ellos se llaman Guillermo, Magdalena y Ulderica.

Una vez en la pampa el emprendedor extranjero y su familia, puede advertirse la resistencia del ambiente social a aquellos proyectos sólo asequibles para Guillermo, suerte de Robinson ribeteado de Quijote, cual convienen que sean todos los hombres verdaderamente prácticos. a quien la educación arma de modo poderoso para vencer el pesimismo ignorante y las fuerzas malas que se opongan a sus designios. El hombre de la pampa, don Telmo, primer gaucho que se acerca a los forasteros, no sabe explicarse la presencia de ellos en tales soledades abandonadas de la mano de Dios... y de los hombres, por lo cual, con curiosidad bastante justificable, pregunta qué diablos los lleva allí.

—“Venimos a trabajar, contestó Guillermo.

—“¿Trabajar, dijo?

—“Sí, trabajar.

—“¿Había sido usted amigo de las bromas! ¡Ave María! ¡Trabajar! ¿Sabe que está gracioso eso?...

“Y el bueno de don Telmo se echó a reir muy de veras, como si celebrara la más jocosa de las ocurrencias.

—“¿Esto le asombra a usted? le preguntó por fin Guillermo, entre curioso y desconcertado.

—“¡Pues no me había de asombrar! ¿Esta señora y esta rubiecita van a trabajar?... Y usted ¿qué va a hacer sin caballo, ni lazo ni boleadora?...”

“Y otra vez se rió de buena gana. Pero Guillermo afirmó solemnemente:

—“Yo vengo a trabajar la tierra...”

—“Como lo dice tan endeveras, empiezo a colegir que son ustedes de otros pagos. ¡Trabajar la tierra!... ¡No le entiendo, amigo!”...

Ulderica interviene y le explica al gaucho que el propósito de su padre consiste en sembrar trigo, para enviarlo a otros países y crear, trabajando, un portentoso porvenir.

Don Telmo se esfuerza por comprender aquello pero confiesa que ha vivido en la ciudad, donde ha oído hasta discursos, “pero naides dijo algo parecido a lo que usted me dice ahora”. En fin, aquel gaucho es la representación de la rutina y de los prejuicios, aunque en el fondo de su corazón existe algo como el agua cristalina que corre por el subsuelo de la pampa inculta.

A las razones de don Guillermo opone su incomprensión, lo cual no obsta para que su hospitalidad ingénita de habitante del desierto sea pródiga con los extranjeros.

—“Hagamos cuenta, dice, que sembrándolas llegarán a crecer otras plantas. Pero, pa qué y pa quién habría sembrado usted?... Nuestras pampas son de todos y de naides. Son del gaucho que levanta en ellas, al reparo de un ombú, un rancho; son de la indiada que las domina y devasta; son del ganoo bravío, que la atraviesa en tropas que naides puede contar ni resistir; son del aguacero, que las inunda; de la sequía que las azota; de la quemazón, que las arrasa; del huracán, que las barre; son de la vizcacha, del peludo, del vaguareté, del tero y del ñandú; son del que pasa por ellas; pero nada ni naides puede echar en ellas raíces muy hondas; nuestras pampas son un camino que no tiene límites ni güella, ni principio ni fin: y el que en ese camino quiera detenerse, tiene que ser arrollado y hecho pedazos.”

En toda esta parrafada elocuente se descubre al escritor que disfraza su lenguaje para hacer hablar al humilde hijo del pueblo, bien que los argumentos de don Telmo no logran mellar las resoluciones de nuestro Robinson Quijano, a quien don Telmo brinda toda su adhesión tanto como Sancho al asendereado Caballero de cuyas aventuras desconfía mientras lo sigue a campo traviesa.

“Y ande quiera que se pise esta tierra, hay afanes y pobreza, hay lucha interminable de uno contra todo lo que encierra la inmensidad: la tristeza, la soledad, el silencio... ¿Tesoros, bienestar, porvenir? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! No, tierra ingrata es esta, tierra amarga y enemiga de quien debe amarla porque es la suya; tierra mald...”

El gaucho se muerde la lengua y la imprecación queda trunca en sus labios; ha sido apenas una explosión de ese pesimismo que siembra en los corazones americanos la desesperanza, la inutilidad de todo esfuerzo ante los estorbos del medio social destructivo y anárquico, cuyos efectos se reflejan sobre la riqueza, sobre la vida condenada al estancamiento. El propio don Telmo representa en la novela el elemento asimilable por la civilización, a quien sus buenos instintos alian con aquel forastero de cuyos planes duda, pero a quien ha de tenderse mano amiga porque está solo, porque es el huésped de la pampa estéril que le rodea de acechanzas

y prepara su ruina. Así, el habitante de la llanura acoge bajo su protección a los extranjeros y será su mejor guía en la conquista del desierto.

La cinta va pasando; las escenas de la vida pampeana se suceden unas tras de otras con más o menos color y movimiento. Reunidos a la mesa del rancho de don Telmo, el huésped tiene ocasión, ante el famoso mate del hogar argentino, para dar rienda a su vena oratoria, porque don Guillermo tiene también de común con su trasunto de la Mancha, esa exaltación verbal que lo transfigura entre cabreros o grandes señores. La verdad es que no siempre encaja bien el sermoneo de don Guillermo, tal vez por abuso de elocuencia, pero las visiones y las palabras surgen de su boca con la virtud de una magia que desvanece las incomprendiones y templea el espíritu claudicante o descreído.

Por su forma, *Las primeras espigas* contiene páginas que son verdaderas joyas, aunque no falten también algunas en que ha dormitado Homero. Sus ideas son siempre redondas como diría Ganivet, en contraste con las ideas picudas que les salen al paso.

Porque ello vale la pena, continuemos hojeando el libro bajo la atracción de un estilo, no siempre novedoso y bien trabajado, pero en general diáfano y suelto. Aquí y allá tropezamos con reflexiones como ésta, más propias de don Telmo o de su mujer doña Candelaria, que del autor de tantas páginas llenas de fuerza y colorido: "Cosa estupenda es que hasta entre las bestias se introduzca la desigualdad simultáneamente con el progreso." Y no faltan otros tópicos y escenas que desluzcan la positiva belleza de la novela. El autor, sin embargo, sabe expresarse en un modo muy personal, ajeno al fárrago metafórico que tan pesada resulta en muchos escritores de nombradía, el ya citado Lugones, por ejemplo, quien suele agobiar sus obras históricas con tanto tatuaje y adornos postizos que agobia la atención de los lectores, tal en *El Imperio Jesuítico* y en *la Vida de Sarmiento*. En *Las primeras espigas* hay justas proporciones de estilo y de descripción y defectos muy evitables, aunque existan ciertos episodios, como el idilio de Ulderica y Juan, el hijo de don Telmo, donde el desarrollo del novelista no corresponde con la expectativa de quien va siguiendo el hilo de la trama, porque en realidad resulta demasiado inverosímil para el que conozca la intimidad de nuestras costumbres provinciales: bien que al autor le ha servido para simbolizar la unión de América y Europa, es decir el ingerto de la cultura antigua en la psique del pueblo novomundano, insuflada en la mezcla de tantas sangres como circulan por nuestras venas.

En el fondo de este esbozo de novela americana aparece claramente la preocupación dolorosa por la suerte del gaucho, desalojado ante los nuevos ocupantes de la tierra que él no ha sabido hacer prosperar pero en cuyas soledades constituye sin embargo una nota pintoresca, un elemento característico. Es la resistencia del alma autóctona que no quiere despojarse del modelado que le han imprimido el clima, las costumbres, la tradición, y que sin duda todo plan de colonización debe tratar de conservar para que nuestras naciones se transformen orgánicamente y no se trasmuten en simples conglomerados humanos sin originalidad ni espíritu propio. En ello se vinculan el idioma, los usos democráticos, principal factor de nuestras nacionalidades y tantos tesoros espirituales como hemos ido acumulando en el proceso de nuestra evolución. Por ejemplo, entre nosotros existe una antigua ley municipal, dictada con el plausible propósito de imponerle un sello elegante a la arquitectura urbana, y por la cual todo viejo edificio que se remoce debe adaptarse a cierto orden de construcción. Nada hay de lamentable en esto cuando se trata de demoler ranchos y cserpentos de tapia, pero también ocurre que caigan

bajo la acción de la ordenanza edificios hermosos, especímenes de arquitectura colonial, cuya permanencia constituye una nota de singularidad, digna del mayor aprecio, que nuestras ciudades deben mantener para salvarse de la uniformidad monótona e insípida resultante de la adopción de un nuevo tipo de urbanización, extraño a las condiciones físicas del medio y a las tradiciones sociales.

En la misma Argentina, donde lo que se llama progreso ha dado pasos tan gigantescos, se ha visto en la práctica la conveniencia y necesidad de volver sobre el pasado, y así una nueva interpretación arquitectónica ha resucitado el gusto por la fábrica primitiva, convirtiéndola en objeto de lujo y suprema elegancia, merced a la iniciativa de un arquitecto de talento. Ocurre en esto como en materia de idioma, cuando después de la independencia era de moda entre nuestros hombres públicos y escritores desdenar todo lo que tuviese el sello de la Península, especialmente el idioma, porque la ciencia y la filosofía no hablaban por desgracia la lengua castellana. Por lo que al habla se refiere, el cambio de ideas ha sido completo, pues apenas algún galicista se atrevería hoy a maldecir de ella, como solía hacerlo aquel admirable don Domingo, autor de *Facundo*. En el mismo caso estuvo Alberdi, quien confesó sin embargo, su error, aleccionado por la experiencia. Como trabajamos la tierra en la renovación que pinta esta novela, hemos de trabajar nuestro idioma que es la expresión de nuestra alma, si es que en verdad nos transformamos y no nos contentamos con cambiar la posesión del suelo por una hogaza de pan.

Tal son las consideraciones que se desprenden de *Las primeras espigas*, por donde se observa que posee verdadero espíritu americano, espíritu muy alto cual conviene a nuestra evolución, a no ser que nos limitemos a acumular detritus sobre detritus en la pampa y en la sierra que se abren inmensamente a la colonización.

Cultura Venezolana, Marzo de 1923.

Las Ramas Verdes (1922). — **Las Hojas Secas** (1923). — Poemas de *Campoamor de la Fuente*. — Buenos Aires.

HAY un lirismo tan puro y espontáneo en estos poemas que, a veces, dan la impresión de esas anónimas coplas y canciones populares que corren de boca en boca y, de repente, nos asaltan sin saber por qué entre las nieblas crepusculares y nos hacen cantarlas a media voz por los caminos.

Simple canciones, imprints líricos brotados como del instinto, a los que el poeta da palabra y forma, y que por traducir tan bien un estado anímico personal traducen algo de todos y, llevan en sí cierto sentimiento poético colectivo que inmediatamente las populariza y las integra al venero lírico común.

Dicho esto no es preciso añadir que las poesías de Campoamor de la Fuente han de ser esencialmente sencillas y elegíacas, porque estas son las dos cualidades fundamentales de esta clase de poesías.

Y no es preciso añadir tampoco que quien consiga arrancar a su estro notas de tal naturaleza, es un lírico de verdad, destinado a perdurar en el alma de los hombres más que los príncipes de la rima y los millonarios del vocablo.—*J. M. D.*

Pegaso (Montevideo), Nº 59.

El huerto de los olivos, por *Alfredo R. Bufano*, Buenos Aires, 1923.

HACE algún tiempo comentamos un libro de versos de Alfredo Bufano. Con la sinceridad sempiterna dijimos que *Canciones de mi casa* tenía versos prosaicos y pobres, desiguales y tímidos, que era preciso levantar...

El interés por el nuevo volumen, nos vino de entonces indudablemente.

Y hete aquí que la esperanza cifrada no fué vana como nube desvanecida en el toldo azul... *El huerto de los olivos* es un libro de poesía límpida, emocionada, pulcra, de hondura y de dulzura. La emoción tiene el roce de un sentimiento acerbo que le da la muerte, la pureza suavísima de unos ojos de agua que adentraran en la tarde su paz.

Sus romances de ahora, — el *Romance de la flor sin nombre*, el *Romance a tu boca*, el *Romance de los ojos color agua*, — son tiernas y tremantes palomas, de plumón emotivo, de cuello fino y lánguido, de pupilas de ensueño, de pico breve y leve.

Adivinamos en *Genealogía*, — pieza de mérito indubitable, — la expresión de la última manera de Bufano. — que tan bien traducen estos versos:

Por eso soy a veces taciturno y doliente,
y otras ¡tú bien lo sabes! un puñado de infancia;
y así como te lleno de besos y canciones
he abierto con mis uñas, en sueños, tu garganta.

Sin concretar un juicio, dejamos a la perspectiva del tiempo que vendrá, la afirmación y consagración de este poeta, de quien es la esperanza y la confianza, el camino y el mar.

Cruzando uno u otro, con su canción suelta en los labios, bajo el solo en la noche, puede llenar de armonías el sendero...—*T. M.*

Pegaso (Montevideo), N.º 59.

Antología de poetas líricos brasileños, por *Francisco Sota y Calvo*; Buenos Aires, 1922.

ARDUA y simpática tarea la realizada por el autor de este libro, que resume tres siglos de lírica brasileña (años 1533 a 1879), y es apenas un preñicio de una obra mayor que llegará, sin duda, hasta nuestros días.

No es el caso, naturalmente, de hacer aquí un juicio sobre la copiosa cosecha lírica brasileña, sino sobre la tarea traductiva hecha por el señor Sota y Calvo.

Y es justo consignar que, no obstante todas las dificultades inherentes a esa clase de trabajos, el autor generalmente logra su objeto, consiguiendo dar una sensación bastante aproximada a la del original.

Lo decimos por ciertos poemas que conocíamos en su lengua nativa, como los célebres de Antonio Gonçalves Díaz y algunos otros.

Bien es cierto que pocos idiomas tienen tan íntimas conexiones como el lusitano y el nuestro. — *J. M. D.*

Pegaso (Montevideo), N.º 59.

NOTAS Y COMENTARIOS

Una edición completa de las obras de Benjamín Taborga

PRONTO se cumplirá el primer lustro del fallecimiento de aquel gran espíritu que fué Benjamín Taborga. Con tal ocasión, un grupo de admiradores suyos ha resuelto editar su obra completa, ahora dispersa en folletos y revistas.

La edición constará de dos tomos: I, *La otra Arcadia* (versos), y II, *El novísimo órgano* (prosa), que se venderán al precio de \$ 2.50 $\frac{m}{1}$ cada uno.

Como se trata de una edición de homenaje, los iniciadores han creído oportuno dar lugar a la posibilidad de contribuciones generosas, de modo que si el producido resultase superior a los gastos, pudiese obsequiarse con el resto a la familia de Benjamín Taborga, residente en España.

Los dos tomos aparecerán dentro del presente año. Mientras tanto, se admiten suscripciones, por un mínimo de \$ 5.— que da derecho a recibir los dos tomos una vez impresos. Los que deseen contribuir con una suma superior para el fin más arriba indicado, pueden hacerlo.

Los recibos de las suscripciones están firmados por Julio Noé y José Gabriel, quienes se responsabilizan de la seriedad de la operación.

Pueden enviarse suscripciones a NOSOTROS, Libertad 543, al director de *El Hogar*, señor Francisco Ortiga Anckermann, Maipú 393, y, en La Plata, a José Gabriel, calle 48 núm. 675.

Es de esperar que esta iniciativa tenga éxito. Hace tiempo que la valiosa producción de Benjamín Taborga debió ser reunida en uno o dos volúmenes; pero su índole nada popular, no ha

tentado a los editores, a pesar de las proposiciones ventajosas que se les han hecho. En vista de lo cual, no quedaba otro recurso que apelar a la contribución misma de los interesados, y es lo que ahora se hace. Por eso merece tener éxito la iniciativa, con lo que (demás está decirlo) se tributará a la memoria de Benjamín Taborga una mínima parte del homenaje a que es acreedora.

Roberto A. Ortelli

DEBIDO a una inesperada enfermedad que le mantuvo en cama más de treinta días, nuestro compañero de tareas Roberto A. Ortelli se vió obligado a abandonar, momentáneamente, sus funciones de Administrador de NOSOTROS. Pero, como al convalecer fuera llamado por otros jóvenes de su generación para fundar la revista *Inicial*, que aparecerá en breve, nos pidió le reemplazáramos para así poder dedicarse de lleno a la preparación de la nueva revista. Por esta razón ha dejado Ortelli de pertenecer a NOSOTROS, después de haber colaborado en nuestra obra, con eficacia, durante varios meses. Desde su separación le reemplaza otro hombre joven, Daniel Rodolico, quien, por su actividad e inteligencia, nos inspira una gran confianza en el porvenir económico de NOSOTROS.

“NOSOTROS”.

NOSOTROS

AÑO XVII - TOMO XLIV

INDICE

A

	Pág.	
Acosta Agustín	La hora santa (poesía)	314
Aita Antonio	Las nuevas tendencias en la música	216
Amorím Enrique M.	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria	23
» » »	La criada (cuento)	480
Argerich Antonio	Ayarragarayes	221
Auclair Marcelle	Poesías	193

B

Barrenechea Pablo	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria.	527
Battistessa Angel	Idem, idem	533
Bianchi Alfredo A.	Teatro Nacional; Pablo Podestá "Las estatuas"	86
Blanco Marcos M.	Educación	101
Bonazzola Alcira	Sonetos	352
Borges Jorge Luis	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria	16
Brandán Caraffa	Idem, idem	272
Brenes-Mesén Roberto	Enrique Federico Amiel	145
Bufano Alfredo R.	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria.	513
Burghi Juan	Poesías	229

C

Cancela Arturo	Discurso en el banquete de "Nosotros", a los escritores premiados por la Municipali- dad de Buenos Aires	263
----------------------	---	-----

	Pág.
Candiotti Alberto M.	El pacifismo en la América latina y la revista "Inter-América" de Nueva York 70
Cánter (hijo) Juan	Bibliografía histórica 96
» » »	A propósito de crítica histórica 256
Carpena Elías	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria 411
Córdova Iturburu C.	Idem, idem 408
Cruchaga Santa María Angel.	Las columnas (poesías) 315

D

Danero E. M. S.	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria 19
Danvila Alfonso	Fragmento de novela 289
De Diego Rafael	Letras Argentinas: Verso 494
Dirección La	Nuestra encuesta entre los escritores de la nueva generación 5

E

Eggers Lecour Conrado E. ..	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria 279
Elmore Edwin	"Nosotros" y la Nueva Era .. 329
Escliar Bernardo	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria. 524

F

Ferraría Mayorino	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria 277
Franco Luis L.	La égloga (poesía) 164

G

Gabriel José	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria 7
» »	Esta Chacayaleras 355
Galíndez Bartolomé	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria 403
García Godoy Fed.	Hispano Americanismo literario 433
Gay Calbó Enrique	Centro América intervenida ... 317
Giusti Roberto F.	Discurso en el banquete de "Nosotros" a los escritores premiados por la Municipalidad de Buenos Aires 260
Gómez Hernán	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria 406
González Julio V.	Idem, idem 266
González Lanuza Eduardo ...	Idem, idem 404
» » »	Poema de la Ciudad (versos) . 472
Guglielmini Homero M.	Crónica musical: "Marouf" ... 109
» » »	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria 388
» » »	Crónica musical 504

H

		Pág.
Haas Alberto	Federico Hebbel	167
Herrero Antonio	La obra de Marcel Proust ...	208
Herreros Pedro	Poemas egotistas	77

I

Imbelloni J.	Los frescos indígenas de Córdoba y su descubridor N.º 3...	52
Irazusta Julio	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria.	510
Irigoyen A. Salvador	Idem, idem	393

J

Juan Guillermo	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria	282
----------------------	--	-----

K

Korn Villafañe Adolfo	La Nueva Argentina y el Nacionalismo	458
-----------------------------	--	-----

L

Laclau Ernesto	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria	275
Lagorio Arturo	El leño de Navidad (cuento) ..	461
Ledesma Roberto	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria	411
Lenzoni Marcos	Idem, idem	392
López Merino Francisco	Idem, idem	17
Luisi Luisa	Escritores uruguayos: Adolfo Montiel Ballesteros	232

M

Marechal Leopoldo	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria	410
Méndez Calzada Enrique	Idem, idem	6
» » »	El jardín de Perogrullo	335
Mendioroz Alberto	Epístola (poesía)	370
Mistral Gabriela	El Presidente Obregón y la situación de Méjico	307
Molina y Vedia Julio	Astralis (de Novalis)	484
Monner Sans Ricardo	De como nació el auto sacramental "La vida es sueño", de Calderón de la Barca	445
Montero Belisario J.	Después de una lectura	487

N

"Nosotros"	Notas y Comentarios 140, 287, 431,	571
------------------	------------------------------------	-----

O

Olivari Nicolás	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria.	526
Olivera Lavié Héctor	Apuntes y notas sobre "Azorín"	27

		Pág.
Orgaz Alfredo	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria.	531
Ortelli Roberto A.	Idem, idem	24
Oyuela Calixto	Poesías	305
P		
Pardo León	Glositas criollas	371
Pellicer Carlos	Iguazú (poesía)	206
Pereda Valdés Ildefonso	Un poeta	490
Pí Wifredo	Paralipómenos	367
Ponce Aníbal	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria	386
Q		
Quesada Alonso	Dulce historia de María (poesía)	442
Quesada Ernesto	Minucias históricas	195
R		
Redacción La	Bibliografía	113, 430, 542
» »	Las Revistas	119, 419, 549
» »	Los escritores argentinos juzgados en el extranjero..	128, 283, 413,
» »	Ecos y Noticias	566
Reissig Luis	¡Detened la guerra!	136
» »	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria.	80
Reyes Alfonso	No ha mentido Plutarco	516
Ripa Alberdi Héctor	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria.	456
Rodríguez Pujol Héctor	Idem. idem	0
Rohde Jorge Max	Nieves de antaño	517
Romero Francisco	Poesías	41
Ruiz de Galerreta V.	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria.	333
		405
S		
Silva Valdés Fernán	Leyenda de la flor de seibo (poesía)	26
Smith Roberto	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria.	13
» »	Teatro Extranjero	381
Soussens Carlos de	Edelweiss (versos franceses) ..	51
Stanchina Lorenzo	Contestación a la encuesta entre la nueva generación literaria.	525
Suárez Calimano Emilio	Letras Hispano-Americanas... ..	91, 376, 496
T		
Torres López Ciro	El sentido trágico de nuestra existencia	475
V		
Velasco Leopoldo	El tríptico del mal (sonetos)..	454
Villaseñor Eduardo	Poesías	315